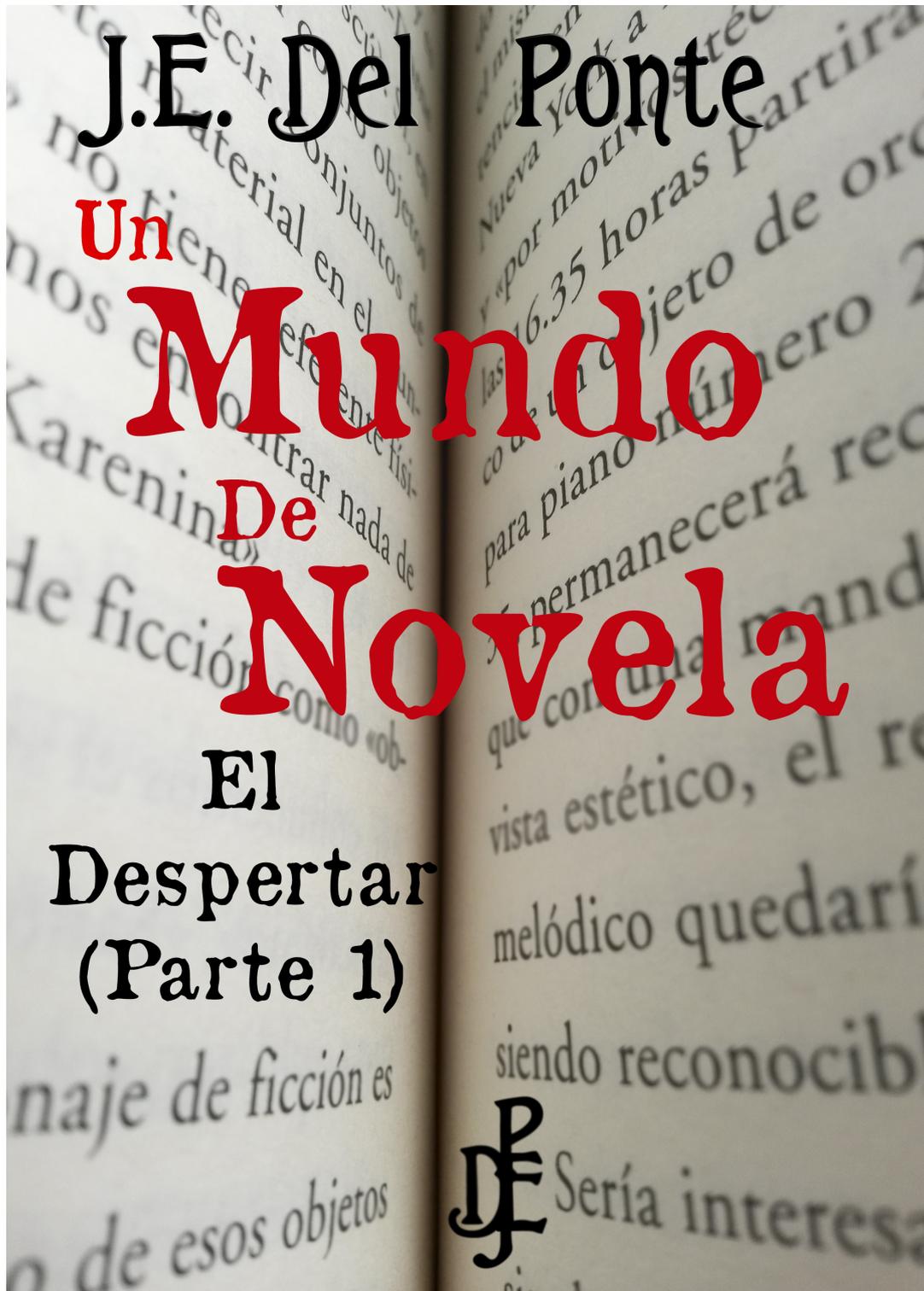


Un Mundo de Novela

Javier E. Del Ponte



Capítulo 1

...

¿Qué son?

¿Qué somos?

¿Ser? ¿Qué significa ser?

¡Lector! ¡Usted comenzará a dudar de su mundo, de su vida, y de su propia existencia!

¡ES LA ÚLTIMA ADVERTENCIA, PUEDE DEJAR EL LIBRO EN ESTE INSTANTE...!

Un Mundo de Novela

“El día en que Javier escribió las líneas iniciales de esta historia sentí en mi pecho un fuerte golpe por primera vez en mi vida. Era como si la llama del fuego divino hubiera sido incrustada dentro de mí por el mismísimo Prometeo. Nunca voy a olvidar que, en ese instante en que experimenté el fuego de la vida, la duda me alcanzó como condición ineludible de haber recibido el don:

¿Existo o no existo?”

Celia, protagonista de Un Mundo de Novela

Esta es la historia del escritor Máximo Weber, la de su propia vida y la de su último libro. También es la propia historia de sus personajes, Celia y Verónica, pero más importante, es MI HISTORIA, con sello de propiedad. O ... al menos eso creo...

Un Mundo de Novela

1

—Así comienza la maldición cada vez... —afirmaba Verónica mientras agachaba la cabeza como signo de agotamiento y pérdida de fe.

— ¿Con sus manos? —interrogó Celia para no perder el hilo de pensamientos de su compañera.

—No exactamente... sino cuando sus manos se apoyan en el teclado, allí es cuando todo comienza, cuando nuestros cuerpos dejan de pertenecernos, los labios dicen palabras completamente diferentes a las que queremos decir y nuestros pasos no encaran la dirección de nuestros deseos. Es el momento en que él domina todo, hasta nuestros pensamientos, quitándonos todo lo que nos hace SER; arrebatando tiránicamente todo atisbo de humanidad y de voluntad propia que pudiéramos sentir.

¿Moriremos? ¿Podemos decidir morir? O... ¿ya estaremos muertas?

—completó Vero.

—Dormida...

— ¿Qué? —preguntó Verónica extrañada.

—Dormida, como si fuera un sueño, así me siento, cuando todo ocurre fuera de mi control. Pero no muerta, sino sometida al goce de un escritor que en sus entretejidos juega con nuestro destino. ¿O lo crea? Es posible conocerlo por lo que él nos hace pensar y sé que no estamos muertas -al menos en su historia- pero no puedo asegurar que no lo estemos en breve —finalizó Celia haciendo un recorrido, con sus ojos color café, desde el rostro de su amiga hacia el suelo dejando entrever en su mirada un semblante pesimista.

Mientras observaba fijamente sus pies volvió a hablar.

—Lo escucho, sabés. Escucho su voz ronca y afectada por el cigarrillo y cómo, palabra a palabra, se va haciendo texto. Oigo lo que escribe y cómo todo eso se transforma en hechos. Si presto atención, en algunas circunstancias, puedo escuchar también el ruido de las teclas...

Vero suspiró ante las últimas palabras de su amiga.

Celia no podía dejar de ver el inmenso mar y sentir la arena debajo de sus pies mientras percibía el discurrir de sus propios pensamientos. El golpeteo de su corazón ganó en intensidad y la opresión en su pecho la

extrajo de su ensimismamiento.

Levantó nuevamente la mirada buscando a su compañera y habló.

—Todo esto es real, lo siento real y lo deseo real, no podemos dejar que nos los quite así porque sí —le espetó Celia con un arrebató de optimismo fundido en cólera. Vero aun la miraba sin entender la dirección en que viraban sus ideas, porque tan solo segundos atrás estaba expresando la desazón por tener que soportar un destino escrito por otro.

Celia guardó silencio por unos segundos y volvió a la carga.

—No todo el tiempo estamos sometidas a él, han transcurrido días enteros en que vivimos y manejamos a nuestro antojo la vida. Algo tenemos que hacer... ¡algo podemos hacer! No me voy a dejar matar por ese infeliz, sea como sea que se le ocurra asesinarlos.

—No podemos cortarle las manos, Celia... —respondió Verónica con el clásico pesimismo estoico que la solían atravesar durante esas conversaciones —no podemos torcer la dirección de nuestro destino, y mucho menos si hasta ahora no sé siquiera qué es lo que soy. De momento solo soy un personaje.

Ella dio un largo sorbo a su copa de vino para luego apoyarla sobre los escalones de madera y retirarse dejando a Celia en soledad.

No estaba enojada, no obstante, quería evitar que su amiga la embadurnara con sus utópicas ideas surgidas de esos momentos en que se movía entre la melancolía y la manía. Creía que llevarlas a cabo no solo era una proeza difícil, más aún, las consideraba irrealizables.

Capítulo 2

2

Las horas que separaban la oscuridad de la noche de la claridad del día parecieron desaparecer ante la intempestiva y sorpresiva aparición de la luz, borrando de un plumazo a lo que hasta hacía pocos segundos era una ennegrecida noche. Celia, que estaba sentada aun sobre la arena luego de haber sido abandonada por su interlocutora, comenzó a distinguir el proceso habitual en el cual su voluntad desaparecía siendo reducida a una actuación comandada por aquellos hilos, invisibles para cualquiera salvo para ella misma. En el inicio del proceso le amarraban cada parte de su cuerpo y de su cabeza se desprendía el más grueso y luminoso de los filamentos, y así debía ser, para lograr ocultar y dejar sin efecto sus ideas, creencias, sentimientos y emociones y solo así sustituirlas, momentáneamente, por las otras que pertenecían al personaje de Celia ideado por Weber a partir del conjuro más fuerte que puede existir: las palabras.

La Celia de la historia narrada, aunque oculta y silenciada, seguía allí, viéndolo todo y sintiéndolo todo; sufriendo su no-ser...

//

Todas las mañanas Celia caía sometida a la misma rutina. Despertaba de sus sueños con un sobresalto y sin posibilidad de recordar, a pesar del esfuerzo, aquello que la había perturbado en el dormir. Demoraba unos minutos en poder normalizar sus pulsaciones, y una vez que sus ojos recorrían su cuarto logrando sentir la familiaridad que la acogía, volvía a sentirse un poquito más dueña de sí misma, alejada de aquellos sueños locos que la hacían parecer una simple intérprete de un desarrollo inalterable.

Celia suspiró, respiró y cerró los ojos con fuerza mientras apoyaba su rostro en las palmas y los codos sobre las rodillas. Luego, Imitando una actitud decidida se levantó y caminó hacia el tocador con pasos cansinos dejando en evidencia lo dificultoso que le resultaba comenzar el día.

Apoyando sus palmas en la mesada y con la cabeza gacha volvió a suspirar desganada, levantó la vista, miró al espejo y no pudo evitar sentirse completamente atrapada por la imagen que tenía enfrente. La imagen la observaba y no pudo evitar sentirla totalmente extraña a sí misma. Una pregunta se apostó sobre sus pensamientos:

“¿Quién soy en verdad?”

—¡¡Sos una asquerosa prostituta que entrega su cuerpo por unos míseros billetes!! —le gritó desahogada a esa otra del espejo.

Su respiración había aumentado tanto que era posible ver crecer y decrecer el tamaño de su pecho mientras los ojos se dirigían furiosos a la figura del espejo, que no era ni más ni menos que la misma prostituta que estaba frente al cristal reprochándose su manera de vivir.

¿Por qué se lo replanteaba? ¿Acaso ya no disfrutaba lucrar con la lujuria ajena?

En las antípodas de esa pregunta se hallaba su causa, una palabra pero que resultaba ser un nombre, el de una persona que lograba hacer dudar a alguien siempre decidida como lo era Celia.

Se trataba de Ariel.

Capítulo 3

3

Ariel se caracterizaba por ser un hombre simple, sencillo, sin vicios ni sueños utópicos. Una persona que vive cada día como si ese fuera el último, levantándose a tiempo para disfrutar el amanecer y sin perderse jamás de observar la puesta del sol, como si ser testigo de los acontecimientos que marcan el inicio y el final de un día lo pusieran de aviso que a todo inicio se le empareja un final y que la vida misma ha de tenerlo en aquello que llamamos muerte. Recordar la muerte le permitía transitar la vida con mucho más respeto, buscando alejarse de ciertas banalidades a las que siempre se está expuesto y demandado a consumir. Ariel es la clase de persona despreocupada por lo material de la vida, descreído por completo del imperio de la imagen, lógica por la cual se tiende a imponer formas de "verse bien". Ama hacer ejercicio, pero jamás con el fin de transformar su cuerpo a una imagen "vendible socialmente", tan solo disfruta de la actividad. Desprecia las intervenciones quirúrgicas o el afán de modificar la imagen del cuerpo mediante la vestimenta de moda. Ariel porta cabellos lisos negros y unos ojos azabaches cuya profundidad inspiran una paz similar a la de una noche a las orillas del mar.

La transparencia de un persona sencilla y despreocupada es lo que vio Celia en Ariel, un hombre cuya tranquilidad transmite esa sensación de detención del tiempo, como si el mundo fuera encerrado en una cápsula, capaz de hacer disfrutar ese "aquí y ahora" calmando cualquier torbellino de pensamientos e impulsos, a los cuales Celia es una sometida habitual.

¿Ella sería capaz de confesarle alguna vez en qué consiste su trabajo? ¿Podría ocultar por mucho tiempo más los servicios sexuales que ofrecía a sus clientes? ¿Algún amigo de Ariel habrá poseído su cuerpo por unos cuantos billetes?... Todas esas y más preguntas se amontonaban en las reflexiones de Celia mientras ella se desgarraba los sesos intentando definir qué hacer, buscando decidir la manera correcta de proseguir. ¿Pero existe tal cosa, lo correcto? Si existiera, ¿qué sería eso?

Toda decisión o elección supone también una pérdida y cada respuesta a sus preguntas la dejaban a ella ante la posibilidad de perder una u otra cosa. No quería fuera de su vida a ese hombre por nada del mundo, no obstante, para ello debía mentirle, con lo cual la pérdida radicaba en iniciar una relación cuya base resultaba totalmente inestable por su insinceridad.

Mientras los pensamientos continuaban abrumando su existencia,

una fuerte vibración la devolvió abruptamente a la realidad.

□ ¡Mierda! —insultó mientras se recomponía del salto.

Su celular había recibido un mensaje cuyo destinatario era el hombre en cuestión y el cuerpo del texto decía:

“Te extraño y mis ojos no desean otra cosa más que verte. Te espero para desayunar.”

Al leer el contenido de la epístola electrónica, Celia salió disparada hacia la habitación para vestirse en medio de los fuertes golpeteos de su corazón, cuyo ritmo no indicaba otra cosa que felicidad por las palabras recibidas. Deseaba correr a sus brazos hasta que... hasta que recordó que no era más que una mísera prostituta, una mujer de todos y que por ello no podía ser de nadie. Una triste paradoja de la profesión más antigua del mundo. Toda la vorágine de felicidad por el mensaje se derrumbó por la miserable realidad en la que estaba parada. Realidad que no dejaba de tener raíces en sus propias elecciones, algo que Celia aún no podía ver. El deber la llamaba a realizar sus servicios en una hora a un habitual obeso, simpático y cuarentón político, según la información que le fue remitida. Se lamentó no poder desayunar con Ariel, se reprochó ser lo que era y se insultó recordándose la escoria social que ella encarnaba haciendo nacer a toda una corriente de ira que tenía como único destinatario a su propio ser.

Celia lanzó un grito de guerra nacido desde la más fuerte impotencia mientras descargaba sobre el colchón de su cama aquella furia contenida. Una pequeña lágrima intentó un avistamiento, pero fue inútil. El deber aplastó al placer y borró todo atisbo de tristeza. Limpió sus ojos y, adquiriendo la compostura de una estoica mujer, tomó su celular y redactó una respuesta que le dolía más a ella que a quien la iba a recibir.

“Le prometí a Vero desayunar con ella. Te veo en el almuerzo”, escribió en su teléfono antes de presionar el botón con la palabra “enviar”.

Otra mentira más para la tigresa, otra raya más para ocultar lo que era y perder lo que creía no merecer: Ariel.

Celia estaba parada en el frente de su casa a la espera de un taxi. Cuando distinguió uno a la distancia se acercó hacia el cordón que separaba la vereda de la calle y extendió la mano en signo de

llamada. El automóvil se detuvo exactamente a los pies de ella e ingresó.

—Buenos días, ¿A dónde la llevo? —inició el conductor.

—Buenos días, a la esquina de Calle Principal y Piedramar —indicó Celia.

Ella había obviado indicar la dirección del hotel, una de las estrategias que utilizaba habitualmente para salvaguardar su persona con la imagen de la prostituta del pueblo. ¿Acaso quién no sabe que la mayoría de las mujeres que ejercen ese trabajo lo hacen en hoteles por una cuestión de privacidad por sí misma y de discreción con respecto a su cliente? Por lo cual, cuando tenía que utilizar taxis por el apremio del tiempo, ella indicaba una dirección ambigua para evitarse más inconvenientes a su vida.

—Excelente, señorita —respondió el moreno conductor al darse vuelta y mirar a los ojos a la mujer que tenía en el asiento trasero. Ella palideció.

Celia agachó su cabeza y se concentró en su celular para evitar que aquel hombre la reconociera, porque ella ya había logrado ubicar ese rostro.

—Señorita, ¿es posible que nos conozcamos de algún otro sitio?

—Lo dudo mucho... —respondió ella cortante intentando no mostrarse nerviosa y sin levantar la vista de su aparatito.

Por suerte no llevaba puesta la peluca que utilizaba para los momentos de trabajo, lo cual hizo que su aspecto distara mucho del personaje de cabellos rubios y largos hasta la cintura que utilizaba en los confines de las habitaciones hoteleras. Su desaliñada ropa también colaboró a ahuyentar la imagen de prostituta. De esa manera logró que aquel conductor no insistiera con conocerla. Tan solo se limitó a decir que podría estar confundíendola con alguien más.

—Mis disculpas... —ofreció el taxista.

—No se disculpe, es algo que puede ocurrirle a cualquiera —respondió Celia intentando clausurar el tema.

No obstante, aunque la conversación hubiera finalizado, aún reverberaba en ella las siguientes palabras: “La debo haber confundido con alguien más”, que abrieron a unas preguntas y, aunque simples en apariencia, cargaban con una gran cuota de

angustia existencial que logró sumergirla nuevamente en sus pensamientos por el resto del viaje.

«¿Quién soy yo? ¿La puta o la otra? ¿Quién carajo es “la otra”?»

El automóvil detuvo su movimiento y un pequeño pitido del taxímetro le indicó que había llegado a su destino. Abonó el pago y descendió. Mientras caminaba en dirección contraria al hotel pudo observar que el moreno todavía estaba estacionado y la miraba con detenimiento, posiblemente intentando discernir si la conocía o no. Celia continuó firme su camino hacia la playa buscando con éxito engañar acerca de su destino.

Cuando el taxista se alejó lo suficiente, ella volvió sobre sus pasos alejándose de la tranquilidad del mar y acercándose a esas odiosas cuatros paredes que la llevaban a entregar su propio cuerpo a los locos deseos de un extraño.

Allí estaba, nuevamente en el hotel, desnuda en una habitación totalmente desconocida a pesar de la asiduidad con la que la visitaba. La luz del sol se filtraba por las cortinas rojas e iluminaban tenuemente el precioso cuerpo de Celia que se encontraba a merced de aquel animal embravecido que la tomaba de la cintura y la embestía con toda su fuerza mientras ella ensayaba un falso gemido de placer para excitar al político que la penetraba por detrás, algo que agradeció infinitamente porque odiaba tener que ver los rostros lujuriosos que tomaban como objeto a su propio cuerpo. Hacía un gran esfuerzo por mostrarse gozosa para provocar que la eyaculación llegara lo más rápido posible y así también su libertad. Además de un muy bien simulado gemido, comenzó a mover su trasero al compás del frenético vaivén del libidinoso panzón que, luego de soltar la cintura de Celia, no cesaba de apretujarle los senos. Transcurrieron en total unos veinte minutos durante los cuales imaginaba un hombre totalmente diferente al que realmente tenía detrás de sí. Se dibujó un cuerpo más delgado que el que realmente estaba gozando con su piel e imaginó una voz más dulce y señoril que aquella que la insultaba y degradaba al son de frases como “Que linda prostituta que sos...” o “Movete, pendeja”, mientras la embestía sin ningún tipo de sutileza.

Cuando al fin todo terminó dando lugar al intercambio monetario, Celia corrió a su casa con los ojos rojos intentando contener unas pequeñas gotitas que parecían hacerse paso por sus lagrimales. Ella corrió lo más rápido posible en busca de la tan anhelada ducha para así poder quitarse el asqueroso hedor del cuerpo sudado de su cliente. Deseó borrar hasta el más mínimo recuerdo de cómo había sido utilizada, degradada y gozada... Pero Celia parecía no

comprender aún que el agua solo limpiaba la suciedad externa y que la memoria humana no se borra, deja marcas en un cuerpo que no es el de carne.

Capítulo 4

4

Celia terminó de bañarse ilustrándose el rostro del hombre que amaba con el fin de poder borrar las amargas huellas del trabajo. Esperaba disfrutar, en la medida de lo posible, de los momentos en que estuviera con él. No tardó más de veinte minutos en arreglarse. Eligió la simpleza para su vestimenta con la intención de alejarse de todo artificio que alterara su belleza natural y la acercara a esa imagen de prostituta que le alborotaba la cabeza cada vez con mayor intensidad.

Mientras bajaba los cuatro escalones de madera que marcaban el límite entre su casa y la playa tomó su celular y escribió: "En menos de diez minutos estoy en tu casa." No supo si terminar la frase con alguna palabra que transmitiera lo que sentía por él, dada su complicada situación laboral, y mucho menos estaba segura de que la respuesta a eso fuera fácil de digerir. Si él respondía con devolución de afectos, ella se sentiría demasiado implicada. Por el contrario, si Ariel no correspondía, se sentiría una idiota por intentar solucionar el tema de su trabajo. Por lo que no se arriesgó a complicar las cosas más de lo que ya estaban.

«Tranquila, despacio... Cada cosa a su tiempo» —repitió para sí misma Celia.

La pintura paisajista en la retina de Celia y la musicalización que el rompimiento de las olas daba a la circunstancia le permitían disfrutar de la caminata por la playa que finalizaría en la casa de Ariel. Una escena de máximo placer para Celia que valoraba infinitamente la efímera soledad que a veces lograba. Sus pies avanzaban a paso sereno y firme por la arena acompañados de un zarandeo de manos en las que llevaba sus ojotas. Habiendo transcurrido unos cuantos minutos Celia pudo distinguir frente a sus ojos la figura de la casa de Ariel ampliándose con cada avance suyo. Al igual que la suya, contaba con una escalera de pocos peldaños que descendía hasta la blanquecina arena de la playa. Sentado en el anteúltimo escalón se encontraba él, esperando su llegada.

Celia sonrió olvidando por un instante la miseria circundante de su vida, algo que posibilitó ver la silueta de ese hombre tan especial.

—Si no fuera porque venís caminando por la playa creería sin dudar que sos una sirena —le dijo Ariel cuando estuvieron lo

suficientemente cerca.

—Imposible creerte, pero no es necesario, me hacés feliz con esas pavadas —replicó ella agachándose y besando sus labios.

—Dejame sentir y pensar que sos la mujer más bella del mundo, si así lo quiero.

—Lo tenés permitido, pero no esperés que te crea. ¿Qué cocinaste de rico? —preguntó Celia volviéndose hacia él y acercando su boca hasta producir un electrizante roce para volver a alejarse con una sensual y provocadora sonrisa en el rostro.

—Así no puedo siquiera pensar en contestarte... —respondió poniéndose de pie.

Ella caminó hasta el sillón de la sala y se sentó mientras él cerraba la puerta y dirigía sus pasos nuevamente a la cocina.

—Arroz agrio y unas salchichas, ¿te gusta?

—Sabés muy bien que sí —respondió Celia.

La casa de Ariel constaba de solo dos grandes ambientes. La habitación, testigo muda de noches extraordinarias, y un segundo espacio de uso múltiple en el que estaba instalada la cocina, el comedor y un pequeñito living con dos sillones individuales color verde esmeralda que evidenciaban en su tono el ineludible paso del tiempo.

Almorzaron entre palabras, risas, miradas y besos, disfrutándose lo mejor que podían y olvidándose fugazmente que hubo un ayer y que habría un mañana.

Capítulo 5

5

De manera repentina, y sin mediar ningún tipo de acontecimiento, Celia abrió sus ojos, inspiró fuerte y, mirándolo fijamente, enfrentó a Ariel con su más fría forma de ser.

—Disculpame, me tengo que ir.

— ¿Eh? ¿Estás bien, Celi? ¿Acaso dije algo que te haya molestado?

—preguntó Ariel inundado de la más grande confusión y prácticamente inhibido de palabras. La miraba desorientado intentando poder comprender la reacción de esa mujer, sin embargo, nada parecía explicar lo sucedido. La confusión e incomodidad general de la situación se incrementó cuando él logró ver en los ojos de ella algo parecido a un “despertar de los sueños”.

—No me siento bien, quiero volver a mi casa —le respondió Celia sin elevar la vista para mirarlo. Acto seguido se levantó de la silla y abandonó la modesta casa, evitando mirar hacia atrás, y dejando a aquel hombre en un estado de shock absoluto del que no saldría con facilidad.

Los hilos que la ataban a la escritura de Weber se aflojaron con rapidez desintegrándose por encima de su cabeza. Fue ella la única testigo que pudo ver como desataban su cuerpo y se desvanecían a medida que tomaban altura. Nuevamente volvía a sentirse viva, a ser ella misma.

¿Volvía a ser ella? ¿Qué significa eso?

Aunque su conciencia y toda su historia no desaparecían durante esos lapsos en que su cuerpo se reducía a ser un títere de la voluntad ajena, quedaban completamente relegados, alejados del timón que conduce las acciones y cediendo su existencia a las intenciones de Weber. Max Weber, por medio de la escritura, creaba todo lo que ella debía hacer, decir y sentir. Cuando los filamentos dorados la abandonaron devolviéndole nuevamente el control sobre su existencia, Celia dispuso de toda su voluntad para huir de esa escena. Sabía hacia dónde se dirigía la escritura de Weber y no tenía intenciones de permanecer allí. Necesitaba huir de esa persona desconocida para ella y a la que para nada correspondía en sentimientos. Todo lo que Weber relataba acerca de los afectos de Celia era contrario a lo que en ella desfilaba en cuanto a deseos y sentires.

Celia avanzaba a paso desesperado por la arena entre llantos, ira y con riesgo latente de caer al suelo. Aun así, llegó entera a su casa, al menos físicamente. Lloraba con un desconsuelo que parecía impropio para la situación, sin embargo, nadie más que ella sabía lo que significaba ser un

títere humano. Cuando ingresó por la puerta, hizo el mayor esfuerzo por no alertar a su amiga. Sofocó su llanto, calmó su respiración y realizó sus movimientos con el mayor sigilo que pudo conseguir en su situación. Todo fue en vano, Vero había oído el grito de impotencia de su amiga antes de que ésta pusiera un pie en el ingreso de la puerta trasera. Bajó para interceptarla y en el momento en que Celia la vio venir se desplomó en sus brazos dejando salir la tristeza que había querido ocultarle.

— ¿Qué pasó, reina? —preguntó Verónica mientras apartaba a su amiga, sin dejar de sostenerla, para dejarla frente a sí y mirarla a los ojos.

—Sucedió nuevamente, Vero. ¡No lo puedo soportar más!

—Por favor, Celi, intenta tranquilizarte y decime qué es lo que sucedió...
—insistió ella temiendo la respuesta.

— ¡¿Por qué no puedo ser quien yo quiero?! —gritó Celia con un dejo de ira y lamento. —Vos sos la profesional y solterona, y yo... yo soy la prostituta del pueblo que se entrega a cualquiera cada vez que ese maldito toma el teclado y comienza a escribir.

Un silencio cortante invadió la escena y ambas se miraron.

¿Qué creés que pasaría si me suicido? —dijo Celia ante la mirada descolocada de su amiga. Caminó a pasos agigantados hasta la mesada de la cocina, abrió el cajón y, mostrándole el cuchillo a Vero, le repitió la pregunta. —¿Qué pasa si me suicido? Le arruino la historia, ¿cierto?

Inhibida ante una situación completamente desconcertante, Vero sentía su pecho a punto de explotar. Percibía la desesperación de su amiga y sabía que algo tenía que decir, pero sus labios balbucearon solo algunos inentendibles sonidos.

Celia apretó el mango del cuchillo y miró sus muñecas.

«Un corte en la muñeca será demasiado lento» —si dijo a sí misma mientras sentía el golpeteo de su corazón.

—Tiene que haber otra manera, sentémonos en la cama a pensar...
—imploró Vero.

—¡¡No quiero pensar más, necesito resolverlo ya!! Esto no es vivir, es caminar por la cornisa de la locura día a día. No puedo soportarlo ni un minuto más...

Sus ojos miraban fijamente el arma punzante que tenía en las manos, la respiración se hacía cada vez más rápida y su pecho se inflaba buscando la valentía que aún no conseguía para darle el empuje necesario. Todo se

estaba volviendo gris, cada vez pensaba menos y sentía más. Recordaba cada uno de los rostros lujuriosos que en los últimos días habían gozado con su cuerpo. Pensar en Weber la hizo recordar ese amor que ella jamás sentiría por Ariel, pero que aun así estaba obligada a corresponderlo en contra de su voluntad. Volvió a mirar la plateada hoja y el tiempo pareció detenerse; las imágenes se habían paralizado, los sonidos se apagaron y solo una idea transitaba por su cabeza. Liberarse de Weber, liberarse de una vez por todas de aquellos hilos dorados que la envolvían quitándole lo más propiamente humano: la libertad de hablar, de sentir y de hacer.

Apoyó el filo de la cuchilla sobre la sensible piel de la garganta ante la mirada perpleja de una Verónica completamente inhibida de acción. Con la precisión de un cirujano y la valentía de un gladiador, Celia hizo una incisión lateral en su cuello ante los desesperados gritos de su amiga. Celia cayó al suelo cual muñeco de trapo sin sostén escupiendo sangre por la boca.

Las imágenes se apagaron en el mismo momento en que el corazón dejó de latir.

Capítulo 6

6

Verónica apoyaba sobre el suelo sus dos rodillas y reposaba sobre el cuerpo ensangrentado de Celia sus ojos enrojecidos. Inmediatamente después de que su amiga tomara tamaña decisión pensó en llamar a los servicios de urgencias médicas, sin embargo, bastaron unos cuantos segundos para que cayera en la cuenta que por más que la ambulancia acudiera con velocidad sería todo en vano, puesto que el corazón de Celia había dejado de latir y la sangre que brotó de su garganta pronto había teñido el suelo. Poco tiempo después de llorar, gritar y golpear en el pecho a su amiga arrojándole grandes improperios, Vero se durmió tendida a pocos centímetros del inerte cuerpo.

Posiblemente, el desesperante acto de Celia era el único recurso que hubo de encontrar en ese momento para sentirse libre, de sentirse dueña de sus propias decisiones.

Le pregunto a usted, lector, ¿cree que existe tal cosa?, ¿libertad absoluta? ¿Cómo es que podría ser libre un simple personaje, si su escritor, su Dios, no decidió cuándo y de qué manera debía morir su propia creación?

La noche se había hecho día y las gaviotas que recorrían el mar en busca de alimento lograron despertar involuntariamente a una Celia que abrió los ojos sorprendida sin poder entender nada de lo que estaba ocurriendo. La impotencia comenzó a invadirla luego de que la desilusión se esfumara. Todo el alivio que había sentido entre el momento en que cortó su carne y el instante inmediatamente anterior a su muerte ya no existía porque ella, literalmente, volvía a existir.

Verónica, que se había quedado a su lado en el suelo, todavía seguía sin abrir los ojos. Todo fue dolor, lágrimas y sangre cuando los ojos oscurecieron el mundo para abrirle la ventana al onírico. Durante el transcurso de la noche el fluido carmesí que manchaba el piso de la sala de estar desapareció; su intenso color rubí se hizo cada vez más claro hasta desaparecer totalmente. Al tiempo que la sangre se borraba del piso, la herida que Celia se había practicado para inducir su propia muerte comenzó a cerrarse hasta el punto de no dejar ningún tipo de rastro o huella de aquel raptus suicida.

//

Weber estaba terminando su cuarto cigarrillo y su quinta taza de café bien negro cuando decidió volver al teclado y retomar la escritura de su séptimo libro. Por su cabeza aún daba vueltas la escena en donde había dejado a Celia con Ariel, pensaba en ella y en lo que sentía su personaje: amor. Eso es exactamente lo que él deseaba que sintiera hacia Ariel, y

para lograrlo debía introducir algo en esa relación que rompiera con todos los esquemas de Celia, un terremoto que la hiciera pendular entre el amor y el dinero fácil sumiéndola en la mayor duda de su vida.

Durante su descanso, y mientras se fumaba otro cigarrillo en el balcón de su departamento, le fue inevitable oír a sus vecinos coger de una manera desesperada, como si fuera la última vez que pudieran pegar sus cuerpos transpirados bajo las sábanas de su ruidosa cama. Curiosamente habían tenido una discusión con altos volúmenes de la cual el resto del edificio se anotició logrando escuchar cómo continuaba la telenovela de sus peleas diarias. De vuelta a sus labores, Weber caminó hasta su escritorio a los tumbos y con la cabeza hecha un tambor a causa de la mezcla de alcohol, cafeína y cigarrillo. Cuando estuvo frente a la pantalla de la computadora se desplomó sobre la silla y leyó el último párrafo que tenía escrito:

“De manera repentina, y sin mediar ningún tipo de acontecimiento, Celia abrió sus ojos, inspiró fuerte y, mirándolo fijamente, enfrentó a Ariel con su más fría forma de ser.

—Disculpame, me tengo que ir.

— ¿Eh? ¿Estás bien, Celi? ¿Acaso dije algo que te haya molestado?

—preguntó Ariel inundado de la más grande confusión y prácticamente inhibido de palabras. La miraba desorientado intentando poder comprender la reacción de esa mujer, sin embargo, nada parecía explicar lo sucedido. La confusión e incomodidad general de la situación se incrementó cuando él logró ver en los ojos de ella algo parecido a un “despertar de los sueños”.

—No me siento bien, quiero volver a mi casa —le respondió Celia sin elevar la vista para mirarlo. Acto seguido se levantó de la silla y abandonó la modesta casa, evitando mirar hacia atrás, y dejando a aquel hombre en un estado de shock absoluto del que no saldría con facilidad.”

Cuando sus ojos terminaron de recorrer las últimas letras el corazón se le detuvo. ¿En qué momento había escrito eso? Estaba algo ebrio, él lo sabía, también un poco mareado por el dolor de cabeza, pero nunca había perdido la conciencia. Se acordaba perfectamente que había dejado a Celia al lado de Ariel y en un momento que con un par de leños más habría llevado la temperatura ambiente a niveles de caldera para que todo terminara bajo las sábanas de la cama de Ariel. No estaba equivocado, él había concluido ahí.

Cuando sus ojos volvieron a pestañear y su corazón volvió a latir lo primero que pensó es que alguien, tal vez alguno de los tantos vecinos que lo odiaban -y que él correspondía de la misma manera- había entrado y le había jugado un chiste. ¿Pero quién? ¿Realmente alguien se tomaría tanto trabajo? Descartó esa posibilidad luego de recorrer la casa a pesar

de que la idea careciera de credulidad.

— ¡Es imposible! —gritó desafortadamente arrojando al suelo una de las cinco tazas de café que reposaban sobre su escritorio. — ¿Me estaré volviendo loco? —pensó en voz alta creyendo a cada segundo que esa sería una posibilidad que se acercaría más a la realidad.

Necesitaba hacer algo, o mejor, necesitaba no hacer nada. Abandonar el consumo y la mezcla de sustancias por unas cuantas horas parecía una buena idea para aclarar la circunstancia. Weber decidió apagar su computadora, no sin antes volver a leer ese párrafo que había encontrado escrito y que tanto alboroto había generado en su cabeza. Pensó que, si lo escribió, lo dejaría allí y continuaría la historia de todos modos.

— ¡Vos te vas a encamar con Ariel porque yo lo digo, Celia! ¡Y te vas a enamorar! —gritó el excéntrico escritor mientras abandonaba el estudio camino a su habitación

—Seguramente la mezcla de alcohol y cafeína no es de lo mejor. A esta altura de mi vida no me trae más inspiración que “ausencias” de conciencia... Debería que dejarlo, de seguro que mi editor va a estar muy contento —finalizó su monólogo antes de dejarse llevar por el sueño y sumergirse en los locos mundos oníricos.

Capítulo 7

7

Weber continuaba tumbado en el colchón. La mezcla de sustancias consumidas la noche anterior le había provocado una de esas cefaleas imposibles de aplacar con una simple siesta. La cabeza le latía como si fuera un corazón y en la zona de las cervicales sentía una serie de punzadas que lo hacían estremecer. Derrumbado en la cama daba vueltas de un lado al otro presionándose con fuerza los laterales de su cabeza con ambas manos. De vez en cuando gritaba intentando disipar el dolor, algo que estaba lejos de ser una prescripción médica y de dar resultado, por tanto, eran inútiles. Aun así, y de manera inevitable, reincidía por frustración e impotencia.

Tomó coraje y se levantó de la cama muy lentamente sosteniéndose de cuanto apoyo tuviera cerca para evitar que los mareos causados por la enorme cefalea lo mandaran al diablo. Revisaba torpemente una caja muy vieja de cartón en la que tenía una gran cantidad de medicamentos, como también, envases vacíos. Después de un tiempo de revolver leyendo sin comprender y haciendo fuerzas para ajustar la vista tomó una de las pastillas cuya acción terapéutica era analgésica; una muy fuerte.

Volvió a la cama con el mismo cuidado con el que salió de ella, caminando con una marcada lentitud y arrastrando sus pies con pesadez tras haber ingerido el remedio. Pasados unos veinte minutos, cuando comenzó a surtir efecto el analgésico, Weber fue quedándose dormido nuevamente en un momento en el que el reloj indicaba que el mediodía había quedado una hora por detrás.

//

El pequeño Máximo Weber había salido de su habitación y, mientras se restregaba los ojos por su reciente despertar, caminó rumbo a las escaleras. Desde la planta alta, donde se encontraba Max, podía verse la tenue luz amarillenta que iluminaba la sala de estar.

—Mami... —llamó Máximo desde lo alto de las escaleras.

—Max, bebé, volvé a dormir, cariño —respondió su madre esbozando una sonrisa e intentando ocultar su sorpresa por la aparición de Max en el medio de la noche.

—Tuve una pesadilla y tengo miedo, Mami —respondía con una voz poco audible al tiempo que su cuerpo comenzaba a denotar un leve temblor. Morgan se había percatado de ello y entendió que no podía dejarlo solo

con sus miedos.

La madre de Max subió las escaleras y cuando estuvo frente a él se agachó, lo besó en la frente y le habló cariñosamente.

—Mami tiene que ir a trabajar, cariño. Vamos de nuevo a la cama, vas a estar bien porque yo te voy a acompañar a la cama.

Max asintió con el cabeza aún no demasiado convencido de volver a dormir, y tomado de la mano de su madre, entró de nuevo a la habitación.

—Soñé que no estabas más conmigo, —le decía con lágrimas en los ojos —y no quiero que te vayas porque me voy a quedar solo como en el sueño...

—Los sueños no son reales, Max, no te preocupes por lo que hayas visto. Mami ahora tiene que ir a trabajar, pero te prometo que jamás te voy a abandonar. Siempre voy a estar con vos —le prometía Morgan mientras acariciaba y besaba la frente de su pequeño, quien, a pesar del efecto tranquilizador de las palabras, no pudo evitar que el miedo se disipara completamente al saber que su madre estaba a punto de salir de la casa.

—iiiiiiNooooo!!!!!!! Mamiiiiiii.... ¡No te vayas! —gritaba Weber fuera de sí dando un salto desde la cama y abrazando a su madre mientras cerraba los ojos apoyando su rostro en el pecho de Morgan. Su corazón, que parecía salirse de su cuerpo con cada golpeteo, y su frente, que estaba completamente sudada, eran los más claros indicios de que la pesadilla de Max todavía no había terminado.

//

El dolor de cabeza de Weber había desaparecido, pero algo más fuerte, algo más histórico que químico, parecía instalarse desde los pensamientos oníricos de Max. Su cuerpo se revolvía entre las sábanas y algunos quejidos inentendibles mezclados con sollozos se dejaban oír desde sus labios.

//

Mientras Weber aún dormía y sufría con el recuerdo de la partida de su madre, Verónica se despertaba encontrándose con una escena impactante. El charco de sangre que vistió el suelo había desaparecido y Celia respiraba con tranquilidad, aún con los ojos cerrados. Sintió un gran alivio y una creciente felicidad al ver a su amiga con vida, lo cual a su vez sugería algo para nada feliz: se confirmaba que, al ser ellas personajes de Weber, estaban determinadas por su palabra creadora -y destructora- la cual era la única capaz de darle fin a sus vidas. Vero sintió esfumarse todo

el éxtasis inicial a la vez que su cuerpo era abordado por la desolación de una pseudoexistencia.

En ese instante, en que el peso del dolor se vio desvanecido, pudo sentir la leve respiración de Celia, como si estuviera sumida en un relajado sueño. Vero respiró hondo, se puso de pie con sigilo y tomó dos almohadones. Uno lo ubicó con sumo cuidado debajo de la nuca de Celia y el otro lo acomodó para recostarse ella misma al lado de la joven con la que compartían más que un hogar.

//

...La noche se había hecho día y las gaviotas que recorrían el mar lograron despertar involuntariamente a Celia que abrió los ojos sorprendida sin comprender nada de lo que estaba ocurriendo.

—Celi, ¿estás bien? —preguntó Verónica ante el silencio de su amiga.

Celia observaba su alrededor con un aire de confusión total. Se preguntaba para sí si estaba en una especie de cielo para personajes de ficción haciendo caso omiso a las palabras de Verónica.

¿Tendrían algún cielo o infierno los personajes de novelas? ¿No sería demasiado injusto que los juzgaran por acciones que tal vez no quisieron cometer?

Cuando Vero insistió con su pregunta tocándole el hombro, Celia comenzó a caer en la cuenta de que seguía viva. La desazón se mezclaba con la ira y se le hacía intolerante.

—Depende de lo que califiquemos como "bien" —dijo ella con un sarcasmo imposible de evitar. —Si me preguntas si estoy viva o me duele algo la respuesta es: "sí" para lo primero y "no" para lo segundo. Si "estar bien" significa sentirse uno mismo feliz, entonces definitivamente me siento como el maldito culo.

—Prefiero que estés viva sabés... Lloré toda la noche por vos —replicó Vero dejándole ver una pequeña lágrima que se escapaba, algo escurridiza, de su ojo.

— ¡Te das cuenta que ni siquiera puedo tomar la decisión de matarme! ¿Existo o no existo cuando ni siquiera puedo decidir cuándo dejar de existir? Nos tiene totalmente atadas Vero...

—Preciosa, encontraremos la manera de zafarnos de esos malditos hilos. Te prometo que vamos a investigar, pero te necesito bien, fuerte y atenta. Por sobre todo necesito que dejes de hacer estupideces porque pensé que

te perdía y no quiero volver a pasar por una situación así.

—De acuerdo... solo dejame descansar, necesito tiempo para pensar
—rogaba Celia mientras se giraba hacia la ventana y observaba el mar que parecía estar extrañamente alborotado y movedizo. Incluso las banderas negras alertaban a cualquier despistado acerca de la condición peligrosa de esas aguas. Aun así, a Celia, le resultaba una experiencia singular y sumamente relajante. El cuadro en movimiento del mar tumultuoso le transmitía, extrañamente, una paz que no poseía.

Capítulo 8

8

Verónica había decidido no forzarse a dormir porque las emociones, claramente polares y disímiles, habían reinado en la madrugada y la mañana. Con la clara necesidad de escapar al flujo continuo de pensamientos se dispuso a realizar algunas tareas de la casa, aunque no hubiera necesidad de ello. La mesada de la cocina sufrió tres veces seguida la limpieza impiadosa de Vero, y otro tanto el piso y muebles del comedor. También gastó algo de tiempo reacomodando silenciosamente el mobiliario, trabajo totalmente infortunado porque luego volvió a acomodar todo exactamente como estaba antes de que su locura recayera sobre ellos. Por último, y cuando ya se había hecho la hora de su partida al colegio decidió ir a comprobar que Celia estuviera bien. Sabía muy bien que ella no podía morir por voluntad propia, sin embargo, lo que la compelia a ver el estado de su amiga era la sola necesidad de observarla bien y durmiendo como cualquier otro día para borrar un poco esas imágenes espantosas que todavía rondaban en su cabeza. Una vez que distinguió a Celia bajo el bulto de sábanas y frazadas, Vero bajó hacia la cocina pensando en lo más trivial que cualquiera puede pensar: el desayuno. No obstante, resultaba todo un logro llegar a tal grado de trivialidad en vista a los sucesos de la noche anterior. Verónica pensó en dejar algo preparado a Celia para cuando lograra salir del capullo en el que parecía estar inserta.

En el otro mundo, Weber se acercaba nuevamente al teclado para dar comienzo, con su escritura, a un nuevo día en Piedramar.

//

«Nuevamente a la rutina semanal...» –pensó Vero recapitulando en sus pensamientos las obligaciones de su vida diaria. Pensó que para la vuelta a las obligaciones resultaba ser muy conveniente el caribeño paisaje de Piedramar, al cual solía disfrutar en su camino rumbo al colegio en donde se desempeñaba como profesora de arte.

Durante el recorrido no pudo evitar asombrarse al sentir placer desde sus ojos miel por el hermoso paisaje que ofrecía ante ella la pequeña ciudad donde vivía. Por un instante experimentó una sensación de extrañeza, de ajenidad tal que, lo otrora cotidiano, se le presentó como lo más distante y menos familiar al distinguir

detalles que jamás había visto. Mirando hacia las playas más alejadas de Piedramar se podía distinguir a una extensa porción de tierra que se volvía sobre sí desde el extremo creando una especie de piletón con una pequeña salida hacia la magna extensión oceánica. Cuando Vero, aún anonadada por la imagen, levantó la mirada, vio a toda la hierba del cerro tiñéndose de dorado por la acción de un sol semi-oculto que comenzaba a dejarse ver por el extremo de la elevación terrosa.

Cuántas sorpresas pueden deparar lo cotidiano si se lo observa con ojos de turista, ¿cierto?

Piedramar no tenía más de diez mil habitantes, y no solo gozaba de unas envidiables playas, sino que también poseía un paisaje de sierras que cercaban todo el perímetro del poblado.

Luego del encuentro de su encuentro con el paisaje que ofrecía Piedramar, ella aceleró sus pasos al advertir que el tiempo la apremiaba. Dobló a su derecha por calle Italia y continuó en esa dirección trescientos metros más hasta que estuvo frente a un edificio imponente en estructura, de dos pisos y unos veinticinco metros de altura. En lo que al aspecto se refería, estaba bastante venido a menos. Y, a pesar de que el verde suele darles un buen aspecto a los edificios, este no era el caso, pues el moho no cumple con los requisitos estéticos que si cumplimentan las enredaderas.

Uno de los dos institutos educativos resultaba ser lo que llamaríamos de "élite", al cual asistían los hijos de las familias más pudientes de la ciudad: dueños de balnearios, supermercados, discotecas y hospitales, entre otros. El restante se trataba del colegio que recibía a todos aquellos niños que no gozaban de una familia con ingresos suficientes que hicieran sustentable una educación privada en el instituto "John Locke".

Verónica, que ya había tenido suficientes ofrecimientos para desempeñarse como docente en aquel instituto particular, y que las había rechazado firmemente en cada oportunidad, trabajaba con enorme dicha en el establecimiento educativo N°1 que era sustentado económicamente por el gobierno de la ciudad. Contrario a lo que la fantasía del dinero pudiera hacerles creer a muchos, ella sabía que el establecimiento en el que trabajaba conservaba una gran calidad en la formación de sus alumnos, incluso superior a la empresa educativa "John Locke" y sus lujos edilicios.

— ¡Buenos días! —saludó ella al ingresar a la sala de profesores luego de haber sido detenida unos cuantos minutos por las

porteras en la entrada principal. Dos señoras de manos grandes y rostros duros, en su afán de sacarse el aburrimiento de encima, le hacían cada mañana el reporte de los nuevos chismes que circulaban por las gruesas paredes del colegio. Al parecer, el misterio del día era dilucidar cuál de las porteras había sustraído una escoba nueva que Mari -quien la detuvo en la entrada- había comprado con su propio dinero.

Verónica reía por dentro cuando estas señoras le relataban las tragedias griegas en las que se enredaban a diario.

—Buenos días... —respondieron varios docentes con un monótono unísono, más por educación que por la sinceridad que debería acompañar al enunciado. Aparentemente ella era la única que gozaba de buen humor, lo cual la llevó a aventurar una hipótesis por el clima reinante, y la misma afirmaba sobre los demás docentes un dejo de resignación al soportar estoicamente un trabajo que no les gustaba. No todos, claro está, pero realizar tal conjetura la llevó a sonreír de su ocurrencia.

Vero buscó alguna mirada amiga para poder dialogar con algunas risas de por medio, pero su compañera de “lucha contra el mal humor generalizado” aún no había llegado.

La sala de profesores estaba lejos de ser tal, más cerca del aspecto de un pequeño despacho y amueblada con un sillón de dos plazas, una mesa, varias sillas y una cafetera de filtro que usualmente ofrecía café viejo y quemado por la cantidad de veces que se recalentaba la infusión. Vero se sentó a escasos metros de la ventana que lindaba con la calle, sacó su celular del bolso y le escribió un mensaje a Mía.

«“Estoy en la sala de profesores, por favor apúrate que estoy a minutos de hacerme un harakiri.”»

El reloj del teléfono no había alcanzado a marcar el segundo minuto transcurrido cuando la pantalla se encendió haciendo presente la respuesta:

Mira hacia la puerta, nena.

Cuando Verónica levanta la mirada hacia la puerta estaba entrando allí su amiga.

— ¡Cabo Mía al rescate, señor! —saludó ella imitando un gesto militar e irrumpiendo a reír. Su amiga la acompañó en la risa y

luego le dio un beso en la mejilla.

—Qué bueno que llegaste, hoy parece que el desgano se expande como la gripe.

— ¡Quédate tranquila, mi amor, nosotras esparcimos luz y amor para todos! —Respondió Mía con una pizca de sarcasmo y al son de una carcajada. — ¿Querés un café? —preguntó a continuación mientras detenía sus pasos a centímetros de la máquina.

—Ya desayuné, pero no me hará mal uno pequeñito —contestó Vero no muy convencida por la preparación de lo que iba a ingerir.

Conversaron unos diez minutos antes de levantarse y tomar camino a sus aulas donde las esperaban los pequeños demonios.

El alboroto adolescente cesó cuando Verónica entró al aula y la saludaron contentos. Resultaba ser que la materia que impartía era muy bien recibida por sus estudiantes.

—Muy bien, chicos, la primera hora realizamos teoría y luego práctica —indicó Vero mientras se sentaba arriba del escritorio.

Durante la primera parte de la clase Vero se limitó a ir desplegando conceptos ante la atenta escucha de sus alumnos, a veces interrumpida cuando algún tema permitía discusión grupal.

Durante los momentos prácticos, Vero permitía que sus estudiantes escucharan música, trabajaran parados, solos o en grupo, todo lo que ellos quisieran para fomentar la creatividad y mantener un ambiente agradable. Al indicarles que iban a iniciar los trabajos, ella cayó en la cuenta de que había olvidado los materiales en el auto, y que por supuesto habían quedado en su casa por haber decidido recorrer el camino a pie. Rápidamente pensó en Mía y la llamó.

—Dime que tienes materiales...

—Por supuesto que sí. Y evidentemente vos no, ¿por qué?

—Los olvidé en mi casa. Después te cuento. ¿Paso por tu aula?

—Pasa sin golpear. Adiós reina.

Vero caminó a paso ligero la distancia que separaba ambas aulas. El edificio del colegio era realmente grande y ocupaba la totalidad de la manzana por lo que las distancias internas resultaban ser

bastante extensas.

—Devuélvemelo sano ¿sí? —le dijo Mía entre risas simulando la voz de un padre entregándole las llaves del auto a su hijo.

—Me lo pensaré.... ¿Dónde lo tenés?

—En el estacionamiento del colegio, del lado de atrás, creo que lo dejé en el número "20".

—Gracias, cariño.

Verónica salía de la institución para dirigirse al estacionamiento esquivando a las porteras cual si fuera un deporte. Ya había pasado por el sector del estacionamiento del frente. En el momento en que iba a dar la vuelta escuchó unas voces que provenían desde su lugar de destino. Se detuvo en seco por el tono de voz y se escondió en un saliente del edificio intentando aguzar el oído.

— ¡Te dije que me trajeras veinte bochas, no diez! Y la próxima vez intentá ser más discreto imbécil, ¿cómo se te ocurrió acercarte a la mañana? De seguro ya se te consumió todo el cerebro con lo que vendes.

A unos cuantos metros y detrás del saliente, Verónica sentía como su sangre hervía de ira para luego ceder dando paso a un temor mucho más directo y circunstancial: ella estaba ahí y muy próxima a ser descubierta. Una de las voces sin duda era la del director del colegio y la otra le resultaba totalmente desconocida.

< ¿iPero qué mierda está sucediendo!?!> —gritaba Verónica para sus adentros indignándose con las posibilidades que engendraba todo aquello.

La impotencia, y el terror la tomaron como su presa y de tanto temblar sus manos se aflojaron dejando caer las llaves del auto de Mía. El ruido puso en alerta a aquellos, que acababan de confirmar su sospechosa actitud.

Ambos hombres, el director del colegio y el segundo, observaron hacia donde estaba ella, que, sin pensarlo, tomó las llaves y en un instante irrumpió a correr hacia dentro del colegio.

— ¡Anda a ver quién es idiota! —ordenó el director al segundo hombre que sin esperar a escuchar la frase entera ya se había puesto en marcha para averiguar quién los había estado

escuchando.

Ella corría lo más rápido que podía, ilo estaba logrando! La puerta estaba cerca... Tiró de la manija y entró logrando refugiarse por fin fuera del alcance de su perseguidor.

Parecía haberlo logrado, pero no del todo. El segundo hombre llegó a distinguir la pollera larga y roja que vestía Verónica, dato que hizo saber sin reparos al director del colegio.

//

Después de la locura que había sido escribir a Celia, Weber decidió tomarse un descanso de ella y continuó su historia relatando a Verónica.

—Ya habrá tiempo para Celia, no se saldrá con la suya —dijo presionando con fuerza la tecla del punto.

Capítulo 9

9

Weber observaba con detenimiento el punto final del párrafo, lo admiraba como si fuera un escultor que, terminada su obra, la aprecia anonadado y hasta un tanto extrañado, como si aquello fuera ajeno de sí mismo. Pocas veces se contentaba con lo que escribía; tal vez la sobriedad de los últimos días ayudaba a tal apreciación. Luego de unos cuantos segundos abandonó su estado de fascinación y comenzó a recorrer el departamento caminándolo en pantuflas y con un cigarrillo que se iba consumiendo más en la mano que en sus labios.

«Suficiente con dejar la intoxicación alcohólica. Algún vicio tengo que mantener» —pensó Max durante su paseo de autómata.

Al son de sus pasos intentó imaginar cómo proseguir la historia, y no solo eso, recordó el confuso y aparentemente olvidado episodio con Celia. Si hay algo de lo que estaba seguro era que ese último párrafo expresaba que Celia se encontraba en su casa, y no manteniendo relaciones con Ariel como él había pensado y deseado.

—Probablemente estaba demasiado cansado y he escrito sin darme cuenta —pensó en voz alta dando una pitada al cigarrillo que hacía rato estaba consumiéndose en su mano.

La escritura de ese párrafo supuso marcas que ni el “suprimir” del teclado pudo eliminar. Existe aún, en las dudas de Weber y en los recuerdos de Celia.

Weber seguía hundido en sus cavilaciones hasta que el timbre de la puerta de entrada lo sacó de un tirón. Enojado por haber sido interrumpido en la planificación de su escrito y con el rostro vestido de enigma recorrió los metros que lo distanciaban de la entrada. El timbre volvió a insistir cuando él, en silencio, se acercaba a la mirilla para develar la identidad del tan oportuno visitante. Apoyó la vista sobre el pequeño cristal y la vio, la figura de su tía estaba del otro lado de la puerta esperando ansiosa que alguien la recibiera.

Sorprendido por la presencia de su consanguínea, Weber abrió la puerta. Sin siquiera pedir permiso, la casi setentona señora entró como una fiera embavecida.

—Tía... —comenzó diciendo Max.

— ¡No!, no me digas nada, no quiero excusas. ¿Por qué no respondes los llamados o contestas los mensajes? —Interrogó furiosa e inquisitiva su tía Magdalena mientras caminaba hacia la cocina.

Max seguía anclado en la puerta de entrada tomándose del picaporte y sin emitir ningún sonido como respuesta.

— ¿No piensas en todo lo que yo me puedo preocupar? Me imaginé lo peor, Max —recriminaba su tía — ¡Justo lo que me imaginaba...! Cortaste los cables del portero electrónico; gracias a Dios y a todos los santos que el conserje me dejó pasar.

—Querrás decir que lograste entrar gracias a la buena onda del conserje, porque acá Dios no tiene nada que ver —respondió hablando por primera vez.

—Gracias a lo que sea, lo que me interesa es que estás bien. ¡Pensé que te encontraba muerto!

—Todavía pienso continuar molestando a la gente con mi presencia, al menos un tiempo más, no te preocupes —se limitó a responder Weber con gran sarcasmo.

—Más te vale, no quiero volver a tener que pasar otra vez por lo mismo.

— ¿Por qué viniste, tía? —además de lo obvio, claro.

—Se acerca el veinte de diciembre, Max, un nuevo aniversario de la muerte de tu madre, no podía arriesgarme a que intentaras hacer lo mismo que el año pasado... —contestó Magda un poco más relajada y acercándose a él para acariciarlo. Se le notaban los ojos vidriosos.

—Llámalo por su nombre y deja de darle vueltas. Me quise matar, sí, me quise suicidar. ¿Cómo es que no puedas decir esa palabra?

— ¡Basta, Max! Fue bastante duro para mí como para recordarlo tan crudamente.

Máximo bajó la mirada dejando entrever, por una milésima de segundos, un atisbo de culpa.

—Tía, estoy bien, ya lo viste. Podés irte ya. Soy un adulto que se encuentra en plena producción artística y me has interrumpido —arremetió dándose aires con esta última expresión.

—Las ventanas cerradas, las cortinas corridas, el cable del portero cortado, diez tazas de café y otras tantas de alcohol, el cenicero lleno de colillas y un desorden general en todo el departamento. ¿Creés que esto califica de “bien”? —atacó verbalmente Magda dirigiendo una mirada furtiva.

Max había pasado unos días terribles y por más que intentara mentir y se mostrara lo mejor posible, el ambiente lo delataba.

Las imágenes del cuerpo de su madre en una bolsa de plástico negra volvían repetidamente a sus pensamientos al igual que el momento en el que él decidió utilizar el método más inútil para suicidarse: analgésicos y alcohol. El alcohol, al ser un desinhibidor y depresor por excelencia, lo había llevado a pensar en la posibilidad del suicidio de una manera más impulsiva y despreocupada. No se animaba a cortarse las venas, no tenía un arma y mucho menos tenía las herramientas para ahorcarse, por lo que la intoxicación con pastillas y alcohol parecía la opción más viable y simple para Weber por aquel entonces. Aquél día Magdalena llegó al poco tiempo de haberlo llamado al celular y él, preso de una voluntad nublado, presionó el botón verde en vez del rojo. Su tía logró oír el golpe por la caída de Max al suelo y también sus quejidos ahogados por las sustancias.

Una vez que hubo de despertar en el hospital experimentó un remolino de sensaciones que le impidió mirar a los ojos a su tía por un largo tiempo.

Al final, Max desistió de echar del departamento a Magdalena. Cerró la puerta y se sentó en silencio esperando que ella quebrantara el mutismo del ambiente. Tía y sobrino charlaron largo y tendido recordando grandes momentos familiares de cuando su madre aún vivía. Ella le acomodó el departamento y cocinó para que su sobrino gozara de una buena alimentación por unos días. La jaqueta de Weber había desaparecido. ¡Qué parecidas resultaban ser Magdalena y su hermana!

Capítulo 10

10

Al mismo tiempo que Verónica huía de las miradas aguileñas del director del colegio y de quién parecía ser el proveedor de algún tipo de mercadería, Celia, recibía la visita inesperada de Ariel.

Ella lo había abandonado de manera muy enigmática y desconcertante la noche anterior. Ariel, poseedor de una personalidad demasiado trasparente como para jugar a las escondidas de los sentimientos y a los mensajes ocultos propios del juego del amor, se sentía demasiado contrariado para dejar las cosas tal y como habían quedado. Tenía la necesidad de verla nuevamente a los ojos y no dejarla escapar otra vez. Al menos buscaría algún tipo de respuesta.

Estando a unos pocos metros del timbre respiró hondo y con fuerza. Se sentía dispuesto a enfrentarla y, si era necesario, ponerle todos sus sentimientos en la mesa como para provocar algún tipo de reacción en Celia. El estómago hacía estragos en él y la respiración había aumentado al ritmo de su corazón. Solo una mujer le había hecho sentir lo que Celia estaba logrando con él: aquella mujer que lo abandonó de la noche a la mañana sin dejar rastros, contestar mensajes o atender llamadas. Había desaparecido totalmente dejándolo sumergido en una angustia cuya única solución encontrada por Ariel fue la cama durante meses. Los días se habían transformado en un fluir homogéneo y gris que parecía hacer de su angustia algo interminable. El circuito que recorría de la cama a la cocina y de la cocina a la cama se había instalado de tal manera que era la única actividad física que parecía desempeñar en todos sus días. Las cortinas bloqueaban la vista del afuera y las luces encendidas daban una sensación de noche eterna en la casa, desdibujando todo límite entre un día y otro. El desorden y la mugre, tanto del espacio físico como la de su propio cuerpo habían tomado ritmos de crecimiento realmente preocupantes. Y fue ese el punto de basta en el que sus amistades tomaron la iniciativa de devolverle su condición de humano y desterrar esa animosidad de rata de alcantarilla, y sin perspectivas de vida, en la que Ariel se había estado cultivando. Con la insistencia de sus amigos comenzó a retomar paulatinamente sus actividades y a frecuentar nuevamente los espacios del mundo

exterior.

Cuando su vida comenzó a entrar en un cauce de normalidad social, en una noche de hombres con un clima lloviznoso y en uno de los tantos bares nocturnos del pueblo, Ariel conoció a Celia.

//

— ¡Ahhhhgg! —gritó con molestia y fastidio Max elevando la temperatura de su garganta.

— ¡Dos horas frente a esta maldita pantalla y no puedo escribir nada más! —se quejó Weber mirando hacia la ventana cubierta que tenía enfrente oscureciendo todo el ambiente. —Voy a tener que volver a mis métodos de siempre...

Máximo dejó el teclado atrás luego de guardar el archivo en el mismo punto unas diez veces. Caminó arrastrando los pies hasta la cocina con signos de fastidio y buscó en su antiguo y bastante pomposo Mini-bar de hierro un Whisky ya comenzado. El Mini-bar de bronce tenía varios brazos con doble soporte de aros que mantenía a las botellas en posición vertical. A Weber el vicio etílico le resultaba caro al no beber otra marca que no fuera Justerini & Brooks. Buscó uno de esos vasos petisos y rústicos en los que se suelen servir aquella bebida y le colocó tres hielos, como habitualmente hacía.

Weber estaba recostado con sus pies estirados y cruzados uno por encima del otro. Con su mano izquierda sostenía la bebida y con la derecha un cigarrillo de etiqueta brasileña que solo él podía consumir y al cual solo había pitado dos veces. Reía solo, de hecho, no podía detenerse, reía a carcajadas, pero había algo en esa risa que no encajaba. Tal vez porque lentamente se fue transformando en un llanto cuando la primera lágrima se escurrió por sus ojos.

Había intentado olvidar, y lo había “logrado”, imponiéndose el deber de escribir para su editorial y tapando las penurias con analgésicos y drogas socialmente permitidas... Todo le había salido “bien” desde aquel entonces hasta ese momento en que el llanto parecía ser la muestra irrefutable de que la muralla que detenía lo emocional se había derrumbado.

En los primeros momentos en que Magdalena se retiró del departamento Weber se encontraba aparentemente bien, incluso mejor que antes... Tenía comida, el departamento ordenado y limpio y estaba sobrio (icon todo lo que eso significaba!). Todo parecía estar en orden para que pudiera continuar con su historia

y mantenerse estable. Sin embargo, hubo algo que, si bien pasó desapercibido en el momento, produjo un sismo en Max que fue capaz de remover toda su historia personal y tirar abajo esa defensa patológica sobre la que había estructurado su vida. Fue el rostro de Magdalena el causante de tal efecto.

Magda solo difería de la madre de Max en los rulos de la cabellera, por lo demás eran exactamente igual y verla nuevamente provocó en él un maremoto. Toda su cabeza era un revolucionado mar que advertía, con cada oleada, el peligroso que se avecinaba, tan espeso y peligroso como adentrarse en lo profundo de un volcán.

Max lloraba como un niño, desconsolado ante la repetición compulsiva de la imagen de su madre que de a poco lo iba llevando a uno de los recuerdos más dolorosos de su vida. Era imposible de evitar, por más alcohol que bebiera y lágrimas que derramara, a esas imágenes impiadosas que pasaban frente a él sin ningún tipo de resquemor, atormentándolo y sometiéndolo a caminar por la delgada línea entre la locura y la cordura. Tambaleándose en medio de una tormenta emocional e intentando contener lo incontenible, Max fue a servirse el tercer vaso completo de J&B...

||

Tanto Celia, como Verónica y Ariel observaban el cielo, antes celeste y apenas manchado que caía sobre el mar, oscurecerse hasta transformar el día en noche. El viento se alzaba a gran velocidad y formaba remolinos de arena sobre la playa mientras, todavía a lo lejos, se escuchaban estruendos que comenzaban a alterar el ambiente...

De manera majestuosa un rayo creció desde lo alto del cielo hasta revolucionar aún más las aguas saladas del mar produciendo un sonido ensordecedor que se expandió en casi todo Piedramar.

Ariel acababa de sobresaltarse con aquel atronador sonido y por un momento suspendió sus pensamientos sobre Celia para dejarse llevar por la terrorífica belleza que estaba azotando a Piedramar. No recordaba la última vez que habían sufrido tales inclemencias climáticas. Cuando volvió en sí llamó a la puerta con fuerza. Celia bajó las escaleras sabiendo quién era el autor de la llamada porque había podido escuchar el eco de la voz de Weber anunciarlo. Extrañamente, Ariel ya estaba allí según manifestaban las últimas líneas dictadas por Max, pero ella seguía libre y no se avistaban filamentos por ningún lado. En un primer momento pensó en no abrirle simulando su ausencia, sin embargo, el fenómeno climatológico que se avecinaba le permitió dudar bajo la

excusa de la piedad y decidió abrirle.

—Ariel, ¿qué hacés acá? —preguntó ella mientras abría la puerta y le hacía un ademán de manos para que él se hiciera paso hacia dentro.

—Quería verte Celi, no puedo alejar de mis pensamientos la manera en que te fuiste ayer. Me desconcertó completamente —respondió Ariel mirándola a los ojos e intentando buscar allí a la Celia que estuvo con él la otra noche, esa Celia que parecía corresponderle en los sentimientos.

Ella se debatía entre seguir esquivando la conversación o contarle realmente lo que estaba sucediendo.

«Ariel, somos personajes de una historia solo que vos no lo sabés y yo sí. Me amas porque así lo dice quien la escribe, pero yo me niego a que sea así.»

Cuando ensayó esa posible respuesta desde la sinceridad se dio cuenta que estaba más cerca del delirio que de ser aceptado como una respuesta, por lo que la descartó rápidamente. Incluso podría provocar el enojo de Ariel si pensaba que le estaba tomando el pelo.

Una pregunta llegó con gran fuerza a sus pensamientos.

«¿Ariel estará bajo los efectos de los hilos de Weber?, ¿si lo está, por qué yo no estoy atrapada por los filamentos en este momento?»

Mientras esas preguntas hacían estragos recorriendo cada rincón de la mente de Celia, Ariel hablaba al aire.

—...continúo sin entender cómo es que un día querés pasar tiempo conmigo y luego me abandonás como si fuera alguien descartable en tu vida.

—Ariel, ¿No te sucede que a veces te levantas con ideas completamente diferentes? ¿Acaso no te sucede de sentir que sos un extraño en tu propio cuerpo? —interrogó ella intentando tantear el territorio, dilucidar si Ariel tenía alguna mínima idea de su condición y de quién era Weber o si sus palabras ya habían sido guionadas.

—Mmm... No, definitivamente no me sucede eso, pero entiendo lo que querés decir, vos no sentís lo mismo que yo. Creo que debo

irme... —respondió ya sin mirarla a los ojos.

**—Está por comenzar la tormenta del siglo y vos ya te querés ir...
Quedate hasta que esto termine —ofreció ella no dando chances a
otras posibilidades.**

**—Te agradezco, pero hay muchas cosas que tengo que pensar
—respondió Ariel mientras se daba la vuelta alejándose de la
salida.**

**La tormenta estaba cada vez más cerca y el cielo ostentaba un
oscuro gris que lindaba con el negro; aun así, él se retiró de la
casa conteniendo las lágrimas que, caprichosas, pugnaban por
hacerse presente, mostrando fuera cómo su cuerpo se destrozaba
por dentro.**

**Celia no había podido decir nada, y aunque se sintiera mal por lo
que causó en los sentimientos de Ariel, estaba aliviada por
quitarse un peso de encima. De todos modos, ella intuía que no
sería nada permanente. En cuanto Weber comenzara a escribir la
historia de la prostituta y el hombre fiel, el romance seguiría su
curso. Era claro que Ariel no tenía la misma conciencia en cuanto a
este mundo, algo que sí poseían tanto Vero como ella.
Seguramente él nunca había visto los filamentos dorados como
tampoco había escuchado escribir a Weber, entonces, ¿cómo
podría enamorarse de alguien que es más títere que ella?**

||

**Verónica, por su parte, continuaba en el colegio. La llegada de la
extraña tormenta la había alejado de sus pensamientos durante
unos instantes, aunque luego retornaron con fuerza.**

**«Celia tenía razón, Weber busca matarnos a ambas... aun no
entiendo a donde va su historia, pero cada vez me convengo más
de que busca terminarla con nosotras dos en la tumba.» —pensaba
Vero mirando fijamente a la ventana luego de que la tormenta
dejara de ser una distracción para sus ideas. El miedo perduraba y
todavía las manos le temblaban impidiéndole tomar los objetos
con firmeza. Ella había vuelto al salón luego del episodio con el
director y el tercero extraño que había escrito Weber. Cuando
llegó les asignó a sus alumnos una tarea diferente a la que tenía
pensada, ya que no contaba con los materiales que había ido a
buscar y mucho menos con la claridad que requería. Supervisaba a
sus alumnos con muy poca concentración, al mismo tiempo que
reflexionaba con lo acontecido.**

«Hablaban de una mercancía, algo que no puede ser legal por el tono incógnito en el que se desarrolló la conversación. Weber está armando una trama jodida...»

Una vez concluida la clase se dirigió a la sala de profesores observando frenéticamente en todas direcciones corroborando que nadie la estuviera siguiendo, en especial, el director del colegio. Una vez que su fundamentada paranoia encontró la calma momentánea su mirada se clavó perdida en el cielo mientras se preguntaba por la causa de tan extraña tormenta que, en cuestión de segundos, dejó el cielo color azabache y todavía amagaba en consumarse. Una preparación lenta y en intensidad creciente como las que anteceden a las técnicas de tortura.

Vero oyó pasos que provenían del pasillo. El taqueo del caminar iba en aumento y parecía acercarse a la sala de profesores. Su respiración se entrecortó y el corazón latía más rápido y fuerte que lo habitual. El cuerpo le temblaba y aunque quería darse vuelta y salir corriendo el exceso de noradrenalina le impedía moverse y la estaqueaba al piso. Tan solo unos pocos metros la separaban de aquel visitante. Transpiraba y temía por su vida a la vez que observaba atenta la entrada.

—Te ves preocupada, cariño —dijo Mía acercándose a Vero y tocándole el hombro derecho. Vero se sobresaltó de tal manera que sintió a su corazón salirse por la boca. Cuando su cerebro reconoció la voz supo que no tenía nada de qué preocuparse, aun así, su cuerpo tardó en volver a un estado de tranquilidad.

Mía se había consagró amiga de Verónica desde el primer día del colegio primario, y a partir de allí, una amistad inquebrantable se forjó entre ellas, como si el mejor acero las hubiera unido luego de un buen fundido.

Verónica observó los ojos color miel de Mía, luego recorrió los gruesos labios que hacían juego con el pelo dorado, luego volvió a fijarse en los ojos de su amiga y por fin habló.

—¡Ay, maldita! —insultó ella solo a modo de descarga.

—Tranquila que todavía no mato a nadie... ¿Qué te pasa que estás tan alterada? —preguntó Mía sorprendida por el semblante de Verónica.

—No pasa nada Mía, estaba concentrada mirando a la nada y me sacaste de golpe, por eso me asusté.

—¿Estás segura? —interrogó ella frunciendo el ceño y dando a entender que no le creía en absoluto.

—Por supuesto... —mintió Vero.

Nunca dudó de la amistad de Mía, pero el hecho de que no tuviera conciencia de la existencia de Weber ni de lo que ello implicaba, la llevó a tomar recaudos respecto de lo que podía o no decirle. Nunca supo bien porqué, pero estaba segura que no era algo que podrían comentar abiertamente.

**—¿Estás viendo la tormenta que se abalanza sobre nosotros?
—preguntó Verónica intentando cambiar de tema rápidamente.**

—¿Por qué pensás que venía a buscarte? Sos tan loca que me imaginé que te ibas a ir caminando, así que me anticipé.

—Es extraño... —insistió ella con un dejo de preocupación.

—¿Por qué es extraño? —respondió Mía con muy poco interés mientras buscaba la cartera que había dejado sobre la mesa y se la ponía encima indicando que quería irse.

—La rapidez con que la tormenta cubrió el cielo, y... ¿acaso no ves que parece de noche?! —inquirió Verónica sin comprender la tan poca atención que ponía su amiga en ese detalle.

—Es una tormenta, Vero... —respondió Mía logrando enfurecer a su compañera.

—¡Vamos! —contestó secante e irrumpió a caminar rumbo a la puerta de salida con paso presuroso. Mía la seguía de atrás consternada y sin saber qué es lo que transcurría por la cabeza de su amiga que la tenía tan perturbada. Respiró hondo y exhaló con fuerza para evitar contestarle a Vero; sería como una gran chispa sobre un tanque de nafta.

Ambas subieron al auto y la puerta del lado derecho chilló como lata cuando Verónica la cerró. Prendió la radio, cruzó los brazos y cerró los ojos con la intención de no volver a abrirlos en todo el viaje, al igual que su boca, para evitar discutir.

Apenas recorridas unas cuadras, una fuerte ráfaga de viento desestabilizó el auto llevándolo hacia la izquierda. Ambas se miraron por un segundo mostrando que el susto las había atravesado. Una densa polvareda se levantó y dificultando la vista al tiempo que se filtraba al interior del auto haciéndolas toser y respirar con dificultad. Mía bajó la velocidad a una que fuera más

controlable y le dirigió una mirada a Vero dándole a entender que comprendió sus preocupaciones para con el clima.

||

Weber había terminado su tercer vaso de Whisky importado cuando su conciencia dejó de acompañarlo y produjo que su cuerpo se aflojara completamente dejándolo caer y golpeando contra el suelo su cabeza y el vaso ya vacío. La boca semiabierta de Máximo dejaba escapar fluidos graficando una situación más que decadente para un escritor renombrado como Max Weber. Si sus fans pudieran ver el estado en el que se encontraba en ese momento su ídolo literario hubieran salido corriendo a esconder los libros de la biblioteca, y tal vez, comprar algunas copias de otro autor para sumergirse en nuevas lecturas con tal de borrar una tan desastrosa imagen de la mente. Otro hilo de baba caía de la comisura izquierda del veterano escritor evidenciando que estaba inmerso en una profunda inconsciencia. Y vaya uno a saber los pensamientos y recuerdos que comenzaban a desencadenarse en ese momento. En realidad, yo sí los sé, pero todavía no tengo intensiones ni ganas de contárselos. Deberán seguir leyendo. Y sí, esas son las ventajas del narrador omnisciente, señoras y señores lectores.

Capítulo 11

11

—¡Cuidado! —advirtió Verónica.

Mía dio un volantazo y por unos pocos centímetros logró evitar la colisión con un perro que vagaba confundido por la avenida principal de Piedramar.

Observando al pueblo desde lo alto podía verse una gran locura colectiva: personas corriendo desesperadas a sus casas tapándose los ojos con los brazos intentando evitar que la arremolinada tierra se les metiera en los ojos. Cada remolino volaba como si estuviera sufriendo un exorcismo; en igual situación se encontraban los conductores, que por la crisis general en Piedramar conducían alborotados y veloces, todo lo contrario, a lo que se indica en casos de tormentas. El silbido del viento colándose por las hendiduras del auto las mantenía en constante alerta, no obstante, un estruendo de gran volumen las hizo saltar del asiento. Un cartel de gran porte de uno de los hoteles más importantes del poblado se vino abajo arrastrando consigo árboles, cables y destruyendo algunos autos que, por mala fortuna, se encontraban estacionados al frente del Jaguar Hotel.

¿Qué estaba sucediendo en Piedramar? Ningún habitante del pueblo mantiene en sus memorias el registro de un fenómeno climatológico de semejante envergadura, incluso jamás habían visto que una tormenta se preparara con tanta anticipación y potencia. Nada parecía quedar exento del suceso, ni las aves mantenían vuelo organizado y parecían ir y venir frenéticamente como las olas del mar. Los árboles se sacudían y cantaban con el movimiento de sus ramas que, las más de las veces, volaban provocando daños varios.

Mía detuvo el auto frente a la casa Vero.

—¿Qué haces? —preguntó Verónica con el rostro preocupado.

—¿Te dejo en tu casa y me voy a la mía? —respondió ella a modo de pregunta por la confusión que le había provocado la querrela de su amiga.

—Estás loca... ¿acaso no ves la maldita tormenta? Hubo accidentes de tránsito, carteles caídos, parece que el mundo está sometido a un apocalipsis anticipado y... ¿aun así vos querés seguir camino a tu casa que queda en la otra punta del pueblo? Haceme el favor de entrar al garaje y quedarte en casa.

Ante tan buenos argumentos planteados por Vero, Mía no tenía otra alternativa que hacer caso a su amiga y conducir los pocos metros que la

separaban del garaje.

—Cómo usted diga mi capitana... —respondió ella haciendo un ademán militar e irrumpiendo a reír. Un fuerte estruendo, llegado luego de un relámpago que iluminó la oscura ciudad, le cortó la risa.

—Mejor entro lo más rápido posible antes que nos parta un rayo... —dijo entonando el cliché.

Verónica ya había levantado el portón y Mía dirigió el auto hasta la cochera. Apenas entraron el portón volvió a descender y sintieron como de a poco recuperaban el sentido de la audición. Ya no tenían obturado sus oídos con el fuerte rugir del viento o los truenos de lo que parecía ser la tormenta del siglo. Se sintieron aliviadas de poder escucharse nuevamente con claridad, aunque fuera de esas cuatro paredes las cosas parecían ponerse cada vez peores con algunas grandes arremolinadas que tumbaban árboles y con el mar embravecido de tal manera que se observaban olas hasta de casi quince metros golpearse entre ellas y también agredir a la orilla. La distancia del mar con la casa de Verónica había disminuido a tal punto que solo unos quince metros separaban las escaleras del agua.

Celia se había quedado en su casa y había hecho caso omiso a la cantidad de mensajes y llamadas que recibía a su celular de sus recurrentes clientes V.I.P., los cuales desembolsaban grandes cantidades de dinero por unos cuantos minutos de gozo con su cuerpo. Por suerte, la captura con los dorados hilos de la que usualmente era víctima se había espaciado, y las veces en que se vio envuelta en aquellas lianas teniendo que someter su cuerpo al arbitrio de algún hombre fueron escasos.

Como si el cielo se hubiera disfrazado de Weber, Celia quedó atrapada por la aterradora belleza de las imágenes tormentosas sobre el firmamento. Estuvo sentada y observando hipnotizada por la ventana de la planta baja hasta que escuchó el ruido del portón que le sugería la presencia de su amiga en la casa. En ese mismo momento cayó en la cuenta de lo peligroso que debió haber sido estar fuera con una tormenta de ese talante surcando el cielo de Piedramar. Ni bien pensó eso, corrió los pocos metros que la separaban de la cochera para asegurarse que su amiga estuviera bien; y así lo fue, Vero estaba intacta por lo que su corazón volvió a los latidos normales.

—¡Hola Vero! Suerte que Mía te trajo hasta acá, me había preocupado —dijo Celia entre mentiras y verdad.

—Hola reina... —saludó Vero dándole un abrazo. Mía observaba atenta.

—¿No hay un abrazo para mí? —protestó entre juegos y reproches la tercera. Celia sonrió y se acercó a saludarla con un beso no tan afectuoso.

—No pidas tanto, Mía. Vero, necesito hablar con vos un segundo, ¿puede ser? —preguntó retóricamente Celia, que, sin esperar respuesta de su amiga, le indicó señalando con la mano la dirección de la habitación con la clara intención de conversar a solas.

Ambas caminaron en silencio hasta llegar a la puerta ante la atenta mirada de Mía que entendía poco y nada de lo que estaba ocurriendo.

—Tenías razón, Celi... —comenzó el diálogo Verónica creyendo saber cuál era el motivo por el que su amiga le pidió hablar en privado.

—¿Sobre qué tengo razón?

—Weber quiere matarnos en su historia, no sé cómo pretende matarte a vos, pero sí sé cómo me quiere matar a mí.

—¿Qué te pasó?! —interrogó Celia imaginándose infinidad de situaciones que iban desde un accidente doméstico -o en el colegio- hasta circunstancias que implicaban armas de fuego. No estuvo tan lejos con estas últimas.

—Esta mañana él comenzó a relatar cuando apenas me había levantado, incluso creo que me desperté ya atada a los hilos. Me llevó a trabajar como todos los días, rutina aburrida... bla bla bla. La cuestión que en un momento de la mañana me hizo pedirle a Mía unos materiales para trabajar con mis alumnos, ella me dio las llaves y fui caminando hacia el estacionamiento, hasta el ala trasera del colegio. Cuando estaba por dar la vuelta escucho que un hombre le grita a otro recriminándole por la cantidad de "bochas" ... asumí, por toda la conversación, que se refería a drogas. Por lo tanto, en el colegio, casi seguramente, están comercializando drogas.

—¿Podés apurar un poco que me estás asustando? —pidió, no muy amablemente, Celia.

—...Cómo te decía... están traficando drogas. Cuando escuché a uno de los tipos recriminarle al otro me paré en seco. Se trataba del director del colegio, y al escucharlo quedé perpleja, asustada y luego indignada. Mientras estaba oculta escuché decir al muy hijo de puta de Weber que se me aflojaban las manos y se me caían las llaves. Por supuesto que así pasó, el director se alertó y le ordenó al segundo hombre que fuera a averiguar de quién se trataba. Salí corriendo de la zona de estacionamientos, pero la trama me tenía preparada otra situación: Don Weber escribe que el segundo tipo llega a ver mi pollera roja cuando estaba entrando por la puerta. Imagino que le debe haber pasado la

información al director.

—¿Y el director te vio después? —preguntó nerviosamente Celia.

—Después de mi escapada no, al menos no se me acercó en ningún momento y no tuve la sensación de estar siendo vista. Weber dejó de relatar y todo lo que sucedió después fue en libertad de los hilos. La trama se va complejizando, y pensando en perspectiva me veo flotando en el mar por ser el clavito suelto que puede joderles la vida.

—¿Te das cuenta de la conexión? —indicó Celia.

—¿Cuál? —interrogó Vero sin poder ver hacia donde iban los pensamientos de su amiga.

—Drogas y prostitución... No sabemos si están conectados o no (aunque lo más probable es que sí...). Yo no trabajo sola Vero, hay muchas chicas que hacen el mismo [1]laburo y para la misma gente. A mí me hace trabajar con clientes de mucha guita, salvo raras excepciones que me toca algún que otro camionero que cobró algún plus en el trabajo, y eso es significativo... —pensó Celia en voz alta. —¡Qué asco me da tan solo acordarme!...

Verónica observaba atónita a su amiga. Weber quería acabar con las dos, de eso no había dudas.

||

—Estemos atentas e intentemos saber hacia dónde se dirige la historia de Weber, supongo que algo de tiempo nos queda —Vero suspiró con un dejo de impotencia ante el aparente e inalterable destino.

—Eso no nos va a dar nada, necesitamos algo más que develar la trama de Weber... —espetó Celia.

—Celi, ¿alguna vez te preguntaste cómo es que sabemos su nombre, lo escuchamos hablar y somos las únicas que aparentemente tienen conciencia propia en este lugar y de lo que somos...?

Los ojos se le abrieron por completo ante la pregunta de Vero, es precisamente lo que había imaginado a partir de la conversación con Ariel.

—Hoy vino Ariel a casa, a la mañana, cuando vos ya habías salido para el trabajo. Weber evidentemente te estaba relatando a vos porque yo no lo escuchaba ni habían aparecido los hilos, así y todo, el pendejo se vino hasta acá para conversar y saber que me pasaba... es como si continuara respetando las ideas de la trama a pesar de que no estén los hilos, algo

que evidentemente no nos sucede a nosotras. Me pregunto si seremos verdaderamente las únicas.

—Celi, sabemos su nombre, lo escuchamos y hasta hemos sentido lo mismo que él, además tenemos conciencia de lo que somos. No sé qué es lo que podrá significar, pero definitivamente no es un dato más.

—No lo sé, tendremos que averiguarlo. ¡Ah! Y esta tormenta no me gusta nada. Andá con tu amiga que en cualquier momento se duerme —bromeó Celia cortando el agua de angustia e incertidumbre.

[1]. Del lunfardo argentino. Sinónimo de trabajo.

Capítulo 12

12

A medida que Weber se sumergía en el profundo mundo de los sueños y se alejaba de la realidad, los recuerdos de su niñez, rodeados de energía por los acontecimientos recientes, se acercaban a su conciencia. A una distancia lo suficientemente lejana para no despertarlo y lo suficientemente cercana para que los alucinara. Toda una dimensión de sufrimiento ligada a esas escenas comenzaba a desplegarse repitiendo toda la gama de recuerdos penosos, que reaparecen con insistencia una y otra vez. Porque al enterrarlos, siguen vivos y Poe nos contó que [1]“Entretanto, el infernal latir del corazón iba en aumento. Se hacía cada vez más rápido, cada vez más fuerte, momento a momento.” Así, toda experiencia dolorosa de la vida se hace presente y late cada vez más fuerte, tanto que nos puede llevar hasta el borde mismo de la locura a menos que los enfrentemos y los transformemos... me corrijo, que nos transformemos a costa de ellos.

Los recuerdos comenzaban a hilarse entre sí formando grandes cadenas construyendo así la escena onírica: una casa, una mujer, un niño, y una mirada.

Aquella última mirada...

Max levantaba los párpados muy tímidamente, no estaba convencido de querer abandonar la comodidad de su cama y la calidez de las frazadas. El clima se percibía bastante frío, algo que confirmaba sin lugar a dudas el frío de sus pies destapados. Un pequeño temblor lo hizo sumergirse nuevamente en las profundidades de su cama llevándose la frazada por encima de la cabeza.

—¡Maax! —llamaba Morgan desde la planta baja mientras le preparaba el desayuno.

El pequeño no contestaba porque no quería dejar la calidez de la cama por el frío de la mañana bajo ninguna condición.

—¡Máximo! La última vez que te llamo —lo reprendía su madre sin ser demasiado creíble.

Ya habiendo perdido la paciencia, Morgan subió las escaleras hacia la habitación de su hijo, se paró frente a la cama ante la atenta mirada de Max y, con un movimiento feroz y hábil de su brazo derecho lo dejó descubierto mientras él se acurrucaba en posición fetal buscando cubrirse

del frescor que recorría toda la casa.

—Vamos, tenés que ir al colegio, Maxi.

—Mami, ¿puedo quedarme hoy en casa? —preguntó Max mirando a su madre con unos ojos de liebre a punto de ser cazada.

—No, sabés que solo tenés permitido ausentarte cuando estés enfermo —respondió ella, ahora sí con dureza.

El pequeño intentó ensayar algún tipo de tos para fingir enfermedad, pero con tan solo una mirada de su madre, guardó todos los artilugios.

El silencio del desayuno fue interrumpido por Max con una querrela hacia su madre.

—¿Por qué no puedo quedarme en casa?

—Porque yo tengo que trabajar y no podés quedarte solo, ya lo sabés, Máximo.

—¿Y no podés quedarte por hoy?

—No puedo hijo, vos tenés que ir a estudiar y yo a trabajar, así funcionan las cosas. Vos estudias para tu futuro y yo trabajo para que vos puedas tener uno. Lo único que puedo dejarte es una buena educación.

El pequeño Max nuevamente agachó la cabeza, terminó su infusión con un largo sorbo y, más por vergüenza que por enojo, no habló ni volvió a levantar la mirada hasta que hubo de despedirse de su madre.

Por la mirada se escurren mensajes que carecen de palabras, prestos a una ambigüedad e incertidumbre difícil de sortear, incluso por el mensajero mismo. Máximo había leído en los ojos de su madre que algo no estaba bien, pero sus entendederas de la vida le impedían poner a palabras a lo percibido.

Habían transcurrido tan solo unos minutos desde que Max se encaminó, o eso creía su madre, hasta el colegio. El frío era tal que el viento lograba lastimar su rostro con cada embestida, y el paisaje, si no fuera por las dolorosas y bajas temperaturas, resultaba extraordinario con los árboles que habían dado paso a la caída de sus hojas, quedando al desnudo frente a la vista de todos. Cada hoja caída era una nueva puntada en el tejido que alfombraba el suelo, y las nubes, para no contrastar con un pictórico día de invierno, cubría de a partes el celeste cielo.

A la hora acordada previamente, ni un minuto más y ni un minuto menos, Morgan recibió en su casa, por la insistencia y el dinero extra, a un cliente

que se había hecho habitual. Si bien nunca se había permitido traer a esos hombres a su hogar, aquel persistente y persuasivo caballero de la alta sociedad había ofrecido más del doble del dinero que acostumbraba a pagar si ella accedía a utilizar su cama como lugar de encuentro, algo a lo que Morgan accedió atendiendo a las necesidades de su hijo. Lo que ella nunca podía saber era que su recurrente cliente se había obsesionado con su cuerpo y pasaba noches enteras imaginándolo, alucinando con su voz y recreando las escenas que instantes atrás los había tenido como protagonistas de un enredo entre sabanas.

Detrás de los párpados de Weber sus ojos se movían con frenesí a medida que los recuerdos se iban acercando al momento más sufrido de su vida. Las manos se cerraron, su frente transpiraba y su corazón latía al punto del estallido. Un sacudón recorrió todo el cuerpo de Max, pero no logró despertarlo. Las imágenes continuaron desde el momento en que volvía con su madre.

Max había caminado hasta la esquina, dado la vuelta y sentado en el suelo esperando la hora para volver a su casa. Transcurrieron unos cuantos minutos hasta que una serie de acontecimientos llamaron la atención del pequeño. Un auto había huido a alta velocidad, y, al tiempo, un fuerte sonido de sirenas se había detenido en la misma calle de su casa. Max se levantó y comenzó a caminar los metros que lo separaban de su hogar. Pudo percatarse que, extrañamente, sus vecinos observaban curiosos, algunos desde sus ventanas y otros desde la entrada misma de sus casas.

El miedo se había sumado a la extraña angustia de la mañana y Max corría hacia su casa con los ojos desorbitados. A metros de su hogar, Max fue recibido por la señora Humpfrey, quién lo miraba condescendentemente y con lágrimas en los ojos.

Mientras la señora Humpfrey intentaba contenerlo, Max vio la puerta de su casa abierta y a la policía dentro. Cuando logró soltarse de los ancianos brazos de su vecina, se metió corriendo eludiendo toda voz de alto. Se detuvo en seco. Allí estaban los ojos de su madre observándolo entrar. Un cuadro aterrador se presentaba ante el pequeño, quien, sin poder gritar, llorar ni moverse contempló impotente cómo su cuerpo era atravesado por un río de dolor y lágrimas. Sus ojos no podían despegarse de semejante escena.

El cuerpo de Morgan yacía completamente desnudo, y con moretones en brazos y piernas, reposaba inerte sobre la escalera evidenciando una mirada carente de elixir vital. El cuadro familiar, otrora en las alturas, se encontraba destrozado al costado del cadáver femenino con los rostros de Morgan de su esposo atravesados con un cuchillo.

Con una sola puñalada se destrozaron dos corazones, el de Max y el de su madre. Uno muerto y el otro herido para siempre.

Max, clavado como estaca al suelo, grababa involuntariamente la desnudez de su madre en un montaje humillante y doloso.

En cuestión de unos segundos había llegado la policía local, alertada por la señora Humpfrey que se había alarmado por los gritos desesperados de Morgan. El oficial entró corriendo al ver al pequeño en la puerta y lo alzó con fuerza para extraerlo del momento más traumático de su vida. La realidad volvía a aparecer con toda la fuerza desestimando todo deseo de estar viviendo una pesadilla. Los alaridos atormentados y encolerizados de una vida joven y desgarrada se escuchaban en toda la manzana mientras Max buscaba zafarse de los brazos del policía e ir corriendo donde su madre había dado el último aliento.

Max permanecía sentado en el cordón de la vereda sin emitir ningún tipo de sonido, mantenía los ojos cerrados abriéndolos de vez en cuando esperando que todo hubiera sido una maldita pesadilla. Por cada abrir de ojos esperaba despertar frente a la mirada de su madre. Por supuesto que nada de eso sucedía. El policía que lo había retenido estaba junto a él e intentaba sacarle algunas palabras sin ningún tipo de éxito. Mientras tanto esperaba que llegaran los agentes de servicios sociales para que tomaran partido por el futuro del niño y su tutela.

El joven Max arrojaba piedras con toda su furia hasta que sus ojos se encontraron con algo familiar. Magdalena bajaba de un auto junto a otras dos personas que deberían haber sido los agentes sociales. El actuar de la institución se había realizado con rapidez y diligencia. A decir verdad, fue la señora Humpfrey, quien no solo alertó a la policía cuando había escuchado los gritos de Morgan, sino que en el mismo momento en que los alaridos de dolor enmudecieron se acercó hacia la ventana del frente y fue ahí cuando vio a un hombre huir de la casa con la ropa ensangrentada. En ese instante llamó a los servicios sociales temiendo lo peor. Alertó de la situación e informó que el niño contaba con una tía por parte de la madre.

Magda todavía sentía el mal trago y la punzaba en el pecho que le gritaba ruegos para que dejara salir el llanto. Aun así, lo prioritario era actuar sobre el pequeño Max y asegurar sus posibilidades de tramitar aquello de lo que fue testigo y víctima al presenciar la humillante escena de su madre asesinada.

Weber se movía desesperadamente en el sillón hasta que no se sostuvo más y se fue al diablo. Lo primero que vieron sus ojos luego de la caída fue el vaso de whisky sobre el suelo y una parte del parquet húmedo. No

sabía si se trataba de lágrimas secas o de saliva derramada, y aunque pensó en el whisky, no olía como tal. El sueño se esfumó devolviéndolo al mundo del que se había ido en el momento de mayor desazón: el encuentro con su tía por la muerte de su madre. Todavía no decidía en dónde se encontraba mejor, si en sus sueños, en los que se liberaban grandes fantasmas que prefería no recordar, o en este mundo (su mundo), en el que parecía que ni siquiera podía hacer lo que siempre había hecho. Escribir se había tornado extraño y dificultoso porque al parecer Celia y Verónica hacían todo lo que se les placía. No descartó la posibilidad de que su inconsciente encontrara vía de expresión por medio de la escritura y que de tanta intoxicación la conciencia quedara completamente opacada. Se preguntó si deseaba o no que Celia, la prostituta, pudiera amar en pareja, pero todavía no encontraba respuesta.

Como si la medicación no contara como intoxicación, Weber decidió llevarse al estómago un relajante muscular y un analgésico para mitigar los dolores varios que parecían no pretender abandonar su cuerpo.

Máximo se paró intentando mantener el equilibrio luego de unos cuantos tambaleos y caminó hasta su habitación a cambiarse de ropa, previa ducha obligada.

—Estoy totalmente arruinado —dijo con voz ronca mirando el rostro que le devolvía el espejo, un rostro que alardeaba una barba con suciedad acumulada de unos cuantos días, unas prominentes ojeras que acompañaban a unos enrojecidos ojos, y el pelo... ni hablemos del cabello de Weber, que pese a la poca cantidad y la dificultad para que se vea desastroso había hecho un excelente trabajo.

Decidió dejar de torturarse con su aspecto y puso su cuerpo debajo del agua caliente que lentamente comenzó a relajar su cuerpo permitiéndole distanciarse de algunos de los pensamientos recientes. Tal vez le permitiera emprender nuevamente su historia.

Una ducha, champú, jabón, afeitadora, y un buen café hicieron del cadavérico Weber, una persona de nuevo.

El escritor se sentó frente a la pantalla en negro de su computadora, suspiró dos veces antes de presionar el botón de encendido, y una vez que todo estaba listo observó nervioso el último párrafo que había escrito.

“El desorden y la mugre, tanto del espacio físico como la de su propio cuerpo habían tomado ritmos de crecimiento realmente preocupantes. Y fue ese el punto de basta en el que sus amistades tomaron la iniciativa de devolverle su condición de humano y desterrar esa animosidad de rata de alcantarilla, y sin perspectivas de vida, en la que Ariel se había estado cultivando. Con la insistencia de sus amigos comenzó a retomar

paulatinamente sus actividades y a frecuentar nuevamente los espacios del mundo exterior.

Cuando su vida comenzó a entrar en un cauce de normalidad social, en una noche de hombres con un clima lloviznoso y en uno de los tantos bares nocturnos del pueblo, Ariel conoció a Celia.”

Recordó a Ariel motivado para ir en busca de Celia.

[1]. Extracto del cuento “El Corazón Delator”, de Edgar Alan Poe

Capítulo 13

14

Piedramar estaba siendo avasallado por una tormenta sin precedentes. Los árboles caídos vestían con astillas el asfalto de las calles y algunos permanecían en pie a punto de quebrarse a causa de los vientos huracanados que azotaban el poblado. Por otro lado, el mar se debatía internamente entre corrientes opuestas que colisionaban alterando las aguas y provocando olas de gran altura. Para ese momento la playa tenía tan solo algunos metros, amenazada incluso por desaparecer. La casa de Celia y Verónica estaba siendo amenazada por las aguas que, de continuar creciendo, superarían el metro de altura de los pilotes. La sensación ominosa de la tormenta no terminaba allí porque el cordón de sierras que rodeaba a Piedramar estaba prácticamente oculto a la vista por la cortina de tierra y arena que surcaban los aires del pueblo. Apenas llegaban a distinguirse los árboles más grandes que se sacudían desesperada e involuntariamente.

Entre tanto, las tres mujeres ya estaban refugiadas y observaban por la ventana el comienzo de la caída de las primeras gotas de agua, que luego de tanto anticipo y preparación, golpeaban con fuerza el ventanal del contrafrente.

El tiempo social rondaba por las diecinueve horas pasado el meridiano y la tormenta parecía cesar su intensidad. Las ventadas del inicio habían cesado, el agua apenas si caía, pero continuaba constante la danza de rayos y la orquesta de relámpagos.

—Tengo un Jenga en algún lugar del ropero, ¿quieren jugar...? digo, para pasar el rato —preguntó Vero rompiendo el silencio en el que las tres estaban absortas ante el show de luces.

—Yo me voy a descansar, gracias Vero. Jueguen ustedes —respondió Celia saliendo de su ensimismamiento mientras se ponía de pie y saludaba a Mía con un beso en la mejilla. —Hasta mañana.

Celia tenía muchas cosas en que pensar y las iba listando en su anotador mental mientras subía las escaleras camino a su habitación. Había algo en particular que no paraba de resonar en su cabeza: esas palabras que escuchó gritar a Weber hace ya unos días y que la dejaron verdaderamente inquieta. Todavía no había podido dilucidar de qué se trataba o cómo es que pudo suceder. Es por eso que determinó darles rienda suelta a las ilaciones de sus pensamientos acompañada de su amiga la almohada, y aunque aún era temprano, su cansancio, más mental que físico, pedía a gritos ese encuentro en la cama.

—¿Traigo el Jenga o no? —volvió a preguntar Vero, algo molesta, mirando directamente a los ojos de su amiga.

—No tenemos once años, mi amor. Traigo unas cervezas de la heladera, ¡decime que tenés al menos una por favor! —respondió Mía ante la inquietud de Vero.

—Okay... mirá bien en el fondo de la heladera, hay dos cervezas —respondió Verónica un poco frustrada por la poca aceptación de su propuesta.

—Unas cervezas, papas fritas y una buena charla con la lluvia -o lo que queda- de fondo, ¿qué más podemos pedir, reina? No quieras hacerme aburrida a mí también, ¿sí?

—No tengo papas fritas... —respondió ella entre enojo y un atisbo de vergüenza.

—¿¡Cómo que no!? ¿Y esto que estoy viendo en la cesta qué es? —respondió Mía levantando un paquete de frituras de una cesta ubicada en la esquina de la mesada de la cocina.

Ya sin ningún tipo de excusa, Vero comenzó a ver con mejores ojos la propuesta de su amiga... pensó que tal vez una distracción que no le exigiera usar la cabeza sería más adecuado teniendo en consideración los hechos recientes.

El hombre es el único ser vivo que tiene conciencia y certeza de que va a morir, no sabe cuándo, por supuesto, pero conoce fehacientemente que su vida es finita. Y estas observaciones contaban también para Celia y Verónica, que, a pesar de ser personajes de una novela, ambas tenían la seguridad de que Weber iba a matarlas -aunque también pensaba que se trataba de un deseo-, por lo tanto, el final de sus vidas estaba marcado no solo por la certeza de una muerte temprana, sino que todo ello adquiriría una dimensión trágica en donde sus decisiones ya habían sido tomadas.

Mía revolvió en la heladera, retiró los dos envases, tomó el snack y se acercó a los sillones que estaban junto a la ventana.

—El servicio a la habitación ha llegado madame —dijo Mía sentándose frente a su amiga.

—Gracias... —respondió Vero devolviendo una sonrisa y demostrando preocupación.

—Seguís demasiado pensativa como en el colegio ¿Segura que estás bien?

—No, no estoy bien pero tampoco estoy preparada para contarte.
Perdón... —le contestó Vero mirándola con cara dulce sabiendo que de esa manera su amiga no iba a poder molestarse.

—Soy tu amiga, no un cura perverso buscando a diestra y siniestra una confesión. Vos contame cuando quieras hacerlo.
Verónica sonrió indicando que estaba de acuerdo con la respuesta de su amiga y fue la primera en darle un sorbo a la cerveza.

—Generalmente amo las tormentas, pero ésta particularmente me da un poco de miedo —comentó Vero observando a Mía luego de retirar su mirada de la ventana.

—Nunca había visto algo así, salvo en las películas —respondió Mía segundos antes de que ambas se sobresaltaran al escuchar el estruendo y varios ruidos que le siguieron. Se trataba de la caída de un árbol que no solo había destrozado el techo de un auto aparcado en la vereda, sino que también arrastró con sigilo gran parte del tendido eléctrico de la cuadra produciendo una bella pero temida lluvia de chispas y pequeñas explosiones. Ambas fueron hasta la ventana del frente para saber sobre lo que había sucedido. Por fortuna, ninguno de los pequeños estallidos había devenido en incendio por lo que volvieron a sus asientos e intentaron llevar sus corazones nuevamente a un ritmo normal con un trago largo de cerveza.

El encuentro se extendió y las botellas vacías se iban acumulando en el piso a medida que la charla avanzaba. La ecuación de bebidas, tormenta y la falta de luz eléctrica posibilitaron que rieran de cuanto tema trivial se les cruzara por la cabeza. Pero como toda charla donde interviene el alcohol tiene una curva descendente, no tardaron en llegar los temas filosóficos y con ellos los problemas existencialistas.

—Decime... ¿Alguna vez sentiste, aunque sea en un momento fugaz, que no hubieras sido vos misma? como si alguien más manipulara tu cuerpo y te dejara sin voluntad... —preguntó Vero instalando un ambiente de seriedad.

El rostro estupefacto de Mía anticipaba cualquier tipo de respuesta.

—Unas cuantas veces sentí que a veces no puedo lograr lo que quiero
—comenzó a hilar Mía acomodándose en el sillón cual pensador en acto.
—Sin embargo, hay que pensar que nuestra voluntad no es la única en este mundo y que hay tantas cruzándose que es imposible manejarlo

todo...

—Señorita Sócrates, la comprendo, pero no pensaba exactamente en eso. Más bien me imaginaba ese sentimiento de ser el títere de alguien y que ese alguien te domine hasta en las palabras que decís.

—Si tu pregunta se refiere a si estoy siendo poseída por un demonio la respuesta es: ¡No! ¡jajajaja! —respondió Mía y ambas irrumpieron a reír descomprimiendo la tensión iniciada Verónica y su pasaje por el alcohol. El momento serio había acabado y Vero, a pesar de su pequeño estado de ebriedad, había llegado a la conclusión de que Mía no tenía idea de quien era Weber y que tampoco sabía que todo este mundo pertenecía a una novela. Un sentimiento de pequeñez la envolvió.

«¿Tan solo eso, una simple idea engendrada a partir de la imaginación y las palabras de un novelista? ¿Tan solo eso seré? En realidad, no puedo estar segura siquiera de la existencia del mismo Weber.»

A Vero solo le quedaba el recurso de la máxima cartesiana, en donde el acto de pensamiento daba sustento a su existencia: "Tan solo soy una cosa que piensa". Aunque también haya pasado por su mente la idea freudiana y se dijera a sí misma: "Estoy hecha de deseos", a pesar de que la mayoría de las veces el que deseara fuera Weber.

Vero había llegado a la conclusión de que Mía no tenía ni idea de todo lo que ocurría en Piedramar y que sería inútil incluirla diciéndole lo que sabía. Además, estaba la posibilidad latente de que la pensara una delirante.

—¡Sos una tarada! Es imposible hablar seriamente con vos, ¿no?
—replicaba Vero mientras le sonreía y le propinaba una cachetada juguetona en la mejilla.

—Una tarada que te hace divertir demasiado ¿No te parece? —respondió Mía utilizando un tono de reproche y acercándose a su amiga.

—Mucho. Si no fuera por vos, mi vida sería un cuadro sin color... —le respondió Vero simulando seducción.

Un poco por los efectos del alcohol y otro poco por la cercanía de los labios de su amiga, Mía sintió que fue la última gota de un juego a esas alturas insoportable, la frutilla del postre, la puerta abierta para que se adentrara en las profundas y oscuras aguas del amor. La miró a los ojos y recorriendo el labio de su amiga con el dorso de su dedo preparó el terreno para lo que estaba esperando durante muchísimo tiempo.

Ella acercó aún más su boca y besó con una pasión devoradora los labios de Vero. Su corazón se aceleró a un ritmo cercano al infarto mientras

acariciaba el torso de su... ¿amiga?

La confusión reinaba en la mente tamborileada de Verónica que tardó unos cuantos segundos en reaccionar para poner fin a una situación completamente inesperada e impensada. Tal vez por su estado, o quizás por lo intempestivo de un momento sumamente erótico, pero se dejó llevar unos instantes antes de separar su boca de la de Mía. Tras el corte de ese momento no hubo palabra que saliera de su boca, solo la miraba estupefacta como preguntándole qué era lo que había sucedido. Ninguna pudo responder por su deseo ni asumir lo irruptivo del acto.

Mía no emitía palabra temiendo empeorar las cosas siendo Vero la primera en cortar con un silencio terrible.

—Yo duermo en el sillón, vos podés dormir en mi pieza. Ya sabés donde está —dijo ella sin siquiera mirar a los ojos a Mía. Levantó las botellas y el paquete vacío de frituras con un semblante ido, luego tomó una sábana de su habitación y le indicó a Mía que ya podían cada una ir a su espacio. Le pareció una actitud de lo más cortante, y no era el efecto de un rechazo total a lo acontecido. Su cabeza nuevamente era un enjambre de pensamientos que hacían latir la sien.

Como si fueran pocos los problemas que tenía, ahora se agregaba a la lista que su mejor amiga tenía para con ella afectos que excedían lo que una amistad limita.

«¿Estará enamorada de mí? ¿Desde cuándo? ¿Habrá sido solo un efecto excepcional por las circunstancias y las bebidas?»

En algún momento de la noche, la cual transcurrió sin que pudiera pegar un ojo durante varias horas, deseó que al despertar las cosas volvieran a ser iguales. Pero eso, ¿era posible? ¿Podría ser la relación entre ellas igual que antes?

Capítulo 14

14

Piedramar estaba siendo avasallado por una tormenta sin precedentes. Los árboles estaban caídos y algunos a punto de quebrarse por la acción continúa de los vientos huracanados que azotaban el poblado; el mar se debatía internamente entre corrientes contrarias que se chocaban provocando grandes movimientos y olas de gran altura. Para ese momento a la playa le quedaban solo algunos metros de ancho por la crecida y la casa de Celia y Verónica estaba siendo amenazada por las aguas saladas del mar. El cordón de sierras que rodeaba a Piedramar estaba prácticamente oculto a la vista de las personas por la cortina de tierra y arena que surcaban los aires del pueblo, solamente se llegaban a distinguir los árboles más grandes que se movían desesperada e involuntariamente por las fuerzas que los golpeaban. Entre tanto, las tres mujeres ya estaban refugiadas y observaban por la ventana el comienzo de la caída de las primeras gotas de agua que luego de tanto anticipo y preparación golpeaban con gran fuerza el vidrio por el fuerte impulso del viento.

El tiempo había pasado, el reloj de pared marcaba las diecinueve horas pasado el meridiano y, aunque las nubes que cubrían el cielo de Piedramar ya no ostentaban el color negro del principio del fenómeno climatológico el sol había comenzado a caer desilusionando a todos en el deseo por ver en algún momento de ese día a la luz.

-Tengo un Jenga en algún lugar del ropero, ¿quieren jugar...? digo, para pasar el rato -preguntó Vero rompiendo el silencio en el que las tres estaban sumergidas mirando por la ventana.

-Yo me voy a descansar, gracias Vero. Jueguen ustedes -respondió Celia mientras se ponía de pie y saludaba a Mía con un beso en la mejilla- Nos vemos mañana.

Celia tenía muchas cosas en que pensar y las iba anotando en una lista mental camino a su habitación en el segundo piso. Había algo en particular que no paraba de resonar en su cabeza: una frase, sí, unas palabras que escuchó decir a Weber hace ya unos días y que la ha dejado verdaderamente inquieta; por eso mismo determinó que la solución para esa cuestión sea darle rienda suelta a las ilaciones de sus pensamientos acompañada de una gran amiga: la almohada, y aunque aún era temprano su cansancio, mas mental que físico, pedía a gritos una cama.

-¿Traigo el Jenga o no? -volvió a preguntar Vero, algo molesta, mirando directamente a los ojos de su amiga.

-No tenemos once años, mi amor. Traigo unas cervezas de la heladera, idecime que tenés al menos una por favor!

-Okay... mirá bien en el fondo de la heladera, hay dos cervezas -respondió Vero un poco frustrada por la poca aceptación de su propuesta.

-Unas cervezas, papas fritas y una buena charla con la lluvia de fondo, ¿qué mas podemos pedir Vero? No seas aburrida y dejá de querer aburrirme.

-No tengo papas fritas...

-¿iCómo que no!? ¿Y esto que estoy viendo en la cesta qué es? -Mía levanto un paquete de frituras de una cesta ubicada en la esquina de la mesada de la cocina.

Ya sin ningún tipo de excusa Vero comenzó a ver con mejores ojos la propuesta de su amiga... tal vez una distracción que no le exigiera pensar sería mas adecuado teniendo en consideración los recientes hechos.

El hombre es el único ser vivo que tiene conciencia y certeza de que va a morir, no sabe cuando, por supuesto, pero conoce fehacientemente que su vida es finita. Y estas observaciones contaban también para Celia y Verónica a pesar de ser personajes de una novela; particularmente ambas tenían la seguridad de que Weber quería matarlas, por lo que el final de sus vidas adquiere no solo certeza de una muerte temprana sino también algunos datos de que las causas no serían naturales.

Mía revolvió en la heladera, retiró los dos envases, tomó el snack y se acercó a los sillones junto a la ventana donde estaba Vero.

-El servicio a la habitación ha llegado madame -dijo Mía acercándose a su amiga.

-Gracias... -respondió Vero devolviendo una sonrisa.

-Seguís demasiado pensativa como en el colegio, ¿segura estás bien?

-No, no lo estoy pero tampoco estoy preparada para contarte. Perdón... - le contestó Vero mirándola con cara dulce sabiendo que así su amiga no iba a poder molestarla.

-Soy tu amiga, no un cura perverso buscando a diestra y siniestra una confesión. Vos contame cuando quieras hacerlo. Verónica sonrió indicando que estaba de acuerdo con la respuesta de su

amiga y fue la primera en darle un sorbo a la cerveza.

-Generalmente amo las tormentas pero esta particularmente me da un poco de miedo -comentó a Mía.

-Nunca había visto algo así salvo en las películas -respondió Mía segundos antes de que ambas se sobresaltaran al escuchar el estruendo de la caída de un árbol inmenso que no solo había aplastado a un auto que desafortunadamente estaba aparcado en la vereda sino que también arrastró con él a gran parte del tendido eléctrico de la cuadra produciendo una bella pero temida lluvia de chispas y pequeñas explosiones. Entendiendo lo que había sucedido intentaron llevar sus corazones nuevamente a un ritmo normal con un trago largo de cerveza.

La charla se extendió y las botellas vacías de bebida se estaban acumulando en el piso mientras ellas continuaban riéndose y conversando de cuanto tema trivial se les cruzara por la cabeza; pero como toda charla donde interviene el alcohol tiene una curva descendente no tardaron en llegar los temas filosóficos y con ellos los problemas existencialistas.

-¿Alguna vez en la vida sentiste, en algún momento, como si no hayas sido vos misma? como si alguien mas manipulara tu cuerpo y te dejara sin voluntad... -preguntó Vero provocando un ambiente de seriedad entre tantas risas y cervezas.

-Ya que lo mencionas... he sentido que a veces no puedo lograr lo que quiero, pero el siguiente instante recuerdo que mi voluntad no es la única en este mundo y que hay tantas variables que no puedo pretender manejarlo todo...

-Comprendo, de todos modos no pensaba exactamente en eso, mas bien me imaginaba como si en algún te hayas sentido títere de alguien y que ese alguien te haya dominado al punto de no poder siquiera caminar en sentido contrario...

-Si tu pregunta se refiere a si estoy siendo poseída por un demonio la respuesta es "no" ¡jajajaja! -respondió Mía y ambas irrumpieron a reír. El momento serio había acabado pero Verónica, a pesar de su pequeño estado de ebriedad, sabía que Mía no tenía idea de quien era Weber y que tampoco sabía que era solo un personaje de una historia, tan solo eso, una simple idea engendrada a partir de la imaginación y en ingenio de un escritor; ¿Tan solo eso, o eran algo más? ¿Existían o no? No podía implicarla en esto, la creería una total demente y se alejaría de ella.

-¡Sos una tarada! Es imposible hablar seriamente con vos ¿no? -replicaba Vero mientras le sonreía y le propinaba una cachetada juguetona en la

mejilla.

-Una tarada que te hace divertir demasiado ¿no te parece? -respondió Mía utilizando un tono de reproche y acercándose a su amiga.

-Mucho, si no fuera por vos mi vida sería un cuadro sin color...

Esa respuesta, un poco por los efectos del alcohol y otro poco por la cercanía de los labios de Vero fue la última gota, la frutilla del postre, la puerta abierta para que Mía se adentrara en las profundas y oscuras aguas del amor. La miró a los ojos y recorriendo el labio de su amiga con el dorso de su dedo preparó el terreno para lo que estaba esperando hacía muchísimo tiempo.

Mía acercó aún más su boca y besó con una pasión indescriptible a Verónica provocando un alza en su corazón cercana al infarto, también ayudada por el tacto que sus manos recibían al acariciar los brazos de su... ¿amiga?

Verónica no entendía que estaba sucediendo y tardó en reaccionar para poner fin a semejante situación impensada; tal vez por su estado, tal vez por la confusión del momento pero cinco segundos tardó en quitar su boca de la de Mía y al separarse no hubo palabra que saliera de su boca, solo la miraba de manera inquisidora como preguntándole que había sucedido.

Mía no respondía temiendo empeorar las cosas y al final la que pudo hablar fue Vero.

-Yo duermo en el sillón, no te preocupes, vos podés dormir en mi pieza. Ya sabés donde está -fue lo único que pudo decir y sin siquiera mirar a los ojos a Mía. Levantó las botellas y el paquete vacía de frituras, buscó una sábana en su habitación y le indicó que ya estaba lista la habitación para que e retiraran a dormir, cada una por su lado.

¿Cuánto más se puede estar confundido?

Cómo si fueran pocos los problemas que tenía ya en su cabeza ahora se sumaba que su única mejor amiga era lesbiana y acababa de besarla.

¿Estaba enamorada de ella? ¿Desde cuándo? ¿Habría sido solo una confusión generada por las circunstancias y las bebidas? Eso mismo deseaba Verónica, que todo pasara y que al despertar las cosas vuelvan a ser iguales. ¿Podrían ser las cosas igual que antes?

Capítulo 15

15

La luz del sol que se reflejaba en el agua del mar penetraba también por la ventana pegando directamente en la cama. Celia forzó sus ojos y se llevó la frazada hasta la frente para cubrirlos. Se revolvió molesta e intentó volver a dormir. Por supuesto que aquel recurso no prosperó en su función y terminó por desistir. El dormir un rato extra fue proeza imposible.

Se sentó, un tanto ofuscada, al pie de la cama. Mientras le ordenaba a su cuerpo que le respondiera y se pusiera de pie, escuchó la vibración de su celular. Se trataba de Ariel.

“Necesito verte, Celi, no dormí en toda la noche pensando en vos” —rogaba Ariel en el mensaje apelando más a la lástima que a los sentimientos.

Celia suspiró resignada dándose por enterada en ese momento que parecía no haber ningún tipo de herramienta para sacarse a Ariel de encima. No lo conocía demasiado, salvo por lo que relataba Weber, pero aun así le resultaba demasiado faldero.

El recurso de la lástima parecía, de alguna manera, haber funcionado, porque tomó su celular y respondió con la mayor frialdad posible:

“Voy para tu casa en una hora.”

Tardó unos cuantos segundos antes de enviar el mensaje porque no estaba convencida de querer verlo, pero luego pensó que tal vez podría ser una oportunidad para intentar sacárselo de encima, torcer un poquito la cuestión o quizás evitar que durante las ausencias de escritura él la torturara más de la cuenta. Ilusiones de un personaje, por supuesto...

Se levantó de la cama emitiendo un sonido poco entendible, aunque parecía expresar algo de frustración y fastidio. Luego se dirigió en pijamas directamente al baño.

Una frase le retornó rebotando por cada extremo de su cabeza y provocando unos intensos y fugaces momentos de furia. Celia presionó sus ojos con el dedo índice y el pulgar de su mano derecha haciendo un intento, fallido, claro está, de darle off a esa frase. Necesitaba, definitivamente, contarle a Verónica lo que durante la noche no le pudo decir. Decidió no esperar más para transmitirle su preocupación sobre lo

que escuchó gritar a Weber (y que sintió retumbar en su estómago).

Se encaminó en pijamas hasta la habitación de Vero dispuesta a despertarla a gritos si era necesario. Estaba a punto de irrumpir cuando su vista se encontró con un vacío. Ella no estaba allí y la cama parecía no haber sido usada. Bajó al salón y encontró recostada en el sillón a su amiga con los ojos abiertos como una lechuza mirando fijamente el techo como si en él hubiera un show de fuegos artificiales. A pesar de eso, no se había percatado de la presencia de Celia.

—Vero, tenemos que hablar —confesó Celia mientras se le acercaba. No obtuvo respuesta de su interlocutora.

—Vero... —insistió Celia antes de gritarle y hacerla saltar, pero recapacitó y pensó en una mejor idea.

Se acercó lentamente hacia el extremo del sillón e hizo aparecer su rostro ante la línea de visión de su amiga destruyendo inmediatamente ese mundo paralelo y autista en el que parecía encontrarse. Vero se sobresaltó y sus ojos parecieron desorbitarse.

—¡Ay, maldita! —reprochó Vero mientras Celia se despanzaba de la risa.

—¡Jajajajá! —si hubieras visto tu cara antes y después de que me apareciera, no sabrías con cual reírte más...

—Sos una idiota, no sé por qué te hice mi amiga, ¿sabés? —se defendió Vero incorporándose luego de lanzarle una mirada asesina.

—Gracias, es el mejor halago que he recibido en varios días. ¿Tampoco pudiste dormir? —interrogó Celia.

—Nada... si habré dormido una hora es demasiado.

—¿Por lo de Weber?

—Si... Por eso —mintió Verónica a sabiendas de que no eran solo las locuras (o genialidades) del escritor lo que la tenían preocupada, sino que Mía había comenzado a usurpar gran parte de sus pensamientos.

—Bueno, tengo algo para contarte con respecto a eso, pero no me grites, ¿Okay?

—Dejá los preámbulos, ¿qué pasó? —le dijo perdiendo la paciencia.

—Sucedió al día siguiente de mi suicidio, si es que puedo llamarlo así —dijo Celia un tanto frustrada. —Luego de que me fuera de la casa de Ariel e intentara ponerle fin a mi vida. Esa mañana vi acercarse

lentamente a los hilos dorados, como si se fueran preparando de a poco antes de tomarme. En esos instantes en que los filamentos estaban ante la inminencia de mi captura, me fue posible escuchar a Weber gritar. Pero no solo eso, sino que todos sus sentimientos de furia e impotencia prendieron fuego mi cuerpo pudiendo yo misma experimentar todo lo que él estaba sintiendo. Algunas palabras llegaron a mí antes de eso. Pude percibir que leía en completa perplejidad un párrafo en donde se relataba mi huida. ¡Te das cuenta, Vero! Hice algo por fuera de su escritura y eso quedó plasmado en el archivo. Inmediatamente a la lectura estupefacta de lo que había quedado escrito me atravesó su furia, confusión e impotencia. Ahí es cuando gritó... Me gritó a mí.

—¡Me estás matando del miedo y de la intriga!, ¿me podés decir que te gritó? —reprendió Vero a Celia.

—“¡Vos te vas a encamar con Ariel cueste lo que cueste Celia, y te vas a enamorar!”, eso fue lo que me gritó —dijo Celia agachando la cabeza.

—Me resulta más importante, y aterrador, el hecho de que se pueda dar cuenta de lo que hacemos que lo que te haya gritado...

—¿No te das cuenta, Vero? —interrogó Celia mostrando su enojo por el comentario de su amiga.

—Ilustrarme...

—Bien. ¿No te parece bastante raro que me haga una prostituta, pero al mismo tiempo quiera que me enamore de Ariel? Por lo que pudimos dilucidar de la trama, mi relación con él sería algo bastante alejada del nudo principal... A todo eso tenemos que sumar que el grito fue realmente con mucha ira, lo cual nos puede llevar a inferir mucha emotividad. Si es cierto que mi relación con Ariel no es más que una cuestión accesoria en la historia, ¿por qué esa ira? Es más, hasta ese momento no pareció reparar en el hecho de que el párrafo apareció escrito de la nada. Bueno, no de la nada, pero sin ser producto de su escritura

—¿A dónde querés llegar, Celi?

—A que está obsesionado conmigo de una manera bastante rara, es como si me odiara, pero a su vez quisiera verme feliz... me hace sufrir como prostituta, pero me hace probar el amor de pareja. ¿Acaso no habrá algo de sus propias miserias que está proyectando en mí?

—Voy entendiendo hacia dónde vas, y tenés algunos elementos que lo sugieren, pero me parece que es algo bastante aventurada esa resolución. Te vestiste de Weber y escribiste toda una novela por un grito que apenas

lograste escuchar.

Lectores, no se dan una idea de la impotencia que sentía Celia en ese momento en que su mejor amiga descreía de las conclusiones que le habían costado el sueño. Se mordía los labios para no responder rápidamente con el hervor que le emanaba del pecho hasta la garganta.

—Cariño, no te enojés conmigo, solo estoy diciendo que no podemos estar cien por ciento seguras de que esté proyectando cuestiones íntimas en vos como su personaje, además, suponiendo que sea así ¿en que nos beneficia creerlo?

—No se, pensé que era algo importante. Me estaba dando tantas vueltas en la cabeza después de todo lo que te pasó a vos, que creí que sería relevante contarte.

—No nos aventuremos y pensemos bien todo, Weber no tiene que intuir nada acerca de nosotras, ni que podemos escucharlo, ni que tenemos conciencia que somos sus personajes y mucho menos que pudiste alterar la historia vos misma -que por cierto eso es muy importante- dejemos que crea que lo escribió en un momento de confusión y nada más... pero para eso tenemos que empezar a pasar desapercibidas. Saber esto puede ser la mejor carta que tengamos, pero hay que usarla en el momento más oportuno. Hasta entonces pensemos cómo fue posible que lo hicieras.

—Tenés razón, Vero —contestó Celia ya habiendo dejado de pensar en lo dicho por Weber y concentrándose en el próximo punto: no alertar al escritor. —voy a ir hasta la casa de Ariel, me escribió un mensaje de texto y le dije que en una hora estaría allá —concluyó Celi.

—Creo que es positivo, no queremos ningún párrafo alterado, y que tengas una “buena relación” con Ariel es un buen paso a seguir.

—¿Qué hago con las llamadas y mensajes de los clientes de la “Celia prostituta”? —preguntó preocupada sabiendo ya la respuesta.

—No llamar la atención... lo siento reina, vas a tener que trabajar.

—Para vos es fácil, tenés que darles clases a unos cuantos pendejos, pero yo soy la muñeca inflable de unos cuantos tipos, a los que agradezco cuando me saludan antes y después de coger —contestó ella bajando la cabeza y refunfuñando a pesar de que sabía que su amiga estaba en lo correcto.

Vero condescendió con una mirada y dio por terminada la conversación.

Para ese entonces, y a causa de su talante resignado, Celia deseaba que al menos no tuviera que acostarse con algún gordo, barbudo y sudoroso

camionero que haya cobrado un extra en su sueldo.

«¿Para qué hacerme puta VIP si al final cualquier idiota con un par de pesos de más puede gozar con mi cuerpo?» —pensó Celia aumentando su desazón

«No puede tocarme un sensual BeachBoy ¿no?» —continuó diciéndose mientras caminaba hacia la cocina para prepararse algo de comer y salir del ayuno «Ariel tampoco está mal, me desespera lo faldero que es pero tiene un bello y delgado cuerpo. Weber tenía razón con respecto a los ojos, la profundidad del negro es bellísima...» —continuó Celia gesticulando ante el discurrir de sus ideas.

En un silencio sepulcral por fuera y un barullo inentendible dentro de su mente se preparó un té de bergamota con dos tostadas de pan integral y dulce de arándanos. Se sentó en la esquina de la mesa y devoró con ansias todo lo que se había preparado.

Vero subió hasta su habitación para cambiarse de ropa y recostarse quince minutos más antes de tener que ir nuevamente al trabajo en el colegio, con todos los miedos que eso conllevaba a pesar de no habérselo dicho a Celia. La idea de volver a ver a esos hombres la aterraba. Mejor dicho, que ellos la reconocieran a ella.

Tuvo una no tan original idea mientras miraba fijamente las agujas del reloj que se movían siempre a un ritmo monótono y adormecedor. Usaría un estilo diferente de ropa, nada de polleras largas estilo hippie ni collares largos y pomposos, solo un clásico jean con una remera lisa. Lo más clásico posible para pasar desapercibida y que el hombre que acompañaba al director del colegio aquella mañana no pudiera reconocerla. Si solo alcanzaron a verla de espaldas, entonces tenía chances de que su nuevo estilo la hiciera pasar desapercibida.

«Podría cambiarme el pelo también... No, definitivamente no pienso cortar mi lacio y largo pelo por esto... Con un rodete basta para marcar la diferencia»

//

«¿Acaso podré disfrutar de un hombre como Ariel; de un hombre que no me trate como un pedazo de carne inanimado en el cual dejar fluir su libido? Si alguna vez conocí la suavidad de parte de una pareja, no lo recuerdo...» —pensó Celia mientras revolvía el té reía sin gracia por esa idea.

Terminó de desayunar dejando solo una tostada sobre la mesa. Vestida tan solo con un short de jean rasgado, ojotas y una remera a la cintura que dejaba ver su delgado y trabajado abdomen, desviando así la atención por la escasez de busto, cruzó por la puerta trasera de su casa

para encaminarse hasta la casa de Ariel.

A esas alturas la tormenta había pasado y todo parecía estar volviendo lentamente a la cotidianidad, salvo por las huellas de aquel feroz fenómeno climatológico que aún marcaban a Piedramar.

Muy pocos árboles habían resistido completamente a la furia de las ventadas. Algunas palmeras estaban partidas al medio con su parte más austral tendida sobre la arena formando una "V" invertida. La playa, de otrora blanquecina y paradisíaca arena, estaba cubierta de barro, astilladas ramas y una gran cantidad de suciedad y basura arrastrada por la tormenta.

Muchas de las casas de Piedramar tenían los vidrios resquebrajados, cuando no destruidos. Las calles, hasta ese momento, no eran del todo transitables. Los árboles que bloqueaban el paso y los postes del cableado eléctrico chisporroteaban peligrosamente. De vez en cuando, algún transeúnte pegaba un salto temeroso ante el inesperado siseo de los cables.

Piedramar había adquirido la imagen de un pueblo atravesado por el proceso apocalíptico. Los árboles y postes de luz no fueron los únicos que sufrieron las consecuencias: eran incontables los carteles de los comercios que se encontraban de a pedazos por el suelo, y hablando de pedazos, muchos autos habían recibido la misma suerte que los carteles. Algunos todavía chillaban con sus alarmas, otros, ni a eso llegaron.

Durante la noche se habían escuchado algunas ambulancias, posiblemente atendiendo y trasladando accidentados. Ya por la mañana abundaron las unidades de la empresa eléctrica y de parqueado para poder acondicionar nuevamente a "El corazón del turismo regional", frase marketinera con la cual llamaban Piedramar.

Cuando Celia atravesó la puerta trasera de su casa, camino a la de Ariel, pudo observar gran parte de lo que acabo de relatarles. Por un instante experimentó el avance implacable de un sentimiento desazonado y pesimista. Tardó en poder ubicar las palabras que lo hicieran comunicable. Y cuando lo logró, escuchó en su lenguaje interior una idea claramente pronunciada. «Weber va a destruir todo y seguramente dejaremos de existir.»

No pudo evitar pensar que a raíz de lo que había ocurrido con la escritura involuntaria del párrafo, aquel que la narraba yéndose de la casa de Ariel, Weber habría entrado en un proceso destructivo luego de lo que ella pudo percibir de él.

«¿Qué tal si desiste de la escritura del libro por los obstáculos que tuvo y destruye el archivo? ¿Dejaremos de existir?»

Claro está que, ninguna de esas preguntas, eran posibles de ser respondidas por ella, y tan solo se limitó a intentar alejarlas de su cabeza. La estrategia ya estaba en juego y se trataba de seguirle, justamente, el

jueguito al señor Máximo Weber. Al menos hasta que encontrarán una manera de salirse de sus garras. Claro, como si eso fuera posible, ¿cierto?

Sacudió la cabeza e intentó centrarse nuevamente en Ariel, algo que logró cuando estuvo dentro de su campo de visión la casa de su... ¿Amigo? ¿Pareja? ¿Cliente? ... Lo que fuera.

//

En el mismo momento en que Celia estaba por encontrarse con Ariel, Verónica había recibido un llamado del colegio, apenas cinco minutos antes del horario en que ella, meticulosamente, salió por la puerta de su casa para ir al trabajo.

—¿Verónica Pilatos? —preguntó una voz amargada desde el otro lado del teléfono.

—Sí, habla ella... —respondió Vero.

—Te hablo del establecimiento educativo N°1. A causa de la tormenta de ayer, que provocó destrozos en gran cantidad de aulas, se ha decidido cancelar el dictado de las clases por veinticuatro horas hasta que el edificio quede reparado o en su defecto, utilizable.

—Oh... bueno muchísimas gracias por el aviso...

—Esther, mi nombre es Esther.

—Bueno, te agradezco mucho por el aviso, Esther. Que tengas un buen día —saludó Vero intentando cortar con las pocas ganas de vivir de su interlocutora ocasional.

—Igual para usted profesora —retribuyó la secretaria que, sin esperar respuesta del otro lado, cortó la comunicación.

Vero imaginó la posibilidad de que el mal humor de aquella señora esté relacionado con el inesperado día vacacional para los docentes, cuestión que la dejaba a Esther con más trabajo que nunca. Suspiró aliviada al saber que no tendría que ir al colegio, así evitaría andar a hurtadillas por los pasillos del edificio eludiendo a sus posibles cazadores. Incluso todavía dudaba de si el director del colegio no había descubierto su identidad, algo que por el momento prefería no saber.

La ambivalencia es algo extraño. Por un instante podés ser feliz, e inmediatamente, sentir culpa ante la deshonrosa felicidad sentida. Vero transcurrió por ese dilema sintiéndose aliviada por no tener que ir al colegio, pero al mismo tiempo, triste por las roturas que la tormenta

causó en el edificio y culposa por su primer sentir: esa felicidad en la desgracia.

«No voy a quedarme encerrada a echar raíces en mi casa» —se dijo a sí misma como si salir supusiera una manera de evitar esa ambivalencia de sentimientos.

Se cambió lo más rápido que pudo y salió de la casa por la puerta delantera, no sin antes haber pasado la vista por toda la casa verificando que no se estuviera olvidando de nada. La llave del gas cerrada, el sillón acomodado, mesa levantada (incluyendo el desastre de Celia), persianas bajas... todo parecía estar en perfecto estado ante su atenta mirada. Todo perfecto, pero hubo algo que no pudo evitar ver y que la transportó nuevamente a los recuerdos de la noche anterior. Al subir por las escaleras para corroborar la cama vio que ya estaba armada, como si nadie hubiera dormido allí, como si nadie hubiera estado acompañándola la noche anterior. Pero no era así, y Verónica lo sabía muy bien. No importaba que la casa luciera perfecta y vacía o que la mañana tan ordinaria aparentara una noche de igual talante. Mía había estado allí y se fue sigilosamente por la noche en el único momento que Vero dormía.

«¿Habría sido real o solo una cuestión del momento?» —pensó Vero recordando el alcohol, la noche y el contexto casi apocalíptico.

La sorprendió de sobremanera todo el espectáculo de destrozos que había dejado la tormenta, reparó en cada uno de los detalles que yo mismo ya les había mencionado antes: los árboles, los autos, los postes de luz, la arena y tierra en la calle, los carteles por el piso y las camionetas de la compañía eléctrica y de parqueizado surcando con cuidado las calles de Piedramar. Semejante cuadro la hizo estremecer y preguntarse algo que no se había preguntado hasta ahora.

«¿Será parte de la trama de Weber?, si no lo es, ¿por qué habrá sucedido algo así? El clima es claramente tropical pero jamás se había desatado una tormenta de estas magnitudes que sobrepasara todas las medidas de seguridad y causara tantos destrozos...»

Verónica continuó la marcha con un raro ensimismamiento, que iba desde la apreciación de los destrozos a su fuero interno. Súbitamente, un rechinar de ruedas la detuvo en seco paralizándola y rebalsando su cuerpo de adrenalina. Un auto deportivo rojo había frenado a unos pocos metros. Ella, hecha una estatua por el miedo que recorría su carne, percibió las miradas atentas desde el interior del auto. Segundos después el auto deportivo rojo aceleró y lo perdió de vista. Cuando el suceso se transformó en pasado, su cuerpo se aflojó súbitamente haciéndola perder el equilibrio.

Una vez que recuperó el equilibrio físico y la serenidad corporal intentó lograr lo mismo con su cabeza infundiendo un poco de racionalidad al

asunto. Pensó que podría tratarse de una persona aprendiendo a manejar y eso explicaría la frenada brusca, aunque ciertamente era propio de una persona diestra en la conducción acelerar como lo hizo después. Barajó la posibilidad de dos jóvenes recién salidos de la dirección de tránsito con su carnet de conductor que, extasiados, se propusiera molestar a la gente. Más por deseo que por racionalidad creyó en esta última alternativa. Aunque la cosa no duró demasiado.

«Podría jurar que ya lo había visto unas cuadas antes...»

//

Dos suaves golpes de puño sonaron sobre la puerta de la casa de Ariel, quien, movido por la ansiedad de ver a Celia, no tardó ni cinco segundos en atenderla.

—¡Celia, hola! —saludó él con una sonrisa que le surcaba de punta a punta las mejillas.

—¡Hola! —respondió ella elevando levemente la comisura de los labios, algo que casi llegó a ser una sonrisa.

—Pasá, por favor... —dijo Ariel con un sutil tono de ruego mientras se hacía a un lado dando paso a Celia. —¿Querés tomar algo, Celi?

—Agua para mí o una gaseosa. ¿Tenés?

—Por supuesto ¡Marchan dos Cocas!

—¿Cómo es que tenés unos cuantos metros de playa limpia a lo ancho y hasta la orilla después del apocalipsis sin jinetes de anoche? —preguntó ella intentando comenzar una conversación por el tema más trivial que conoce la humanidad. De todos modos, se sentía intrigada, por lo que el cliché social le vino excelente.

—Esta mañana me levanté temprano y limpié todo lo que pude, quité ramas y despejé la calzada que tenía algunos cables caídos. Supuso un buen entretenimiento —respondió sonriendo.

—Pequeño trabajo. —contestó arqueando las cejas en gesto de grata sorpresa. —Ahora tenés un pequeñito oasis.

—Podemos aprovecharla y sentarnos en la arena para disfrutar nuestras bebidas madame —respondió fingiendo ser un sofisticado hombre de la alta sociedad.

—Desde luego —contestó Celia flexionando una pierna y elevando

levemente el extremo de su imaginario vestido. Sonrió, y de verdad.

Ariel había ido a buscar unas reposeras al garaje mientras ella lo aguardaba sentada sobre la arena con las piernas cruzadas y con las dos bebidas en la mano.

Con la mirada frente al mar, él aún inquieto y bebiendo en silencio, permanecieron unos minutos hasta que la voz de Ariel rompió con la monotonía.

—No quiero volver sobre el tema porque sé que te vas a molestar, pero a su vez no puedo soportar la angustiante incertidumbre sobre lo que ocurrió. Sobre lo que te ocurrió...

—Ariel... —intentó detenerlo Celia.

—No... Por favor, dejame hablar —insistió él mirándola firmemente a los ojos.

Ella no replicó, le dio la oportunidad de continuar su discurso sin ser interrumpido.

Suspiró levemente y luego habló.

—Tu actitud puso en cuestión algo en mí, y pude darme cuenta en estos días —hizo una pausa antes de continuar hablando. —He estado demasiado pegado a vos sin dejarte tiempo ni espacio, fui muy... ¿cómo se dice...? ¡Asfixiante! Esa es la palabra. No es que haya querido serlo, y mucho menos buscaba que te alejes de mí, pero hay miedos que me sobrevuelan la cabeza, escenas que vuelven azorosamente y sin darme cuenta estoy como si me colgara de vos sin dejarte respirar, sin darte ese tiempo que todos necesitamos a solas.

Hubo un silencio incómodo hasta que Ariel continuó.

—La noche en que nos conocimos fue la primera noche en meses que yo volví a salir. Es vergonzoso pero la tristeza y el ánimo deprimido no me permitía siquiera levantarme de la cama. No tenía hambre, no tenía fuerzas para moverme, ni siquiera para hablar. No trabajé durante todo ese tiempo y gasté mis ahorros para mantenerme. Mis amigos venían regularmente a traerme comida o simplemente a charlar. Intentaban levantarme el ánimo, y si hay algo que debo reconocer es que era una tarea muy difícil, por no decir imposible.

Ese estado de depresión se podría describir, en pocas palabras, como "ganas de estar muerto, y ya". Ese era mi estado después de que mi pareja me abandonó, de un día para el otro, sin dejar nota, responder

mensajes o llamadas, hasta dejó gran parte de su ropa, como si fuera necesario irse lo más rápido posible —finalizó con un dejo de indignación.

Celia escuchaba atentamente la revelación que jamás imaginó oír.

—Nuestra relación duró dos años y algunos meses más. Pensábamos en casarnos y construir una familia... “¿Cómo alguien puede abandonar a su pareja después de esas proyecciones?”, me pregunté todos los días hasta el día en que salí de mi casa

De todos modos ese no era el punto al que quería llegar. La cuestión es que, mientras bebíamos con mis amigos a unas cuantas mesas de la tuya me perdía, intermitentemente, en mirar tu sonrisa. Y cuando pasaste a mi lado no pude evitar detenerme en tus ojos color café. En ese momento, aunque yo jamás creí en el amor a primera vista, tengo que reconocer que sentí atraído hacia vos. No me preguntes que fue, si tu sonrisa, si tus ojos café o simplemente tu manera de caminar, pero lo que fuera que haya sido se me estampó a fuego en el pecho y fue la primera vez en meses que dejé de pensar en ella. Y por esas maldiciones, o bendiciones de la vida, me obsesioné con vos. El resto ya lo sabés.

Creo que esa es la razón de que me apegué tanto. Por un lado, fuiste la que me devolvió la vida con una simple mirada y, por el otro, el miedo inmenso de perder nuevamente. Cuando te fuiste, la opresión en el pecho me llevó a esa época de mi vida marcada por el abandono. Pensé que te perdería para siempre y nunca más te volvería a ver. Y eso significaba perder lo que yo soy cuando estoy con vos.

Celia lo miró atentamente y una parte de ella se enterneció con lo que había escuchado. Nunca había sentido la ternura por parte de un hombre y la verdad que lo estaba disfrutando y no sufriéndolo como antes, cuando era obligada a sentirla por las manos de Weber.

Celia parecía estar enamorándose de Ariel. En contra de todos sus pronósticos, y a pesar de la infinidad de rechazos que le propinó, él seguía allí y ella estaba mirándolo con sus ojos café de otra manera.

Curiosa situación ¿Cierto, lector? Celia nunca deseó a Ariel salvo en esos momentos en que era atrapada por los hilos del destino weberiano, y ahora, como si existieran hilos más allá de los del borracho escritor, letra a letra y palabra a palabra, la historia comenzaba a tejerse en favor de un amor posible, para nada certero, pero si posible.

Capítulo 16

16

El celular de Celia sonaba sin parar. Una llamada tras otra caía a su teléfono mientras ella, seguramente en un mundo totalmente aparte, se movía en la cama intentando deshacerse de los molestos sonidos exteriores que, seguramente, eran fuente de las más diversas locuras en la fantasía onírica en la que estaba inmersa.

El nombre de “Lian” que aparecía en la pantalla no se daba por vencido ante la nula respuesta de su destinatario.

Celia, hasta entonces en otro mundo, movía espasmódicamente su cuerpo como si pudiera quitarse de encima el penetrante estímulo. Al cuarto tono de la sexagésima llamada abrió los ojos muy débilmente y hasta fastidiándose por tener que hacerlo. Tanteó torpemente con su mano menos hábil la mesada de noche intentando torpemente tomar su móvil. Tras varios fallidos logró hacerse con el aparato.

—Hola... —respondió a la llamada con una voz que parecía sufrir de afonía.

—Escuchame pendeja, no me interesa cuanta fiesta tuviste anoche o si el perro se te murió y tuviste que enterrarlo. ¿Qué te parece si volvés a trabajar antes de que tenga que cobrarme la garantía?

—¡Lían! —contestó Celia abriendo los ojos y sintiendo como su pulso se elevaba. —Disculpame, en serio, tuve complicaciones... —rogaba ella.

—Mirá, por lo único que todavía no te di de baja fue porque tus clientes llaman y piden por vos a pesar de que tengo al resto de las perras disponibles. No sé si será tu carita de mojígata y tampoco me interesa, lo único que importa acá es la guita que me hacías ganar cuando abrías las piernas y la que me estás haciendo perder ahora. ¡Dejate de joder! ¿Entendiste?

—Sí, te pido mil disculpas, en serio. No va a volver a pasar.

—En una hora te espero en la cueva —finalizó Lían antes de que

ella pudiera decir algo.

En ese mismo momento que la comunicación se cerró, Celia permaneció con el teléfono en la mano imaginando el encierro en el que se encontraba. En lo evidente, cualquier camino que eligiera acabaría con alguien herido.

Bajo ningún aspecto quería tomar una decisión porque ello implicaría que sobre sí cargaría la desgracia de otro. Si trabajaba nuevamente iba a herir, tarde o temprano, a Ariel; y si no trabajaba la herida, sin duda, sería Verónica. Por el momento pensó que continuar el trabajo y esforzarse en ocultarlo le daría algo de tiempo para encontrar alguna otra salida. Si es que la había... Mafiosos como aquellos solo piensan en una sola cosa: dinero; y Celia le estaba haciendo perder bastante por lo que no dudaría en utilizar tanto como pudiera el arma más grande que tenía a su disposición.

//

Durante el último año del colegio, Celia transitaba la adolescencia como una hija de padres separados. Vivía con su padre y odiaba profundamente a su madre por haberla abandonado, tanto a ella como a aquél. Por aquellos tiempos se vio en la necesidad de no generar gastos extras en la casa y había tomado la decisión de pedir trabajo en el bufete de la institución a la cual asistía.

Tomaba clases en el horario matutino y trabajaba a continuación. Sus tiempos de estudio se reducían a los momentos en que los alumnos del turno tarde estaban en clases y los días se transformaban en jornadas completamente rutinarias y agotadoras. Su vida transcurrió entre el colegio y su casa. Fue en aquel entonces en que Celia conoció a Lían, el chico misterioso y menos amigable del colegio.

En uno de esos días donde la rutina era agobiante, Lían se acercó hasta el mostrador, la miró a los ojos y le extendió un pequeño papel con su número mientras le decía: "Podés tener mucho mejor dinero por mucho menos trabajo. Llamame".

Esa fue la entrada de Celia al mundo de la prostitución, un acto de amor en donde primó el deseo de ayudar a su padre y liberarlo del trabajo extra, puesto que su madre había sido el único sustento profesional que tenía la familia, en tanto su padre dependía del irregular mundo de la construcción. Asimismo, Celia, necesitaba liberarse de tantas agotadoras horas para poder concluir sus estudios.

La nota con el mensaje reposó, tentadora, en la mesa de luz de Celia. Luego de unas cuantas veces que, después de verla, la arrojaba nuevamente en la mesada, decidió tomar el teléfono y llamarlo. Tan solo veinticuatro horas bastaron para que tomara la

decisión, teniendo una certeza cuasi-delirante, basada en sus especulaciones, sobre cuál era el trabajo. Las paredes no solo tienen oídos, sino que además conducen el sonido. Y como las palabras vuelan rápido, habían llegado a sus orejas el rumor de que Lían ofrecía los servicios de algunas de sus compañeras de clases, chicas de apenas diecisiete años que se prostituían no solamente con otros alumnos sino también con profesores y administrativos del establecimiento. Él hacía los contactos y organizaba los encuentros en un hotel ubicado a unas cuantas cuadras de la última playa de Piedramar, la menos concurrida por la cantidad de rocas en el agua y los pocos metros de playa disponibles. Las adolescentes llegaban por su cuenta y los clientes, sedientos del morbo de la colegiala real, esperaban en una habitación siempre reservada a nombre de "Lían Mor". Fue entonces la caída de Celia en esa red que un gran perverso, disfrazado de araña, montó sobre un pueblo turístico.

Fiel al estilo de los grandes tejedores, aquel germen de mafioso comenzó a realizar préstamos de dinero a sus trabajadoras y con ello se hizo acreedor de deudas casi imposibles de pagar. "Cariño, ¿necesitás algún adelanto? Ningún problema, me lo pagás más adelante." La única salida era seguir allí, trabajando para él, que precisamente no era una salida sino una eterna entrada a un círculo que retornaba siempre al mismo punto: La prostitución en favor de Lían.

//

Una serie de imágenes desfilaron por la cabeza de Celia recordando el pasado y los eventos recientes. De pronto, una cascada pictórica de su adolescencia se hizo presente frente a sus ojos interiores.

Era un sábado de octubre y el calor comenzaba a golpear duro a todo Piedramar, que lento pero firme, iba recibiendo visitantes de diferentes puntos del país. Ella se había levantado con el corazón acelerado tras oír los ruidos de una acalorada discusión entre sus padres, en la cual pudo escuchar, a duras penas, unos cuantos insultos que se propinaban entre ellos. La confusión era generalizada. Observó su reloj de mesa que apenas marcaba las siete de la mañana. Cayó en un nerviosismo absoluto. Corrió hacia la puerta y luego se alejó. No sabía si bajar para saber que estaba ocurriendo o si quedarse en su habitación hasta que el huracán pasara y volviera la calma ¿Volvería? Se levantó de la cama y recorrió la habitación en círculos, luego abrió las cortinas, se vistió y respiró profundo varias veces sin lograr el objetivo de tranquilizarse. Los gritos que, si bien eran inentendibles, se notaban despectivos e hirientes. La cosa no andaba para nada bien

y no tenía idea de qué se trataba. Nuevamente volvió a pararse para salir de allí, pero desistió y se desplomó a la mitad de la cama rendida y sin energías.

—¡Me das asco! Mejor que te vayas y que sea ahora mismo, no quiero que mi hija sepa lo que es su madre —gritó el padre de Celia como si sus palabras salieran del mismísimo infierno.

«¿Qué es mi madre?» —Se preguntaba Celia produciendo el efecto contrario del que su padre hubiera querido. Ese grito completamente desbocado marcó a fuego aquel momento dejando sobre ella una duda que no dejaría sin responder. Ese que, que hablaba sobre el ser de su madre. Comenzó a sudar, su respiración se entrecortó y la dejó sin aire sometiéndola al recurso de las bocanadas ineficientes.

¡Me das asco! Mejor que te vayas y que sea ahora mismo, no quiero que mi hija sepa lo que es su madre.

Esas palabras volvían una y otra vez retumbando por toda la extensión de su pensamiento. Celia cerró los ojos, se tapó los oídos y se dijo a sí misma que eso no era su conflicto. Sin embargo, el estómago no dejaba de estrujársele. Tomó los auriculares con el reproductor de música parándose frente a la ventana y dejando que la música invadiera sus oídos mientras en sus ojos penetraban las imágenes de la bella danza de las olas chocando contra la orilla. Durante unos minutos su mente se apagó y la ansiedad se amansó. Un engaño producido por el efecto analgésico de la música y el paisaje. La frase volvió a retumbar y la ansiedad invadió su delgado cuerpo sin que ella pudiera hacer algo para sacársela de encima. Tomó el control de su cuerpo, y sin estar segura de lo que estaba haciendo, salió de la habitación lo más rápido posible. Su padre estaba apoyado contra la pared en posición de rendido, con la mirada perdida y abstraído. Su madre estaba bajo el marco de la puerta apunto de cruzar el umbral por el cual no habría de volver jamás. Los ojos color café de Celia recorrían incrédulos la escena en la que parecía una simple espectadora. La mujer que le había dado a luz no pudo sostener la mirada de su hija. Bajó la vista, miró al frente, y dejando en ese gesto un signo de culpabilidad y ruego de perdón, se retiró. Fue la última vez que Celia vio a su madre. Nunca más tuvo noticia alguna de ella y era el único tema del cual no se podía decir ni una palabra. Durante mucho tiempo (años...) no supo nada acerca de aquella mañana.

Más allá de todas las diferencias en las historias particulares, Celia no pudo evitar pensar en que, tanto ella como Ariel, habían sido abandonados, y con ello, la herida repercutió sobre las decisiones posteriores.

«“Escuchame pendeja...”»

El eco de las palabras de Lían la devolvió a la realidad, a esa realidad que le demandaba vestirse e ir al encuentro de ese hombre que le arruinó (y arruinaba) la vida. No es que no fuera cierto, puesto que Lían había aparecido en el momento más vulnerable de su historia, tanto en el aspecto afectivo como en el económico, pero la responsable seguía siendo ella, y eso era algo que se reprochaba continuamente.

Celia se alistó tan rápido que por poco olvidó ponerse corpiño. Error que le hubiera costado dar semejante espectáculo gratuito a los casuales y esporádicos espectadores que pasaran frente a ella y pudieran disfrutar de la reveladora transparencia de su remera blanca. Por fortuna el espejo jugó a su favor y le advirtió de su olvido. Sabiendo que solo tenía unos cuantos minutos para llegar a la cueva omitió el desayuno y se puso en marcha hacia la parada del tranvía.

Piedramar contaba con diez líneas de tranvía como medio de transporte público en todo el pueblo; cinco de ellas lo atravesaban a lo ancho y los cinco restantes a lo largo. Resultaban no solo un medio económico para sustentar sino también un recurso bastante pintoresco a la vista de los turistas. Muchos de ellos asemejaban Piedramar a las calles de San Francisco.

Celia estaba en camino a la parada del tranvía “A”, el primero de las líneas que atravesaba el pueblo a lo ancho y terminaba su recorrido en la última de las playas, justo en la esquina de un lujoso hotel llamado “Punta de piedra”, en honor a la más grande de las rocas que se alzaba en el centro de un acantilado frente al complejo hotelero.

Esperó de pie la llegada de la unidad, la cual demoraría tan solo cinco minutos hasta su destino. Esa pequeña espera transcurrió con una impaciencia imposible de ocultar. Celia golpeteaba los pies en el suelo, rítmica y sistemáticamente, hasta que estuvo abordo. Incluso durante el viaje cruzaba las piernas hacia un lado y luego hacia el otro manifestando con su cuerpo el estado turbulento de su psiquis y la temerosa ansiedad por el encuentro con Lían.

Cuando descendió del transporte recorrió con la vista de izquierda a derecha observando la playa, el hotel y, por la calle

perpendicular a la del tranvía, la puerta que estaba buscando. La entrada era de madera vieja y casi podrida, la fachada de la casa estaba sucia y tenía sectores en donde el verde moho adornaba el frente, otrora blanco. Las ventanas estaban tapiadas por completo, sin embargo, algo no coincidía con la estética descripción: en el vértice derecho de la fachada, escondida por las ramas de un árbol y por la vegetación crecida entre las grietas del concreto, aparecía una cámara de vigilancia de 360°. La cueva estaba totalmente disfrazada para operar a la luz del día y proveer la seguridad necesaria a los "operarios" que se encontraban dentro.

Fue suficiente que Celia se parara frente a la puerta para que, habiéndose cerciorado que nadie transitaba por la vereda, los guardias de la entrada habilitaran su ingreso.

—Pasá, Lían te espera en su oficina —informó el guardia armado sin siquiera ceder un "Hola". Celia asintió con la cabeza mientras caminaba por el pasillo con semblante temeroso. Cada paso que daba le acercaba a un momento que deseaba no haber tenido que llegar. Al final del recorrido, a la derecha, se ubicaba la oficina de su jefe.

A pesar del tiempo que Celia llevaba dentro de ese ambiente, nunca dejó de sentir miedo ante el contacto con esos hombres, mucho más del que sentía cuando tenía que concretar un encuentro con algún cliente desconocido y transitaban por su cabeza más de mil maneras diferentes de morir en esas circunstancias. En el transcurso de ese pequeño trecho -que lo deseó eterno- sintió varias veces cómo los músculos de las piernas le abandonaban en fuerzas y su cuerpo parecía desplomarse sobre el suelo; por suerte sus manos estaban ahí para auxiliarla y sostenerla. La idea de morir se transformaba en algo más que un pensamiento. Tenía la certeza de que podría ocurrir si a su interlocutor no le satisfacían las respuestas que ella pudiera a darle.

Estaba por golpear la puerta para pedir permiso cuando, antes de que su mano hiciera contacto, una voz se dirigió a ella.

—Adelante... —dijo la voz con una musicalidad amistosa y tenebrosa a la vez.

Celia respondió abriéndose paso muy tímidamente al interior de la habitación. La improvisada oficina era extremadamente rara a la vista: una sala muy venida a menos con pisos de madera de pino - húmedos y astillados- que rechinaban con cada paso que se daba sobre ellos. Había un escritorio de acero muy moderno con la mesada de vidrio, la ventana detrás del mismo estaba tapiada y la

iluminación tenue y amarilla prevenía de un aplique antiguo sobre la pared y una lámpara de banquero sobre el escritorio.

—¡Celia, mi sol! Dichosos los ojos que te observan mi gallinita de los huevos de oro. Por favor, sentate.

—Buen día, Lían —saludó ella devolviendo los “halagos” con una leve sonrisa al elevar el extremo derecho de la comisura de sus labios.

—¿Cómo estás? ¿Te sirvo algo para tomar?

—No, gra... —comenzó a decir Celia antes de ser interrumpida de nuevo por su interlocutor.

—Pero que modales los míos... Estoy preguntándote y eso no se hace. Te invito un trago... Mmmm..., sé que whisky no tomás, así que te sirvo un poco de Gancia batido. Bebida de mujeres —finalizó Lían mientras se daba vuelta y buscaba en el expositor de bebidas que tenía detrás. —Bien, contame qué tal tu semana —se dirigió a Celia mientras se apoyaba en el borde del escritorio entregándole la bebida y parándose frente a ella en un claro gesto que buscaba marcar la diferencia de “altura” entre uno y otro; entre jefe y “esclava”.

—Una semana como cualquiera, sin mayores sobresaltos —respondió ella intentando evitar detalles que pudieran comprometerla y con un tono que transmitía sumisión.

En algún punto resultaba muy extraño -y gracioso- el físico desgarrado y con aspecto débil de aquel hombre. Nadie que viera ese cuerpito por la calle imaginaría el poderío real que poseía. En los años de trabajo con Lían, Celia había encontrado sobradas muestras de las influencias de su amo y la manera de relacionarse con él había ido girando hacia una concienzuda sumisión de su conducta y a un sopesado raciocinio de cada palabra por decir. No le costaba para nada tragarse su orgullo porque, si bien nadie había sabido nada con certeza, algunas abruptas desapariciones de sus compañeras de trabajo por “mudanza de ciudad”, habían dejado lugar a grandes dudas.

Lían tomó la palabra.

—Con el pequeñito detalle que te atribuíste unas vacaciones que yo jamás autoricé ¿Cierto? —inquirió él con un claro tono de molestia que se contradecía con la sonrisita que entregó al final de

su enunciado.

—No, no fueron vacaciones, me sentía deprimida y no podía trabajar —respondió ella intentando provocar lástima.

—Explicate...

—No lo sé, de pronto comencé a sentirme mal, deprimida, sin ganas de vivir y la verdad no sé cuál fue la causa. De lo que estaba segura es que no podía trabajar, Lían. La última vez que atendí a un cliente en ese estado no me lubriqué porque no podía compenetrarme en la situación y terminé lastimada por no cortar la situación; por no hacerte perder dinero ni que los clientes se quejen... —mintió Celia duplicando la apuesta lastimosa y añadiendo el factor monetario.

—Entiendo... Mi gallina de los huevos de oro se enfermó y dejó de darme huevitos. Bien, en vista de esto que me contás no tengo más nada para decir; solamente que te mejores pronto. Digamos que... dentro de media hora. Y la próxima vez que dejes de trabajar y no me llames voy a buscar a esa hippie roñosa de tu amiga... ¡y le voy a arrancar las malditas trompas de Falopio con mis propias manos mientras disfruto de verla desangrarse!
—enfaticó Lían gritando desafortadamente.

Celia lo miraba, pero sus ojos ya no se fijaban en él, sino que estaban perdidos en algunas imágenes dentro de su cabeza en la cuales se desarrollaban situaciones insoportables de la que ella sería la responsable. Unas lágrimas se animaron a caer de sus ojos mientras ella seguía abstraída. Él se acercó suavemente y con un gesto irónicamente paternal le quitó, con el dorso de sus dedos, una gotita que corría por su mejilla.

—Necesito ir al baño... —dijo Celia con esfuerzo y súplica.

—¡Pero por supuesto, mi sol! Ya sabés donde está —respondió Lían con una amabilidad completamente fuera de contexto.

Ella se retiró de la sala haciendo un gran esfuerzo por caminar soportando el sismo al que era sometido todo su cuerpo. El miedo, la impotencia y el asco se revolvían en el estómago de Celia dándole un color afectivo a la situación. De pronto un espasmo en las piernas provocó que detuviera sus pasos frente a una puerta entreabierta a unos pocos metros del baño. Escuchó un sonido muy poco audible que interpretó como un gemido de dolor y, sabiendo que se arrepentiría de hacerlo, empujó la puerta. La curiosidad había tomado las riendas de su conducta y se hizo paso hacia dentro. El terror la derrumbó y tuvo que ahogar un grito con

su mano derecha al tiempo que intentaba sostenerse con la izquierda.

Una adolescente de no más de dieciséis años, a juzgar por su uniforme de colegio privado, estaba tendida sobre el suelo y arriba de un deteriorado colchón de espuma. Constantemente largaba quejidos de dolor y su cuerpo se movía torpemente intentando desasirse del sufrimiento. Estaba boca arriba y con los ojos perdidos observando a la nada en direcciones diferentes. Las piernas las tenía abiertas y las movía como si no tuviera ningún tipo de control sobre ellas. Celia se agachó e intentó mover la cabeza de la niña esperando que los ojos conectaran con los suyos. Nada de eso sucedió, ni siquiera tenía conciencia para reparar en la presencia de Celia. Ella se apartó horrorizada y al alejarse se dio cuenta de la falta de ropa interior. La habían drogado dejándola totalmente perdida en aquella sucia cama después de quién sabe cuántos clientes satisfechos.

La repulsa provocó la irrupción de un torrente de asco por su esófago al ver a aquella chica en ese deplorable estado; habiendo sido claramente abusada y drogada, posiblemente por haberse resistido a entregar su cuerpo. Fue tan fuerte que, una vez que controló la lava de su esófago, tuvo que enfrentarse al deseo de salir corriendo de aquel sitio. No podía dar lugar a sospechas. Con un esfuerzo supremo, Celia se acercó hasta la entrada de la oficina de Lían y con la mayor serenidad y displicencia informó que se retiraba. Tan solo un gesto con la mano fue la respuesta de aquél, y Celia salió de la Cueva a paso firme y sereno para acelerarlo una vez que estuviera fuera del alcance de las cámaras.

Una vez fuera, la imagen de la adolescente volvió sobre ella e hizo lo suyo en sus pensamientos. Una cachetada emocional cayó sobre sí: se vio a ella misma, en su época de colegio, en ese mismo y humillante estado.

La oscuridad cubrió su visión, las imágenes se apagaron y su cuerpo cayó sin resistencia alguna en la esquina del hotel.

Capítulo 17

17

Con una temerosa lentitud, Celia fue recuperando cada uno de sus sentidos. Al mover los dedos de su mano hizo contacto con la suave seda sobre la que reposaba su cuerpo, hasta ese momento inmóvil. Intentó darse vuelta, pero la debilidad que reinaba en ella y el punzante dolor que la maltrataba en la sien derecha terminaron por evacuar la voluntad. Con lentitud buscó abrir sus ojos, extrañamente secos, y al hacerlo, la imagen percibida fue completamente borrosa. La luz hizo de cuchilla y Celia apretó fuertemente sus párpados arrugándolos de nuevo. Su corazón comenzó a latir con mayor intensidad.

«¿Por qué no puedo ver...?!» —gritó para sus adentro acelerando el pulso. La extrañeza de estar en un lugar aparentemente desconocido, el miedo de haber estado a merced de vaya uno a saber qué loco o perverso y el terror ante la posibilidad de no volver a su casa se apoderaron de Celia. Sintió su boca seca, los labios cortados y muy costosamente logró tragar saliva. Luego respiró unas cuántas veces buscando relajar el cuerpo para darle lugar nuevamente al pensamiento.

«Lavanda...» —dijo tras detenerse en ese aroma que ambientaba la habitación. «Debería estar oliendo humo de combustión tendida sobre el asfalto y cocinándome por el sol» —pensó al recordar el momento de su desmayo mientras huía de La Cueva. Luego relacionó la lavanda con las sábanas de seda y creyó saber dónde estaba. Necesitaba abrir los ojos, confirmarlo y tal vez buscar las fuerzas para salir corriendo de allí en caso de que sus sospechas se volvieran más que eso.

«Tranquilízate, Celia... Controlá tus impulsos y pensá un poco más...»

Realizó un nuevo intento por abrir los ojos y esa vez pudo ver. Con los detalles que alcanzó a divisar, todo parecía indicar que su razonamiento había sido acertado. Decidió, sin lugar a dudas, que debía continuar con la aparente inconsciencia para mantener el manejo de la situación; el saber es poder. Y todavía necesitaba saber más.

Relajó su cuerpo y continuó una actuación de las más difíciles: mostrarse dormida y no despertar sospechas en su captor.

«¿Habrá sido Lían el que me trajo hasta aquí? ¿Qué querría? ¿Me habrán secuestrado?»

Unos pasos lentos y firmes esfumaron todas las preguntas de Celia mientras su cuerpo, tenso como nunca, dio muestras de un mal desempeño actoral.

—Te escuché darte vuelta —dijo el extraño de voz suave y con un tono tan apacible que contrastaba con toda la situación. —Imaginé que ibas a tener sed así que te traje un vaso con agua.

«¿De quién es esa voz?» —se preguntó Celia mientras continuaba inútilmente la simulación.

Una serie de ruidos la anotició que el extraño había dejado el vaso con agua en la mesita de luz y que, volviéndose hacia los pies de la cama, se sentó en una silla que estaba debajo del televisor. Todavía presa de la desconfianza se volteó con una lentitud característica y lo primero que decidió observar fue a su secuestrador.

Un hombre joven de cabello castaño, ojos celestes tan claros como el cielo, tez blanca y de cuerpo delgado la observaba detenidamente, como si le causara admiración y ternura a la vez

—¿Qué estoy haciendo acá? —preguntó inquisitivamente intentando aparentar las fuerzas que no tenía en absoluto.

—Es normal que te sientas desorientada... —comenzó a hablar aquel hombre para ser interrumpido bruscamente.

—Decime qué hago acá —arremetió Celia.

—Tuve que traerte —respondió él, al tiempo que se ponía de pie; Celia se asustó y retrocedió en la cama. —No, no... no te asustes. Te vi tirada en la calle, a media cuadra de acá. Estamos en el Hotel —continuó el hombre de mediana edad. —Caminaba por la calle cuando vi el momento justo en el que te desmayaste. Me acerqué, pero ya no respondías; estabas totalmente inconsciente. Te alcé y pedí permiso en el hotel para traerte hasta acá y que te revisara algún médico. En cuestión de minutos estuvo aquí el equipo de salud del complejo y como estaba todo en orden te dejaron descansando. Dejame decirte que no fue fácil hacerte entrar ni que te evaluara un clínico porque no te hospedas acá. Por suerte las influencias sirven de algo.

—Disculpame por haberte tratado mal... no sabía... —respondió Celia con voz entrecortada sintiéndose una idiota. Motivos le sobraban, pero no era sencillo que no se sintiera una desagradecida.

—No hay ningún problema. Supongo que no debe ser nada lindo

despertarse y estar en la habitación de un hotel sin saber cómo llegaste.

—Tampoco debe ser nada lindo que te agredan cuando has hecho algo desinteresado por otro que ni siquiera conocías —contestó ella bajando la mirada.

—Si esa es tu manera de decir gracias, las acepto —concluyó él mientras tomaba el vaso y se lo acercaba a Celia, quien ya se encontraba sentada en el costado del somier suite sobre el que había sido asistida. Ella asintió y bebió lo que se le ofrecía, para ese entonces sin dudar de las intenciones de quien tenía enfrente.

—¿Puedo saber el nombre de mi héroe particular?

—No califico precisamente como héroe, pero sí, podés. Me llamo Javier Del Ponte, soy escritor y estoy vacacionando por aquí en Piedramar hasta mañana a la noche que sigo de viaje.

Celia estaba anonadada, nunca había recibido un trato más amable por parte de un hombre que no haya sido el de su propio padre o del Ariel.

«Es escritor...» —pensó ella. Y el nombre de Máximo Weber se hizo presente con toda la intensidad que una idea puede adoptar en una persona. No sabía por qué, pero él estaba allí, en su cabeza.

—Señorita... —dijo Javier apoyando el saludo con un movimiento de mano para hacerse registrable ante Celia.

—Oh... Perdón, me abstraí por un momento. —se presentó y extendió su mano en gesto de saludo.

—¿Estás bien? ¿Necesitas que llamemos de nuevo al médico para que te examine? —preguntó Javier con un claro tono de preocupación por la muchacha.

—No hay necesidad, esto me pasa también cuando no ando durmiendo en las veredas, despreocupate. ¿Puedo hacerte una pregunta? —interrogó ella alterando el rumbo de la conversación.

—Si, por supuesto... —respondió intrigado.

—Prometeme que no vas a reírte ni tratarme de loca ¡Y mucho menos volver a preguntarme si quiero que llames al médico!

—Si quisiera cuidar mi salud me lo pensaría dos veces a eso —respondió dejando salir un par de carcajadas. —Decime, ¿qué es lo que querías

preguntarme?

—Bien, la literatura es algo que me apasiona, leo bastante y también suelo escribir algunas líneas; de cuentos cortos. Nada del otro mundo —mintió descaradamente Celia. —Por eso quería preguntarte algo al respecto.

—Compartimos una pasión, soy todo oídos...

—¿Nunca te sentiste parte de una historia? Me refiero a una novela, como si pertenecieras a un libro y toda tu vida dependiera de lo que otro escribe, como si cada tecla que se presiona en una computadora o se escriba en un papel va a determinar lo que haces, decís o pensás...

—Mmmmm... —dudó llevando los ojos al cielo. —No creo en el destino armado, me niego a hacerlo, de otro modo ¿qué sentido tendría vivir si todo estuviera dado desde antes de nacer? Por supuesto que nuestra voluntad no es lo único que cuenta porque hay muchas voluntades que a veces contraponen sus intereses, pero descreo totalmente en la idea de un escrito.

—¿Y en una novela? —insistió Celia.

—Ahí es otro cantar. Mis pobres personajes están siguiendo lo que escribo porque son creaciones mías. El destino lo dicto yo. Aunque, para ser sincero, muchas veces me veo seducido por la idea de que cuando escribo una historia y me encuentro con algo totalmente diferente a lo que había pensado, ellos mismos han incidido en el relato. ¡No sé hasta qué punto mis personajes no hacen lo que ellos quieren! —respondió riendo y elevando su mirada hacia la nada como si unas nubes de imágenes se hubieran creado por encima de sus narices.

—¿Decís que los personajes influyen en vos acerca de la historia y no te das cuenta?

—Al menos me gusta pensar eso. Hay cosas que no sé de dónde salen. Llamale inconsciente si querés. O también se puede pesar que ellos existen y quieren hacer algo diferente de lo que yo había planeado. ¿No te parece que es un tanto rara esta conversación?

—¿Porqué? Es filosofía de la literatura, ¡estamos filosofando! —se defendió ella logrando captar nuevamente la atención de su interlocutor para llevarlo a donde quería.

—Ciertamente, no hay razón para querer evitar que los hilos de una conversación se construyan solos. Sabés, a pesar de que yo le doy vida a mis personajes, pienso que ya existían desde antes. —recomenzó la charla Javier mientras Celia recibía esa frase con los ojos tan abiertos como si

con ellos pudiera escuchar.

—¿¡Cómo podría ser eso!?! —preguntó ella con entusiasmo.

Javier miró al ventanal y observó al sol que comenzaba a ocultarse cubriendo el horizonte con su tono anaranjado. La noche comenzaba a hacerse paso muy lentamente y él no pudo evitar contextualizar su pensamiento con un paisaje tan convocante.

—Yo soy todos mis personajes. Todos, y cada uno de ellos, tienen algo de mí, algunos más y otros menos, pero si los observo con cuidado, y me observo a mí, eventualmente puedo reconocer en ellos algo que me conecta de una manera inigualable. Rasgos.

Celia lo observaba asombrado sin poder enunciar palabra alguna, porque desde que Javier pronunció esa última frase, había comenzado a divagar por las profundas aguas de su mente.

«¿Será posible que Weber haya dejado algo en mí?» —se preguntó con las claras intenciones de poder responderse en algún momento.

—Ya es tarde, será mejor que vuelva a mi casa —dijo Celia cortando el silencio del momento. Javier asintió con la cabeza.

—¿Quieres que te alcance? —preguntó él con toda la cordialidad posible.

—No te molestes, me gusta caminar sola, es ideal para aclarar algunas ideas.

—Como prefieras, al menos dejame ser caballero y acompañarte hasta la puerta de calle.

—No voy a negarte ese placer, Javier —respondió Celia sonriendo.

Ambos bajaron en un silencio sepulcral por el ascensor del hotel, seguramente sumergidos en un vaivén de ocurrencias producto de tan profunda charla. No estoy seguro de qué fue lo que eso despertó, removió o descubrió en Javier, pero sí estoy seguro que por su mirada él ya no estaba en el mismo mundo que Celia.

—Muchísimas gracias por lo que hiciste —repitió ella acompañando lo dicho con un beso en la mejilla.

—No hay porqué, Celia —contestó Javier devolviendo el beso.

Ella irrumpió a caminar lentamente sin poder esfumar la imagen de aquel extraño que le había resultado, paradójicamente, tan confiable. El corazón se le aceleró, la incertidumbre y el terror comenzaron a correr

nuevamente por sus venas y cuando cayó en la cuenta de una verdad ineludible, quedó estaqueada en el medio de la calle. Dio media vuelta y se dirigió a Javier.

—¡Yo no te dije mi nombre! —gritó con vehemencia al vacío, lugar que hasta unos segundos atrás había estado parado el escritor que la auxilió.

||

Weber despertó de su sueño con una idea confusa pero simple para la historia y que le ayudaría a solucionar el desmayo de Celia. Un extraño la asistiría, la llevaría hacia su habitación del hotel para que sea evaluada médicamente. Luego, una vez que Celia se despertara, se despediría de él para no volver a verlo nunca más. Estaba convencido que aquello no le aportaba nada a la historia, que solo era un hecho aislado que no enriquecería en absoluto su novela, pero, por otro lado, tenía esta ineludible sensación de deber para con la escena. Ante su mínima duda escuchó a la voz de su conciencia decir: "Escríbelo...".

Se posó frente a la pantalla de su notebook, abrió el archivo y cuando el cursor comenzó a titilar inscribió, letra a letra, cada una de las palabras que le eran dictadas acompañando el proceso con una buena taza de café bien caliente y una pizca de whisky J&B.

Cuando Max puso el punto final la sensación ansiosa en el centro de su pecho desapareció. En ese instante levantó la vista y vio un hilo de luz escabullirse por la ventana.

Puedo jurar que él mismo juraría haberlo visto.

Capítulo 18

18

Mía había huido a hurtadillas de la casa de su amiga la noche anterior. Tenía en claro que sería muy dificultoso enfrentarse nuevamente a Verónica sin que las dos estuvieran bajo los efectos desinhibidores del alcohol. Besarla había sido tanto el acto más valeroso, por cuanto significaba poner de manifiesto el amor que sentía hacia su amiga, pero por otro lado hacía que la relación entre ellas cayera en una especie de situación bisagra, de clivaje, donde las posibilidades eran muy pocas y hasta previsibles. O bien Verónica se habría sentido ultrajada por la actitud de Mía y cualquier tipo de vínculo que hubo se despedazó luego de ese beso, o bien, en el mejor de los escenarios, podría haber sido el comienzo de una relación diferente. Mía, desesperanzada y casi sin dudar, se inclinaba por la primera de las opciones con la ilusión de que algo de aquella amistad pudiera recuperarse desde los escombros esparcidos por tamaña detonación.

«Si tan solo me hubiera podido contener...» —se reprochaba Mía, casi sin sentido, sabiendo que si pudiera volver el tiempo atrás hasta el momento inmediatamente previo al beso haría exactamente lo mismo. La cercanía con los labios de Vero la harían sucumbir de nuevo ante el deseo de acariciarlos con su propia boca.

Decir que era imposible que Mía dejara de pensar en Vero sería simplificar en extremo las cosas, utilizar un término que apenas sería digno para momentos como esos, momentos en donde el amor (o el desamor) acapara toda la atención de la persona transformando el mundo exterior en una pequeñez que apenas produce interés.

La cabeza aún le daba vueltas por los efectos del alcohol y fue necesario un sobre de efervescente para aminorar los síntomas. A pesar de eso, se le cruzó por la cabeza que el dolor físico resultaba preferible a la luz de posibles pérdidas. Caminó hacia la cocina arrastrando unas ridículas pantuflas rosadas mientras aún vestía su short para dormir y una camiseta que se ajustaba a su cuerpo que apenas velaba un gran busto sin sostén. Con su mano izquierda tomó el vaso de vidrio, mientras que con la derecha sostuvo a su ruidoso y movedizo estómago. Llenó el recipiente apenas por encima de la mitad y arrojó el comprimido al agua. El burbujeo propio de la efervescencia le capturó la atención por unos instantes hasta que con su temblorosa mano levantó el recipiente y bebió sin detenerse todo el contenido. Sintió un cosquilleo por su esófago. Una vez que tragó por completo la bebida, dirigió la vista hacia el celular. Se acercó, observó la pantalla y todo parecía confirmar su hipótesis: no había

ninguna notificación de mensajes ni llamadas. Vero seguía sin contactarse.

«¿Tendré que hablarle?» —Se preguntó sin razón, puesto que sabía que a partir de ese momento tenía que esperar, aunque muriera de ganas de no hacerlo.

//

En el mismo momento en que Weber soltó la última tecla comenzó a sentirse conflictuado, enmarañado en un enjambre de ideas por el rumbo, o el detenimiento, que estaba tomando su historia. Se sintió empantanado y a oscuras sin saber cómo continuar. Celia, por su parte, continuaba buscándole alguna explicación racional a la extraña desaparición de quien la había asistido, borrándose de un momento a otro. Estaba completamente convencida de que los cálculos de tiempo y espacio no daban para que, habiéndose dado vuelta, ya no pudiera verlo. ¿Habría sido un delirio propio del golpe, o se trataba de algo que estaba más allá de su comprensión? Todo era posible, si al fin y al cabo el mundo en que vivía era un mundo de novela.

¿Acaso no podría haber sido alguna idea de Weber no desechada completamente, resabios de escritura que pululaban por el mundo cuando el escritor sacaba sus manos de encima?

Resulta curioso que en esos momentos en que alguien se siente avasallado por hechos a los cuales no puede controlar, explicar, abordar o solucionar, se ve en la necesidad, casi como si fuera lo único para hacer, de ponerse en marcha con el modo de traslación más arcaico que se tiene: caminar. Todo parece indicar que el movimiento de las piernas simboliza de alguna manera ese “poner a funcionar la cabeza” tan necesario en situaciones estresantes. O incluso más, ¿quién no ha deseado durante una caminata que el tiempo retrocediera para evitar, cambiar o posponer acciones que lo llevaron a momentos de mucho sufrimiento y dolor? Con cada paso pensamos, repasamos o revivimos, una y otra vez, la misma situación, como si la repetición de lo mismo fuera a dar diferentes resultados. Usualmente imaginamos distintas resoluciones basadas en el fantasioso deseo de cambiar el pasado y, por ende, alterar la situación presente. Así se sentía Celia mientras recorría la distancia que la separaba de las puertas del hotel a la entrada de su casa. El conflicto tenía varios nombres: Ariel, Lían, Javier y Verónica. Cada uno representaba un dilema que se entrelazaba con otros y en el cual las posibles soluciones aparecían a modo de balanza: algo se ganaba y algo se perdía. En el caso de Javier la cuestión giraba en torno al misterio que encarnaba aquel hombre que acababa de conocer, pero que sentía tan cálido y familiar. Una frase particular aun deambulaba en la memoria de Celia: “No sé hasta qué punto mis personajes no hacen lo que ellos quieren”. Esta idea que introdujo Javier suponía para ella la posibilidad de

elegir más allá de Weber, lo cual la situaba en una posición de mayor responsabilidad, nuevamente, problemática por las puertas que abría.

Por otro lado, Ariel, implicaba la disyuntiva entre dejarse llevar por los recientes sentimientos o continuar rechazándolos hasta que él desistiera de ella. En el primero de los casos la cuestión recaería en Lían, quien en algún momento se cobraría la garantía de lo que ella no trabajase, lo cual se convertía en una situación inconciliable para Celia. Una persona más se agregaba en la ecuación conflictiva: Vero. La manera de proceder de Lían consistía, sencillamente, en desquitarse asesinando a una de las personas más allegadas de su trabajadora en rebeldía. Con ello lograba asegurarle al rebelde una subsistencia de culpabilidad y miseria por la muerte de un ser querido y el sufrimiento consecuente de perder a esa persona para siempre. Además, llegado ese punto, Lían privilegiaba el goce de su poder ante el dinero.

«¿Cómo se puede ser feliz si por cada elección las pérdidas superan con creces a las ganancias? Una salida, que no es una salida, sería mantener el trabajo, ocultarlo a Ariel y con eso mantener viva a Vero. ¿Podré sostenerlo sin fallas?» —Pensó Celia sin siquiera barajar la idea de enfrentar a Lían.

Una situación de lo más trivial como ver a dos mujeres caminando por la calle, aparentemente amigas, despertó nuevamente el temor por la posibilidad, remota e ínfima pero posible, de perder a Verónica. La idea incluía la muerte, algo que resultaba inconciliable para Celia. Experimentó como su estómago se estrujaba, experimentó el vacío y un fugaz ahogo por falta de aire. Era demasiado para soportar ella sola.

«Se lo voy a contar...» —se decidió Celia pensando que quedarse sin la amistad de Vero era un precio mucho más barato que perderla a ella en manos de un perverso como Lían.

—¡Tengo que hacerlo! —se dijo con vehemencia, pero en voz baja, lo que no impidió llamar la atención de un anciano señor que pasó a su lado y la miró entre confundido y alerta.

Contarle a su amiga el modo en que ella había quedado atrapada con Lían, y de qué manera eso la había involucrado era, no solo la opción más viable para encontrar una hipotética resolución, sino que también correspondía a una actitud de valerosa sinceridad para con Verónica.

Una vez que su decisión había sido confirmada varias veces comenzó a recorrer con presuroso paso las escasas dos cuadras que la separaban de su casa, arrastrando una sensación de ansiedad que le golpeaba el pecho con intensidad. Todas las palabras por decir se le habían atorado en la

garganta.

Ralentizó sus pasos y aplomó su respiración intentando prepararse para un momento al que era imposible llegar listo. Seguramente, cuando tuviera enfrente a Vero, su enunciación trastabillaría intentando seguir la misma fluidez que su pensamiento. En este punto, lo inevitable era el abarrotamiento de palabras entre el pecho y la garganta.

No iba a retroceder, no podía hacerlo, sin embargo, retrasaba lo impostergable solamente por el temor al enfrentamiento. Apoyó su mano sobre el picaporte, respiró hondo y se abrió paso hacia dentro.

— ¿iDónde carajo estabas, si se puede saber!?! —atropelló Vero sin siquiera esperar a que Celia terminara de cruzar la puerta de calle.

—Tuve un inconveniente, ahora te voy a explicar —se defendió Celia.
—Dejame ponerme las pantuflas al menos —finalizó con nerviosismo.

En ningún momento de la caminata a su casa puso reparo en las diez llamadas perdidas, y algunos otros tantos mensajes, que le había enviado Verónica preocupada por su paradero.

— ¡Rápido! —ladró, y se quedó parada moviendo de un lado a otro la cabeza siguiendo con la mirada los pasos de Celia. Durante el escrutinio visual que le realizaba, Vero distinguió que la remera de Celia estaba rasgada y sucia en la espalda y en el costado derecho. Ver eso la hizo retroceder con el tono inquisitorial y de su postura en reproche para verse atravesada por la preocupada intriga de lo que pudo haberle sucedido a su amiga, aunque tenerla en frente sin ningún tipo de daño aparente ya era un alivio.

— ¿Qué le pasó a tu remera? —preguntó Vero con creciente suavidad y sin poder ocultar su preocupación.

—Para llegar a la remera falta bastante. Sentate, tengo que empezar la historia desde el principio —respondió mientras veía un rostro confuso en quien la escuchaba.

Vero no respondió, y con la mirada puesta fijamente en su interlocutora, se sentó en el sillón esperando que Celia no dilatara más el relato, porque se le dificultaría no poner en marcha a su imaginación. Escuchó unas fuertes inhalaciones y exhalaciones de parte de Celia. Ciertamente estaba haciendo un esfuerzo por dar comienzo a la palabra.

—Como vos sabés, en aquel tiempo en que mi madre nos abandonó a mí y a mi papá, todo fue cuesta arriba para mantener la casa. El trabajo en la cantina del colegio me hacía dificultoso todo el cursado y fue ahí que conocí a este tipo. En aquel entonces era un pendejo como yo, pero muy

ambicioso, de esas personas que poco le importa lo que se le interponga en el camino hacia sus objetivos. Además de avasallador era bastante seductor también. —Vero suspiró molesta y Celia continuó evitando acrecentar ese sentimiento. —En fin, me ofreció este trabajo. Al principio para mí fue un gran juego, tenía relaciones sexuales con mis compañeros, me pagaban— lo suficiente para equiparar o superar el sueldo de la cantina, trabajaba muy poco tiempo y cuando yo quería. Digamos que todo marchaba “excelente”. No dimensioné en lo que estaba metida y cuando lo hice, ya no podía salir. Al poco tiempo de empezar ya estaba cogiendo con profesores y con algún que otro conserje, la plata seguía viniendo y cada vez en mayor cantidad, tanta que me obnubiló. Poco tiempo después murió mi padre... —finalizó momentáneamente con una voz entrecortada y menos audible.

Celia se esforzó por retomar su testimonio, pero nada salía de sus labios.

—Reina... si te hace mal no tenés que hablar ahora, puedo esperar...

—No, tiene que ser ahora —respondió elevando nuevamente el rostro mostrando sus ojos humedecidos. —Sabía de la depresión que cargaba consigo y no estuve con él, solo me preocupé por el dinero. Hoy puedo ver que era una estupidez y que él solo estaba interesado en que yo pudiera terminar los estudios sin problemas. ¡No tenía necesidad de trabajar, Vero! Fui una pendeja —confesó Celia. —Cuando se murió sentí que se me partía el pecho al medio. La idea de otro abandono se instaló diciéndome que yo era la culpable de todo. Si hay algo de lo que no podés huir es de tus emociones y de tus pensamientos, es por eso que trabajar más y más fue la única salida que encontré para eludir mi tristeza. Las primeras semanas estaba destrozada, a tal punto que las piernas y los párpados pesaban toneladas. En esas situaciones sentís que no hay más nada por qué vivir, que el poco sentido que la vida tenía, y que estaba en los lazos, se marchitó como un pétalo caído cuando perdí a los dos más importantes. No sentía el deseo de vivir. Era como si el fuego de la vida hubiera sido arrasado por una húmeda ventisca —relató Celia ante la atenta mirada de Vero que por primera vez estaba escuchando algo que a duras penas llegó a conocer hasta ese momento.

—Lían me ofreció en ese momento un “préstamo”, él me daba una suma de dinero considerable para abonar todo lo que me demandara el servicio de sepelio y el resto era para que me pudiera mantener durante un tiempo hasta que pudiera volver a trabajar. Por supuesto que, en ese momento y con todo el dolor y la confusión de una situación así, me vi impedida de ver en lo que me metía. Y él, como un maldito y genio perverso, lo armó bastante bien. No solo conmigo, sino con muchas otras chicas a las cuales atrapó de similar manera. Ese préstamo fue imposible de pagar, las condiciones requerían que lo saldara por completo, y por cada año que no se pagara, la suma aumentaba en un quince por ciento al monto total. Nunca pude juntar lo suficiente para saldarlo a pesar de recibir clientes todo el día. Ahí fue cuando Lían, viéndose totalmente

seguro en la situación, me dijo que si no lo iba a abonar iba a tener que trabajar para él todo el tiempo que me solicitara, y que de cada trabajo debía dejarle un cinco por ciento más de lo habitual. Pero todo no terminaba ahí, él mencionó una "garantía".

— ¿Garantía? —preguntó Verónica confundida.

—Sí. En caso de que yo dejara el trabajo antes de que él me soltara, mi persona más allegada iba a morir en sus manos para hacerme vivir a mí con la responsabilidad de lo sucedido. Era su manera de saldar las cuentas cuando alguien se le salía de sus redes.

Celia irrumpió en llanto.

— ¿Quién es la garantía, Celia?

— ¡Vos! —gritó en medio de un desgarrador mar de lágrimas.

Verónica se levantó de la silla con la mirada enfuegueda (permítanme el neologismo), la lentitud con la que se movía eran tan solo un prelude que indicaba que lo que estaba por venir se asemejaba al coletazo de un huracán. Apenas estuvo lo suficientemente cerca de Celia, y sin mediar palabra alguna, lanzó su brazo derecho con una velocidad asombrosa. Sin siquiera pestañar ni correr la mirada de su objetivo, Verónica golpeó la mejilla de Celia con la palma de su mano.

Acto seguido, y acompañada por los gritos de imploro de Celia, Verónica abalanzó su cuerpo sobre la humanidad de la otra mujer propinándole rápidos y reiterados golpes con las palmas de las manos -y a veces con los puños- los cuales a esas alturas no tenían la intensidad del principio. Con cada golpe se oía a Verónica vociferar: "¡Sos una idiota, una maldita idiota!"

Un tirón de pelos, como único acto de defensa por parte de la insultada, dejó a ambas mujeres tendidas sobre el parqué, inmóviles y sin siquiera mirarse.

—Sabía que me ibas a odiar después de que te lo dijera, tenía terror de perderte, Vero, y lo más doloroso es que estoy confirmando mi miedo —dijo la querellada entre sollozos.

—Tenés razón, podés perderme. ¡Pero por imbécil!

—Nunca imaginé que Lían iba a hacer algo así, no lo imaginé. Perdón... —rogó Celia con una voz casi inaudible.

—No me interesa eso, Celia. ¿Tan ciega podés ser? —respondió Vero con

un claro gesto de disgusto.

— ¿Cómo...? —devolvió ella avasallada por la confusión que se dibujó en su rostro.

—Todo confirma tu idiotez. No me molesta que hayas puesto en riesgo mi vida por un momento de poca lucidez; me pone furiosa que me lo hayas ocultado y no me permitieras ayudarte para resolverlo. Si esto lo tomábamos desde un principio podríamos haberlo terminado y seguramente hubieras dejado de abrir las piernitas para mantenerte. Y no me hagas explicarlo de nuevo porque de la ira que tengo te destrozaría la carita ahora mismo.

—No puedo hacer más que pedirte disculpas...

Verónica había entrado en un silencio sepulcral. Parecía haberse ido del mundo, ingresado en un trance directo con el oráculo de Delfos o en diálogo con las Moiras griegas del destino.

—Es parte de la trama... tal vez uno de los nudos más importantes. Creo que no había manera de que me lo dijeras con anticipación. Weber no tendría libro —razonó Vero con mesura. —Pero de alguna manera te desataste de ese imposible. ¡Nuevamente tenemos un punto a favor, Celia!

Ella dibujó una pequeña sonrisa en su rostro ante las palabras de Vero.

—Empezá a hablar sobre este Lían y su "negocio" —finalizó Vero.

Capítulo 19

19

Celia pensó que los golpes que había recibido por su propia idiotez eran un precio bastante bajo por la cantidad de problemas que engendró con sus malas decisiones. Seguramente hubiera sido mejor deberle dinero a Vero que a Lían, pero como habitualmente ocurre, los pensamientos coherentes se toman su tiempo.

—Lían siempre fue un hombre seductor, mucho más en los momentos en que no tenía el poder que tiene hoy en día. Muchas de las mujeres que actualmente trabajan para él lo hacen endeudadas. Cayeron de una manera muy similar a la mía. Nadie puede pagarle y de esa manera las mantiene atrapadas en su red. Hoy a la mañana recibí su llamado, estaba totalmente furioso por el tiempo que no estuve trabajando. Me citó en la cueva, que es su centro de operaciones, una casa que aparenta estar abandonada por el aspecto exterior. Hay una cámara en el ingreso y otra que filma la esquina. La puerta siempre está vigilada por soldaditos armados que controlan el acceso. Hasta donde yo tenía conocimiento, Lían siempre se manejó en el ambiente de la prostitución, Sin embargo, lo que vi hoy me destrozó. Fue atroz. Tenían a una adolescente, de apenas dieciséis años, totalmente drogada; casi inconsciente, tal es así que ni siquiera se percató de mi presencia. El cuerpo le daba espasmos, y en el momento en que uno de esos movimientos involuntarios la dejó con las piernas abiertas, vi que estaba sin ropa interior y con todos los signos de haber sufrido abuso sexual. Si bien siempre incluyeron en su negocio la prostitución adolescente, jamás había visto una escena semejante ¡Esa chica estaba con una peligrosa sobredosis, vaya uno a saber de qué maldita sustancia! —dijo Celia reprochando al aire.

—Esto es jodido... ¿Todo pasó mientras Weber lo relataba cierto?

—interrogó su amiga.

—Sí... —respondió ella cercana al punto del quiebre emocional mientras intentaba abstraerse de la imagen de aquella bella adolescente con su vida arruinada por una basura como Lían.

—Por lo que entiendo hasta el momento, Weber va a involucrarnos con esta gente. Posiblemente, toda esta trama de narcotráfico y prostitución se relaciona con nuestra muerte. Se podía intuir que estaban implicados en el negocio negro de las sustancias blancas, sin embargo, lo que vos me estás contando de esta chica da toda la impresión que se están manejando con un grado de impunidad y protección muy alto, como si tuvieran en el bolsillo a funcionarios y policías. ¿Experimentar con

adolescentes? Esto va mucho más lejos de lo que imaginamos en un momento.

—Vero, lo que pasó en el colegio no es nada aislado, es parte de todo este sistema de Lían, estamos metidas hasta el carajo... —respondió Celia bajando la mirada. Unos segundos después miró a Vero. — ¡Creo que es hora de que empiece a conversar con algunos contactos! Acompañame, tenemos que ir hasta la comisaría.

—Evidentemente hay algo más de lo que no estoy enterada a pesar de ser garantía en un contrato de estafa...

—No puedo darte todos los detalles de mis clientes, Verónica...

—Espero que esto no nos traiga más problemas —remató ante una Celia que le hacía una mueca burlona.

Ambas rieron, aunque más por nerviosismo que por divertimento.

Vero se encaminó hasta la cocina a buscar las llaves del auto mientras Celia se dirigía hasta el garaje. Caminando hacia el auto, Verónica alcanzó a ver a Celia con su Jean blanco agachándose para tomar con sus manos el portón. Admiró los glúteos y la cintura de aquella mujer, los cuales se le antojaron tan naturales como sexys. Pensó que no habría una mirada que no se fugara sobre su atractiva feminidad. Mientras apreciaba la figura de su co-protagonista y observaba con lujuria el trasero de su amiga, su pensamiento estaba siendo redirigido a otra persona: Mía. De una manera loca y sorprendente, la imagen de la mujer que le había robado un buen beso se hizo presente sin su permiso. A pesar de la intensidad de las extrañas emociones e ideas, pudo volver al mundo y retomar su camino hasta el automóvil.

— ¿Vamos, corazón? ¿O te tengo que tirar de la cintura para que te sientes? —le espetó Celi.

—Perdón, ya volví. ¿Vamos? —respondió sentándose. Recuperando el control de sí misma, dio marcha al auto y se pusieron en camino.

— ¿Me vas a contar quién es esta persona?

—Un amigo... —respondió Celia manteniendo el misterio, más por diversión que por el deseo de ocultar.

—Dudo que vayamos a ver a un amigo tuyo, y si así lo fuera no nos ayudaría únicamente por amistad —replicó Vero con un tono que indicaba, indefectiblemente, que la pérdida de la paciencia iba en crecimiento. Celia se percató de eso y comenzó a hablar luego de reducir al mínimo el

volumen de la radio.

—Antes de conocerte tuve de cliente a un policía. Su nombre es Mirco. Por aquel entonces yo recién comenzaba a trabajar y la verdad que el lugar de V.I.P. no me lo había ganado aún. La llegada de Mirco fue muy extraña. Hasta el momento pensaba que todo lo que me traía la prostitución eran hombres desagradables, feos, maleducados, incluso hasta malolientes. Sin embargo, cuando apareció él esa idea se vino abajo. Era la gran excepción. Ver a un hombre de gran físico, que me saludara, me preguntara cómo estaba y que no me tratara como una puta caliente -tal como hacía la clientela habitual- fue algo que me conmocionó.

— ¡¿Te enamoraste?!

—Hasta ese momento no, pero si era algo increíble tener sexo con él, realmente lo disfrutaba y un buen día tuve un desliz.

— ¿Cuál? —interrogó Vero con una intriga que le adjetivaba el rostro.

—Dejé que me besara, no se lo impedí. Después de esa vez él comenzó a ser más habitual de mí y mis servicios, y poco a poco nos fuimos dando cuenta que la cosa iba virando. Ya no parecía ser la relación de una prostituta con un extraño. Hablábamos antes y después de tener relaciones, le dije mi nombre real. Incluso una vez sucedió que ni siquiera llegamos a desnudarnos. No tuvimos sexo, nos la pasamos todo el tiempo hablando de la vida. Ese fue uno de los últimos encuentros que tuvimos y la última frase de ese día fue mía. Lo recuerdo muy bien. Mirco me preguntó si alguna vez pensé en abandonar el sexo como trabajo y unirlo al amor con un solo hombre. Distinguí en su mirada la verdadera pregunta. Él quería ser ese hombre, y yo quería que lo fuera, pero mi respuesta lo dejó perplejo. “Es lo que más deseo, pero no me es posible abandonar este juego.” Cuando me preguntó porqué, tuve que contarle, no podía ocultárselo. Mirco me desnudaba y no solo en el sentido literal, cualquier intento de ocultarle mis sentimientos o pensamientos fracasaba frente a su mirada.

— ¡Esta mierda de Weber te está cagando la vida! Cada vez que la felicidad está cerca te la arrebató de la manera más cruel posible

—respondió Vero un tanto enojada mientras golpeaba el volante. El sonido de una bocina la sacó del momento de furia. Había sido ella misma con un puñetazo.

—En fin, otra relación que no prosperó. Lo interesante es que no siempre se trataba de Weber relatando, también ocurría cuando estaba desatada. Mirco entendió todo lo que yo le había contado. Pasado un tiempo volvimos a contactarnos, pero desde ese momento solo fue una relación de amistad, habida cuenta de que lo nuestro estaba signado por la marca de la imposibilidad. Dentro de su trabajo ha buscado incansablemente, y

siempre con el mayor sigilo posible, los rastros de la red en la que estoy metida. Hace al menos un año que no hablamos, pero supongo que aún debe seguir investigando. De hecho, para confirmarlo, estamos yendo ahora a verlo.

Capítulo 20

20

Por unos cuantos minutos, tanto Celia como Verónica, permanecieron en un incómodo silencio observando sin ninguna importancia el paisaje que fluía a los costados de la avenida principal. De un lado, el mar golpeaba contra la orilla suavemente dejando un rastro de sal con su huida. El panorama se les antojó sublime con el tono rojizo del cielo teñido por el sol en proceso de huida. Al otro lado, los negocios y las casas eran mayoría, salvo por algunos escasos edificios de baja estatura.

— ¿Me vas a contar qué es lo que sucedió con tu remera? —inquirió Vero.

—Sí claro, sólo si vos me contás qué es lo que pasó anoche. Escuché a Mía irse de madrugada.

— ¡¿Estabas espiándome?! —gritó Verónica enfurecida.

—Pero, ¿qué decís? No podía dormir por lo que habíamos charlado. Seguía pensando en Weber —respondió Celia mirándola con fuerza para luego reclinarsse sobre el asiento y evitar la mirada de su amiga.

—Perdón, es que no es algo que tenga en claro... —respondió Vero ante la inmediata sonrisa de Celia que indicaba la aceptación de las disculpas.

— ¿Cómo que no lo tenés en claro? —interrogó Celi con el ceño fruncido.

— ¿Podés contarme lo que te pasó a vos? Yo aprovecho para aclarar mis ideas.

—De acuerdo. Pero no te vas a escapar.

—No pienso hacerlo, cariño.

Celi asintió mientras ella volvía la mirada hacia delante y se disponía a escuchar el relato de su amiga.

—En el momento en que salí de la cueva me sentía realmente abombada, la cabeza me daba vueltas y las náuseas me dominaron. Era demasiado. Las amenazas de Lían y el miedo por

vos, la chica drogada y violada en esa habitación, y por si fuera poco, el calor y la humedad de la calle. Lo último que recuerdo antes de desmayarme fue sentir que la vista me abandonaba dejando todo negro al tiempo que mi cuerpo comenzaba a caer. El golpe no lo recuerdo en absoluto, por lo que creo que ya estaba totalmente inconsciente cuando caí al suelo. Luego desperté en la habitación del hotel Punta de Piedra, el que está a la esquina de la cueva. Al principio estaba asustada, imaginaba que me habían secuestrado o que los matones de Lían me forzarían a atender otros clientes en esa habitación. Todas historias bastantes retorcidas, pero al fin y al cabo mi vida es una historia retorcida así que cualquier cosa podría llegar a ser. En fin, un tal Javier Del Ponte, escritor que estaba de paso por el pueblo, me rescató de la calle.

Vero observaba fijamente hacia delante con los ojos abiertos de par en par escuchando atentamente a Celia y balbuceando sonidos inentendibles.

— ¡Ay, menos mal que estás bien...! Te juro que me da miedo solamente pensar que algún desquiciado te hubiera levantado.

—Bueno, resulta que, aunque yo creía que podía llegar a ser un perverso mientras estaba recostada en una cama de dos plazas con sábanas de seda y dos almohadas en mi nuca, este hombre se apareció con un vaso de agua, una mirada dulce y con las palabras justas.

—Gracias, a lo que sea, que te encontró ese tipo. ¿Creés que todo pasó bajo los hilos de Weber? —preguntó Vero realmente intrigada.

—No lo sé, fue extraño.

— ¿Cómo que extraño? Es decir, si él escribe, los hilos nos atrapan. Ambas sabemos muy bien eso. Podemos ver los hilos sin que nadie más los vea, y a veces lo escuchamos al maldito.

—Lo sé, Vero, pero fue realmente una sensación extraña esa escena, no creo que haya sido Weber porque no había hilos, no experimenté esa atadura, sin embargo, hay cuestiones que no cuajan.

— ¿Más rarezas? Esto se torna demasiado confuso.

—Sí. Estuvimos conversando acerca de los libros y los personajes.

Ya te dije que ese hombre era escritor.

—Sí, recuerdo —repuso Vero.

—Bien. Le pregunté si en algún momento se sintió parte de una historia, como si todo lo que hacía decía o pensaba dependiera de quien escribía esa novela. Me respondió que no creía en el destino, en el sentido de un camino trazado que uno sólo debe transitar. Sin embargo, me comentó que cuando se sienta a escribir a veces tiene la sensación de que sus personajes crean la historia por él, como si hicieran lo que quisieran por fuera de su voluntad.

— ¡¿Eso dijo?!

—“A veces tengo la sensación de que mis personajes hacen lo que quieren”, palabras más, palabras menos.

—Muy interesante... □respondió Vero quitando la vista de la avenida y observando la expresión de Celia al contarlo.

Ambas saltaron del susto cuando una bocina extremadamente aguda les penetró en los oídos. Al parecer un motociclista enojado estaba anunciándoles de que el semáforo ya estaba en verde.

— ¡Lesbianas de mierda! —insultó el conductor mientras pasaba al lado de la ventanilla y se alejaba a toda velocidad frente a los ojos de ambas amigas que se quedaron con la respuesta en la boca.

Verónica, lejos de reaccionar, quedó sumida en sus pensamientos, cuyas direcciones iban en línea recta hacia el nombre de Mía.

— ¡Nena! —gritó Celia ante la mirada abstraída de su amiga.

— ¡Carajo! —repuso Vero pisando el acelerador ante todo un concierto de bocinazos.

— ¿Estás bien, mi vida? —preguntó Celi preocupada.

—Sí, sí. Tan sólo un cuelgue. ¿Qué me estabas diciendo?

—Bueno, después de esa interesante conversación, seguí dándole vueltas al asunto pensando mucho acerca de nuestras posibilidades del torcer de alguna manera la escritura. Ah, por cierto, también tuve que contenerme de tirarme en los brazos de Javier y llevarlo a la cama.

– ¡Celia! – espetó Verónica.

– ¡Bueno! Era más fuerte que yo. Te juro que era algo compulsivo, casi inmanejable. Lo miraba y tenía la idea fija de conocerlo de antes, como si se tratara de un familiar.

– Tenías razón, todo se torna confuso...

– ¿Me vas a dejar terminar de contarte?

Vero se encogió de hombros y Celia continuó con su relato.

–Como te decía, me acompañó hasta la puerta del hotel y, después de saludarlo y agradecerle, él me responde: “No hay porqué, Celia”.

–Sí, los buenos modales están en extinción, pero no me resultan lo suficientemente extraño, mi sol.

– ¡Jamás le había dicho mi nombre, Vero!

Su amiga clavó los frenos de una manera estrepitosa y estacionó el auto. La miraba fijamente y un poco aturdida por la revelación. Durante unos cuantos segundos no le quitó la mirada de encima.

–Vero...

–Celia, ¡¿y si Weber nos mandó ese personaje para decirnos algo?! Para que podamos escapar de la muerte...

– ¿¡Weber!?! ¿Por qué haría algo así? ¿Por qué sería tan como para arruinar su propio argumento?

–No lo sé, Celia. Pero si metió a ese escritor en la historia es por algo, y tal vez ese algo esté en las respuestas que te dio. ¿¡Y si estamos dentro de una especie de bucle!?! ¡Tal vez en este bucle no existe diferencia entre la realidad y la ficción!

//

Luego de que Celia le confesara a Verónica la verdad acerca de su trabajo y todo lo que conocía sobre esa red de prostitución y tráfico de estupefacientes, comenzaron a idear una manera de poder salirse de ella sin que Lían se cobrara su garantía.

Celia recordó a un ex cliente -o amante- llamado Mirco. El hombre en cuestión era un oficial de policía que, por sus afinidades sentimentales con la prostituta del pueblo, podría llegar a

brindarles alguna ayuda o información valiosa en la proeza. Ambas se pensaban atrapadas, sin ningún tipo de salida ni posibilidad alguna de revertir la situación en la que se encontraban. Sin embargo, poder contactar con alguien que poseía habilidades para la defensa y un arma de fuego, además de información y contactos, les otorgaba una mínima esperanza de lograr la salida. Una esperanza mínima, porque tenían en claro ese dicho que versa: "De la mafia solo se sale en una bolsa de plástico" sería practicado sin problemas, y más aún, con gozo, por Lían y sus soldados.

Ambas se habían puesto en marcha subiendo al destartalado vehículo y comenzaron a recorrer la distancia que las separaba de la estación de policía. Durante el camino, Celia le relató a Verónica los por menores de un nada común encuentro con el extraño escritor que la había asistido luego de su desafortunado encuentro con la acera.

//

Weber alejó sus manos del teclado y suspiró relajado luego de sentir la imperiosa necesidad de plasmar en su texto algunas palabras que habían caído en su mente. Sintió pena por sus dos personajes; por sus dos creaciones, sabiendo que el final de su historia las tenía a ambas en un destino trágico trazado por él.

Un enjambre de hilos dorados se desvaneció por detrás de Weber sin que pudiera percatarse de ello. Al poner el punto final de ese capítulo tan sólo rechinó los dedos, caminó hacia la cocina y se sirvió un vaso de Whisky para luego dejarse llevar por sus alcoholizados pensamientos e idear la continuación de su último trabajo, al cual había titulado "Submundos en el paraíso".

A medida que su res-extensa se embriagaba, la res-cogitans cedía su imperio a la dimensión inconsciente. Nombres y vagas ideas comenzaron a hacerse presente a medida que la bebida generaba, cada vez más intensamente, ese efecto de aflojamiento de las barreras culturales y permitía el hilado de cualquier tipo de pensamiento, por más indecoroso que fuera. Los nombres de Celia, Ariel, Javier y la imagen de su madre comenzaron a aparecerse, sumiéndolo en un huracán de confusiones y sentimientos angustiantes.

Máximo Weber había logrado, con el éxito de sus libros, hacerse de contactos muy poderosos. Siempre supo que debía tenerlos cerca y tocarlos cuando fuera realmente necesario. Con el tiempo, el dolor por el asesinato nunca descubierto de su madre creció hasta decidirlo a telefonar a los muchos "amigos poderosos" con

los que contaba. Por desgracia no resultaron ser tales: algunos no tan "amigos" y otros, no tan poderosos. Sin embargo, un comisario de la policía le permitió, por la admiración que sentía hacia Máximo, hacerse con una copia del archivo. Además de eso le comunicó algo de información confidencial que no tenía ningún tipo de registro oficial. Aparentemente, Morgan había sido asesinada por el hijo de un conocido y poderoso mafioso y prestamista de dinero que se había obsesionado con ella. Según las pericias médicas, Morgan había sido violada antes de asesinada. Los detalles del informe indicaban que la penetración vaginal habría sido consentida, dada la falta de rotura de los filamentos del tejido. Sin embargo, en la zona anal, se habían detectado importantes desgarraduras del perineo posterior, lo que sugería violencia y falta de consentimiento. Finalmente, los moretones en los pechos que se registraron fotográficamente manifestaban algún tipo de fijación y alevosía, incluso post-mortem.

Por aquél entonces, Max estuvo a punto de quemar la fotocopia del expediente para deshacerse de todo ese cúmulo de información dolorosa. Al final se dio cuenta del sin sentido de esa idea. Todo lo que vio y leyó estaba grabado, tallado en su memoria de una manera imborrable.

Todas nuestras experiencias se graban a modo de trazo, marcan nuestra historia y escriben nuestra personalidad. Intentar borrarlos es el inútil acto de querer cambiar un pasado que, por definición, es inmodificable. Y aunque no lo fuera, borrar los trazos es borrarlos a nosotros mismos. Max entendió, como el escritor que era, que los trazos estaban allí, y que solo restaba trascenderlos. Comprendió que la historia está compuesta de palabras, de discurso, y que por eso mismo podría re-escribirse su significación partiendo de esos mismos trazos; una nueva vuelta que marcará otra manera de leer lo trazado.

Capítulo 21

21

Celia le indicó a Verónica que estacionara el auto a una distancia prudencial de la Estación de Policía. Ella accedió sin solicitar razones. Inmediatamente, Celia se hizo con su teléfono celular y envió un mensaje a Mirco.

Transcurridos unos cuantos minutos, durante los cuales el silencio se había vuelto casi insoportable, la figura fortachona del oficial apareció junto a la ventanilla. Hacía mucho tiempo que sus miradas no se cruzaban, por lo cual, durante ese segundo en que sus ojos se conectaron, lo sintieron como una preciosa eternidad. Posiblemente miles de imágenes hayan transcurrido en cada uno, recordando sus noches de encuentro y los afectos que pululaban en ellos. Cuando el pecho de Celia estuvo a punto de explotar, bajó la mirada y exhaló con rapidez.

—Buenas tardes, señorita... —saludó él convocando nuevamente a la mirada.

—Señoritas, en plural, oficial... —protestó Vero ante la sorprendida mirada de Celia. Mirco sonrió y dio los saludos correspondientes.

—No está mal reír un rato antes de saber con certeza qué es lo que te trae, ¿cierto? Porque supongo que no debe ser nada bueno.

—Afirmativo, oficial —respondió Celia con una sonrisa que se desdibujó rápidamente ante el recuerdo que motivó el encuentro.

—Te escucho...

—Tuve una reunión con Lían. Más allá de las recriminaciones por no haber trabajado lo suficiente, tuve la desgracia -para mí- de encontrarme en una habitación de La Cueva a una adolescente drogada y con señales de abuso. Al menos de haber sido penetrada en varias ocasiones.

—Dejame adivinar: esta chica estaba de uniforme y era del colegio Locke... —dijo Mirco con desazón.

—Pero.... ¿Cómo?

—Es la sobrina del diputado Theodoro Semil. Aparentemente está en un embrollo muy complicado. El honorable miembro del poder legislativo era habitual cliente en los servicios de prostitución adolescente y generalmente movía algunos hilos para evitar que Lían tuvieran

problemas. Ya sabés, lo habitual: frenar denuncias, evitar demasiadas edificaciones cerca de La Cueva para mantenerse en las penumbras, y demás manejes menores. El problema surgió cuando se le pidió que liberara la zona portuaria para el desembarco de una mercancía "negra". Trata de personas, por supuesto. No sabemos con exactitud si se negó o no tuvo la suficiente influencia para lograrlo, puesto que la policía portuaria es una jurisdicción diferente. La resolución de Lían fue secuestrar a la sobrina de Semil (porque el viejo no tiene familia) y usarla para su red.

Tuvimos una charla oficial con el diputado, pero no parecía dar todo de sí para rescatar a su sobrina. Creemos -y esto ya es extra oficial- que hay otro punto de extorsión para que el viejo no haga nada.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Cómo es posible que alguien pueda dejar en manos de esa gente a una adolescente! —recriminó Celia mirando hacia el cielo mientras Vero masticaba bronca.

—Todos dan asco: Lían, Semil, el jefe de policía... ¿Vos cómo estás, Celi? Me refiero a cuán complicada estás con la red...

—No veo manera de salir, Mir...

—Averigüemos que tienen contra Semil, tal vez si eliminamos eso podremos sacar a dos personas de un tirón. Podemos ir a visitarlo, tengo tiempo.

Ambas suspiraron con un atisbo de esperanza y abrieron la puerta a Mirco para ponerse en marcha hasta la residencia de Semil. Rondaban las 20 Hs. del día cuando, en medio del camino, sonó el teléfono celular de Celia. El mensaje recibido era tan escueto como perfectamente entendible para ella.

"Hotel Punta de Piedra. 22 Hs. Sergio"

El texto respectivo indicaba lugar, hora y nombre de la reserva a la que Celia tenía que acudir. Experimentó nuevamente la desazón por esa especie de intercambio perverso por el cual, mediante una suma considerable de dinero, alguien se erigía como su dueño por un lapso de tiempo. El susodicho cliente era un abogado especializado en divorcios (según lo que él mismo le había contado en sus encuentros) y que, curiosamente, estaba divorciado y jamás vuelto a casar. No tenía hijos y se dedicaba casi exclusivamente al trabajo, cuando no gastaba su tiempo y dinero en prostitutas V.I.P.

Celia se quedó mirando la pantalla del celular por unos segundos mediante los cuales recordó a su cliente. Suspiro mediante, le indicó a

Verónica que detuviera el auto.

—Celi, tenemos que ir a hablar con el político...

—Sí, corazón, pero tengo que seguirle la corriente a Lían para no levantar sospechas. Me tomo un taxi desde acá, preparo las cosas y me voy al hotel. Ustedes vayan a entrevistarse con Semil e intenten convencerlo, o en su defecto, sacarle algo de información.

Verónica continuó la marcha luego de mirar hacia atrás un instante. Semil tenía su residencia particular en las afueras del pueblo. El acceso a esa zona solo era posible por un pequeño camino ascendente y curvo que recorría el costado de un cerro. La elevación total debía ser de unos setenta metros y el extremo del mismo estaba completamente allanado alojando a la enorme casona de Theodoro Semil. Un camino de piedras blancas hacía de recepción y guía hasta la entrada de la casa, antecedida la misma por dos columnas estilo corintio que solamente sostenían un enjambre de enredaderas. El frente estaba pintado enteramente blanco, al igual que las columnas, y las puertas mostraban un precioso color roble rojizo tiñendo la madera maciza.

Apenas iniciada la marcha por el camino de piedras, un guardia sale con talante patotero de una pequeña habitación al costado del caserón.

—Buenos días... —inició Verónica.

—¿Tienen una orden para estar aquí? —interrogó con dureza el guardia privado tomando con su mano derecha la culata del arma.

—No venimos con motivos oficiales —se anticipó Mirco.

—Solo necesitamos hablar con Theodoro Semil.

—El señor Semil no los va a recibir. Retírense de la residencia ahora mismo.

—Por favor, necesitamos hablar con él —insistió Vero. —Es por su sobrina.

El guardia tragó saliva antes de contestar. Parecía sentirse molesto con lo que iba a decir. Segundos después, precedidos por un absoluto silencio y miradas incómodas, respondió:

—Tampoco es de interés del señor Semil hablar de ese asunto.

—Pero seguramente va a querer hablar de lo que Lían tiene en su contra.

Llamalo y dejémonos de vueltas.

El guardia respiró hondo, se tragó su orgullo, y habló por el auricular que tenía en la oreja derecha.

—Tenemos dos visitantes. Dicen tener información de La Red.

El silencio volvió a reinar en el espacio.

—Correcto, que pasen y esperen en el hall —sonó una voz en el auricular.

El guardia transmitió la habilitación y, tanto Vero como Mirco, avanzaron hacia las puertas rojizas.

A excepción de Mirco, Verónica no había imaginado jamás la cantidad de poder que se vislumbraba con la residencia y la seguridad que parecía rodear a este Theodoro Semil.

Entre tanto, corrían las 21Hs. cuando Celia había vuelto a su casa para calzarse, otra vez, el disfraz de prostituta. Últimamente toleraba menos lo que hacía y estaba convencida que no lo quería más. La cuestión seguía girando sobre el mismo interrogante: ¿cómo salir?

Deseó fuertemente que sus amigos pudieran obtener algo útil del encuentro con Semil.

Una vez que Verónica y Mirco estuvieron frente a la puerta, el guardia externo se comunicó con el interno, quien, tras abrir la puerta, habilitó el ingreso de los dos visitantes. El hall de entrada tenía a disposición unos cuantos sillones individuales de variados tapizados, colgaban preciosos cuadros paisajistas de un autor llamado "L. del Fi.", completamente desconocido para los no avezados en el arte pictórico. El suelo estaba vestido de un precioso mármol persa negro con veteados blancos y grises; piezas tan sublimes como costosas. Una puerta de vidrio rústico y opaco que obstaculizaba la vista separaba ese espacio del interior de la residencia. Instantes después de que ambos tomaran asiento —sin que se los ofrecieran— los cristales se abrieron (luego de un sonido que pareció ser el de un brazo hidráulico) y la figura de un hombre sesentón, con un aspecto bastante venido a menos y prominentes ojeras, se hizo presente frente a ellos. Más de cerca, Verónica reparó en la excelencia del ambo portado por Semil, que tenía unas líneas de un azul oscuro —bastante camufladas— haciendo un pequeño contraste con el negro del traje según el ángulo de la luz.

—Me informaron que tienen información que ofrecerme. Y ya que tomaron

asiento por decisión propia, me acercaré a escucharlos atentamente.

Theodoro Semil transitó los metros que lo separaban de Verónica y Mirco con suma tranquilidad y con la mirada fija en las figuras de ambos. Resultó tan penetrante que sintieron ser desnudados con ese simple gesto. Y así fue.

—Ustedes no pertenecen a La red... aunque podría aceptar que tu uniforme se haya acercado en algún momento. ¿Cómo es que tienen información dos ajenos?

—Señor Semil, hemos visto a una adolescente, completamente drogada e inconsciente, con claros signos de abuso sexual y estamos convencidos que es su sobrina.

—Caballeros... y señorita —adicionó mirando a Vero. —No están diciendo nada que no supiera hace tiempo.

Verónica no pudo ocultar su cara de asco cuando las palabras de Semil resonaron en su oído. Algo que no pasó desapercibido por el poderoso caballero.

—Escúcheme...

—Verónica. Mi nombre es Verónica.

—Correcto. Verónica, no tengo mucho tiempo para disponer y lo están desperdiciando. Mi atención es algo muy caro y ustedes están gozando de unos cuantos minutos gratis. Le voy a ahorrar unas cuantas preguntas. Lo lamento por mi hermana, pero esa chica no me importa más que mi poder. No es que no la quiera, claro que no, pero me interesa muchísimo más la posición que ostento. Si tienen algo para ofrecerme díganlo ahora o no me hagan perder más tiempo.

Mirco observó a Vero y pudo darse cuenta de que el odio iba en aumento, por lo que decidió tomar las riendas y evitar cualquier locura de Verónica que terminara con la muerte de ambos.

—Señor Semil. Su sobrina está allí porque lo están castigando. Desde siempre ha sido el modo en que Lían ha tomado manos en los asuntos que no han salido según sus deseos. Por tanto, usted ha hecho enojar al propio Lían. Además, con el poder que usted tiene, y al cual ha referido hace unos segundos, podría solucionar el asunto de su sobrina sin moverse de la silla. Como eso no ha sucedido todo indica que La red lo tiene atrapado. Por supuesto que no le preocupa su sobrina; le aterra lo que pudiera salir a la luz si usted extrae a su sobrina de allí. Toda la policía conoce los negocios que maneja Lían y no se trata solo de prostitución o narcotráfico... hay algo más, algo muchísimo más turbio y

es la prostitución adolescente. De hecho, la hija de su hermana está siendo utilizada para tal fin y seguramente no haya sido una elección al azar. Usted ha hecho uso de los servicios de Lían. ¿Le gusta cogerse niñas, señor Semil? ¿Es eso lo bastante complicado para que lo quiten de su posición y pierda gran parte de su poder? Yo creo que sí, y usted también.

El rostro de Theodoro se había desfigurado. Su cuerpo, antes apoyado sobre el respaldo del sillón, avanzó acercándose más a Mirco. La sonrisa sobrada y la mesura parecía haberse esfumado y el terror se apoderó de sus manos.

—¿Cómo sabe usted eso? —preguntó con un tono apenas audible.

—Semil, nosotros no pertenecemos a La red, pero tenemos un agente interno.

//

Celia suspiró con desazón. Había realizado con precisión cada uno de los pasos que previos a su llegada al hotel Punta de Piedra. Cuando tragó la tristeza de portar, otra vez, su peluca rubia, atravesó las puertas de cristal y se acercó a la recepción. Una mujer de baja estatura la saludó con una cordial y muy armada sonrisa. Celia intuyó que, detrás de la amable recibida, se ocultaba una especie de rechazo y repugnancia, posiblemente motivada por el conocimiento, de parte de la empleada, de las actividades de la rubia artificial.

—Buenas noches. Reserva a nombre de Sergio.

—Buenas noches —respondió la recepcionista. —Por supuesto, aguarde un segundo.

Celia creyó ver en los labios de aquella mujer como la sonrisa se desvanecía rápidamente confirmando sus sospechas. En cuanto Celia tomó la llave electrónica, saludó con un simple gesto facial y se dirigió al ascensor. Mientras caminaba pudo sentir la penetrante mirada inquisidora de aquella joven sobre su espalda. Inevitablemente se imaginó un diálogo completamente ficticio en donde ella le decía, con ira reprimida, lo muy miserable que se sentía con su trabajo. Inmediatamente pensó que juzgar resulta algo demasiado sencillo cuando no se conoce cuáles fueron las circunstancias e influencias que anteceden a un acto o situación.

//

—No me importa qué es lo que saben, pero sí qué es lo que quieren.

—Retirar sano y salvo a nuestro agente interno —respondió Mirco con firmeza.

—En cuanto me consigan los archivos que me incriminan podré mover mis influencias —Ofreció Semil con un tono entre entusiasmado y temeroso de no saber con quiénes trataba. —Hasta entonces —finalizó. Y sin esperar respuesta, se levantó del sillón y volvió al interior del caserón.

Capítulo 22

22

Verónica y Mirco caminaron hasta el auto desvencijado de Vero conteniendo en los rostros la satisfacción por haber dejado en jaque a un poderoso como Semil. Una vez que dejaron la residencia y las rejas de hierro se cerraron tras ellos, Vero rompió el silencio.

—¿Cómo sabías que Semil había pagado por prostitución infantil?

—No tenía la más puta idea, pero si con el poder que tiene ese pedazo de mierda no puede sacar a su propia sobrina de las manos de Lían, supuse que tenía que ser lo suficientemente grave para que la opinión pública lo destruyera y fuera imposible sostenerse en su cargo. Además, sabemos que Lían ataca de costado, no a su víctima sino a los demás flancos: la familia. En este caso le salió mal porque el muy hijo de puta parece no tener ni un atisbo de sentimientos. De todos modos, era muy significativo que la víctima lateral fuera una sobrina adolescente. Como si Lían quisiera que el agredido sepa muy bien porqué pasa lo que pasa.

—Lo dijiste con una seguridad que me convenciste también a mí. Tu ocurrencia fue fantástica, ahora tenemos que ver cómo sostenemos lo del agente interno. Hay que llamar a Celia. Esta puede ser una gran oportunidad de salirnos.

—¿Salirnos? —preguntó Mirco mostrando confusión.

—Sí, ya sabés, Lían ataca de manera lateral —respondió Vero con un suspiro desazonado, el cual Mirco entendió a la perfección. —Tenemos que contactar a Celia y contarle los detalles.

Durante el camino de vuelta a la casa de Verónica hicieron el intento de comunicarse con Celia. No había respuesta alguna, lo cual hacía suponer que ya estaba en plena actividad laboral. Verónica y Mirco convinieron que lo mejor sería que él pudiera pasar la noche con ellas.

—Cuando se trata con esta gente no se puede estar seguro de qué esperar. Pudo habernos salido muy bien, o muy mal... —explicó Mirco.

Él pensó en pasar parte de enfermo, algo que sería demasiado sencillo, puesto que su asistencia era perfecta y nadie dudaría de lo que fuera a decir. Bastó con enviar un mensaje a su superior para que le habilitaran al

menos dos días para recuperarse.

//

La amabilidad de Sergio era un rasgo absolutamente extraño y en proceso de extinción en los hombres que adquieren los servicios de prostitución V.I.P. De alguna manera parecen olvidar que aquellas mujeres que alquilan su cuerpo continúan siendo sujetos que hablan, sufren y desean, y el trato se reduce a la más cruda comunicación. Frases como “sacate la ropita pendeja”, “Vení para acá zorra” o “gritá más fuerte putita” eran tan habituales como sistemáticamente repetidas. El caso de Sergio se situaba en la pura excepción, a tal punto que jamás se había dirigido a ella con otra palabra que no fuera su nombre –dato que la misma Celia le había revelado en un acto de ciega confianza que podría haber terminado mal-. Durante sus charlas post-sexo, Celia había comenzado a formarse la idea de que el abogado no tenía el coraje de seducir a otra mujer; que poner nuevamente en funcionamiento la maquinaria de seducción implicaría un gasto que no estaba dispuesto a dar, y no se trataba de dinero, sino de un gasto subjetivo: de dar amor, es decir, de darse con todas sus fallas. De hecho, el divorcio parecía haberle afectado más a él que a su ex-esposa, según entrevió en aquellas charlas.

El encuentro entre ellos comenzó con unos cuantos besos en la cama, regalo de excepción que Celia había otorgado ya antaño. El juguetón encuentro de labios se transformó en un recorrido individual que él inició en el cuello de Celia, bajando desde allí hasta los pechos y luego, muy lentamente, hasta la entrepierna.

En el momento en que la lengua de Sergio rozó los labios vaginales de Celia, ella largó un gemido tan suave como sincero e imposible de evitar. Estaba disfrutando de un hombre y olvidándose del mundo en ese mismísimo instante. De hecho, el mundo se había reducido considerablemente a los límites de la cama y parecía cerrarse en ese espacio que encontraba a dos cuerpos moviéndose frenéticamente. El rostro de Sergio continuaba entre las piernas de Celia mientras ella lo sostenía firmemente con ambas manos. Los movimientos se habían sincronizado y, mientras ella subía y bajaba su pelvis, él arremetía hacia ella de atrás hacia delante. El movimiento rítmico de esos cuerpos era la expresión viva del deseo traduciéndose en sexo. Celia, por segunda vez en su vida, estaba disfrutando del libre fluir de la libido sexualis; dejándose abrazar por el húmedo placer de la lengua de Sergio. Segundos después, y ante el tercer orgasmo de Celia, la eyaculación de Sergio no se hizo esperar, siendo efecto de un audible gemido de placer por parte de ella. Ambos, como si hubieran sido derrotados, quedaron tendidos en la cama, completamente desnudos y en silencio por unos minutos hasta que Sergio quebró la silenciosa monotonía.

—Aunque suene terrible lo que vaya a decir, lo haré. Si tuviera el resto

económico, pagaría una exclusividad mensual por vos.

Tal confesión realizada por Sergio dejó a Celia estupefacta. Ni siquiera sabía cómo sentirse ante esas palabras. Podría tomarlo como un halago frente a su gran desempeño en el trabajo, sin embargo, ese tipo de relación con tanto tiempo de exclusividad parece estar más cerca de la esclavitud que de la prostitución V.I.P. Por otro lado, la entristecía saber que las dificultades del abogado para establecer otro tipo de relaciones eran tan graves. A pesar de todos esos pensamientos, decidió interrogarlo por lo más extraño.

—¿Cómo es eso de una exclusividad mensual? —dijo con tono de sorpresa inquisidora.

—Lían hace unos meses empezó a ofrecer ese tipo de servicios. Exclusividad mensual. Tiene un costo de \$250.000. Es realmente alto y no puedo pagarlo. Pero ganas no me faltan. Esperá... ¿Vos no sabías de eso?

—En absoluto, no tenía ni idea... —respondió ella sintiéndose todavía un poco más objeto que antes y más atada a las voluntades de los otros. Weber y Lían parecían ser sus grandes dueños; dueños perversos de vidas ajenas.

¿Cómo podría siquiera creer en su existencia cuando su estar-en-el-mundo pertenecía a otros?

—¿Alguna vez pensaste en dejar de trabajar en esto, Celi?

—Tantas veces como vos has pensado encararte una mujer, Sergio: todo el tiempo, pero parece ser algo inalcanzable.

—Comprendo... Tengo entendido que Lían está metido en cosas muy jodidas. Transitar por tribunales te permite, inevitablemente, escuchar lo que se susurra entre las paredes. Las secretarias, mozas y demás suelen tener más información que cualquiera. Se dice que está metido con delitos de narcotráfico y de prostitución infantil. Traen gente de afuera con la promesa de un mejor vivir. Generalmente son niñas chinas y ahora están aprovechando todo el quilombo con Siria para traer gente desde allá. Aparentemente son barcos ilegales, bajan en el puerto sin documentación, raptan a las niñas y asesinan a los mayores, luego queman los cadáveres y todo queda en la nada porque legalmente son personas inexistentes. Sucede lo mismo con las nenas, nadie las reclama.

Las últimas palabras de Sergio fueran dichas con gran tristeza mientras eran recibidas por Celia con asombro.

—Cada día que pasa caigo más en la cuenta que no tengo idea en dónde

estoy metida.

—Nadie sabe exactamente cómo opera La Red, pero sí puedo decir que hay mucha gente implicada pero también enganchada.

—¿A qué te referís con enganchada?

—A que los tienen agarrados de las pelotas. El tipo te tienta, caes en la lujuria y todo el material queda registrado. De esa manera parece que pone a todos en silencio. Una de las cosas que se dicen tiene que ver con la cámara de apelaciones, todos los jueces que la componen, están filmados cogiendo nenitas chinas. Parece que alguno estaba de cumpleaños y los demás quisieron armarle la fiestita. Lían les ofreció un “paquete gratis” y los viejos verdes entraron como caballos con anteojeras. Es por eso que cualquier causa que encuentre viabilidad en primera instancia, luego es apelada y se terminó la historia, no pasan de segunda instancia.

Las palabras de Sergio rebotaban como bolas de ideas por la cabeza de Celia. Si bien todo esto parecía mostrarle que sería imposible salir o desbaratar la organización sin morir en el intento, y de esa manera cumplir con el final planteado por Weber, por otro lado, estaba teniendo información que jamás había tenido y eso permitía una elaboración más concienzuda del plan a seguir. Cuando giró la vista se dio cuenta que la pantalla del celular se encendía en silencio. El nombre de Vero apareció allí y Celia se apresuró a contestar.

—Vero...

—Reina, que bueno que ya estás libre. Tenemos novedades importantes. ¿Podés venir a casa?

—Claro que sí, en un rato estoy ahí —respondió sintiendo el latir de su pecho.

—Sergio, tengo que volver a casa. Me encantó pasar esta noche con vos —dijo mirándolo a los ojos y dedicándole una sonrisa.

—Gracias a vos. Espero que todo salga bien... —deseó Sergio.

Celia se vistió antes de despedirse definitivamente de aquel hombre y bajó a la recepción para pedir un taxi. Los tres minutos durante los cuales esperó el móvil le resultaron eternos ante la juzgadora mirada de la recepcionista. De todos modos, la tranquilidad no llegaría. En el momento en que se subió al taxi los nombres y las figuras de Ariel, Mirco y Sergio comenzaron a pulular sopapeándole el pecho.

Capítulo 23

23

—Tía, ¿cómo estás?

—Max, me sorprende que llames —dijo entre sorpresa y confusión Magdalena. —Estoy bien. Cocinando una torta de chocolate. ¿A qué debo tu llamada, mi amor?

—Eso ya no importa, ahora quiero una porción —respondió intentando simular jocosidad.

—No va a faltar mucho para que esté lista, ¿Venís? —preguntó en tono de invitación Magda, completamente intrigada por la subrepticia aparición de Max.

—Por supuesto. Hasta luego, tía.

Era completamente evidente, para Magdalena, que algo aquejaba a Max, y aunque usualmente es ella quien tiene que interrogarlo para sonsacarle algún que otro dato, parecía que esta vez sería diferente, puesto que el acercamiento, aunque tibio y con dudas, lo había propuesto Máximo.

Weber cortó la comunicación, cerró los ojos y exhaló fuerte, como si intentara descomprimir la opresión en el pecho.

Todavía retumbaba en su memoria los ojos color café de aquella mujer en el bar Milenio. Le resultaba imposible digerir esa imagen tan perfectamente igual a la descripción de Celia, pero, sobre todo, el penetrante y amable color de sus ojos.

Tan solo recordar esa escena pudo provocar exactamente la misma alteración de su miocardio, que, nuevamente, estaba a tope de su actividad. Resultaba una locura creer que Celia existía realmente, más que una locura era algo imposible. ¿Cuántas posibilidades existen de que su descripción y la manera en que la imaginó coincidieran con las de aquella bella mujer?

Estaba seguro que esas dudas no saldrían jamás de su boca, sin embargo, los efectos trascendían la mera relación a su personaje, extendiendo redes que él ni siquiera podía imaginar. Tan solo se dejó llevar por lo que acudía a su recuerdo.

Transcurrían las diez horas del día cuando Máximo cruzó la puerta de salida del edificio. La luminosidad del sol estaba tan intensa que tuvo que

cerrar sus ojos por varios segundos antes de volver a abrirlos. No recordaba cuándo había sido la última vez que había salido a la calle en pleno día, y por la reacción de sus ojos, tal vez habrían pasado semanas. Para llegar hasta la residencia de Magda tenía dos opciones: tomar el colectivo en la parada a unas cuadras de su departamento o dirigirse hasta la estación de trenes a unos tres kilómetros de distancia. A pesar de lo que varios de ustedes estarán imaginando, Weber decidió tomar un taxi hasta la estación y viajar en tren, pese al gasto extra y a la mayor demora hasta destino. Fue el precio del placer. Durante el transcurso a la estación de trenes se imaginó en repetidas ocasiones perdiéndose en el paisaje con su libreta en la mano y garabateando algunas ideas.

Herecteión era una pequeña ciudad que lindaba con la gran metrópolis de Partenón. Durante la hora de viaje de Partenón a Herecteión, la atención de Weber oscilaba entre el espectáculo visual y los recuerdos del expediente archivado del caso de su madre. Las fotos del cadáver de Morgan moreteado y ensangrentado acudían incisivamente. Ni siquiera el placer del tren lograba evitar que la tragedia familiar se ausentase.

Al salir de la estación, el olor a eucalipto de las arboledas de Herecteión invadieron a Max devolviéndolo de un plumazo a la niñez. Había dejado de ser un veterano escritor, sus manos se habían empequeñecido al igual que su cuerpo, que se había vuelto más blanco y lampiño. No había temor en Max, y todo sucedía como si jamás hubiera crecido ni el tiempo transcurrido. Caminó moviendo rápido sus pequeñas piernas, impulsado enérgicamente por el eucalipto que lo llevaba hasta su antigua casa. El viento arremetía con suaves ráfagas que hacían danzar las hojas del suelo. Max sintió el roce en su piel que se erizó al instante. La ventada creció arremolinando todo lo que hubiera en el suelo; el cielo comenzó a cerrarse callando el sonido de los pájaros y haciendo audible el silbido de una impronta tormentosa. Las nubes negras cubrían el paisaje, los árboles se doblaban y estremecían como si de un sufrir se tratara, y la única luz provenía de los constantes refusilos. Max se encontraba parado frente a la puerta de su vieja casa. A cada paso que daba hacia ella, la intensidad de la tempestad aumentaba; metáfora de su historia, condensación de su psiquis y gritos ensordecedores del guardián de la cordura que instaban a Max a no dar un paso más.

//

—¿Qué ocurrió?! —preguntó Celia con agitación apenas traspasó la puerta de entrada.

—Tenemos novedades, no sé qué tan útiles, pero podrían ser una muy buena información. Semil está agarrado de las pelotas. Parece que lo filmaron teniendo sexo con una niña —aberrante, sí— y por eso es que le

secuestraron a la sobrina. Si hace algo, todo sale a la luz...

—Aunque lo que le conviene a Lían es que el viejo no haga nada y se mantenga útil y servil a las necesidades de los negocios... —intervino Mirco mientras caminaba desde la cocina.

—Esperen, me están bombardeando. ¿Semil sabía que tenían a su sobrina y con todo el poder que tiene no hizo nada?

—Exactamente, porque le interesa más conservar ese poder (aunque tenga que ser esclavo de Lían) que hacer algo por su sobrina y ser escrachado en público.

—Mierda... entonces no tenemos salida —dijo Celia con desazón dejando caer su bolso al suelo.

—Hay algo que podría hacerse —intervino Mirco.

—Escucho...

—En primer lugar, le sonsacamos a Semil esa confesión y parecía bastante incómodo con que alguien que no fuera Lían lo supiera. Le dijimos que teníamos un agente interno que podría hacerse con el material. A cambio, esperábamos que, una vez libre, moviera sus hilos para sacarte de La Red bien vivita.

—Pero... ¡¿cómo esperan que yo obtenga eso?! —reprochó Celia enmudeciendo de inmediato. Su cuerpo estaba alterado, transpiraba y se tapaba los ojos reiteradamente.

—Posiblemente ni siquiera hubiéramos salido vivos si no hacíamos eso. No estaba para nada a gusto que esa información circulara. Celia, su propia sobrina está secuestrada y usada para prostitución. Con esa intervención pudimos salir con vida y, en caso de que podamos conseguir esa información, hasta podrías ser vos la que salgas con vida —se defendió Mirco.

—Es cierto, Celi. Tenemos que pensar con mesura qué vamos a hacer ahora —terció Vero.

—¿Tenés alguna idea cómo consiguieron esas imágenes y dónde podrían estar?

—¿Cómo pretenden ustedes que yo sepa donde esconde ese perverso tan grande información? Me voy a preparar un té, necesito despejar la cabeza.

—Celia... —protestó Mirco.

—Dejala, se tiene que calmar —intercedió Vero casi en susurro.

Celia deambulaba por la cocina, así como las figuras de Lían y Semil lo hacían en su pensar. Tomó la pava y la llenó de agua antes de colocarla al fuego. Las imágenes de la adolescente abusada retornaban como flashes, y con cada reaparición, su cuerpo era avasallado por una sensación de horror que le erizaba la piel y punzaba el estómago.

«Es cierto, La Cueva está llena de cámaras...»

Celia pensó que, inevitablemente, información de tanta importancia tendría que estar en el lugar más seguro, incluso más seguro que la casa de Lían.

«No hay otro lugar que La Cueva. Lían mantiene la suciedad donde él no se manche, lejos de su ámbito privado. Si fuera así, el lugar más seguro no podría ser otro que su oficina personal.»

Celia suspiró y su exhalado se confundió con el chirrido de la pava que comenzaba a hervir.

«¿Y si todo lo que estamos haciendo no sirve de nada? Puede que Weber vuelva a escribir y se termine toda posibilidad de vivir. Tan solo estamos ganando tiempo mientras él está bloqueado; apenas resistimos el curso general del argumento. O... ¿Seremos nosotras quienes lo bloqueamos? Evidentemente eso no es posible de saberlo. Logramos que algunas escenas permanezcan escritas de tal modo que ni Weber pudo borrarlas —y lo llevó a un ataque de ira—, no obstante, yo no pude matarme... Nada me asegura que si me escapo de La Red no me vuelvan a meter, que no se borre lo que alcancemos a hacer. Igualmente, tampoco pierdo demasiado. De hecho, lo peor, o lo mejor, que puede pasar es que me maten.»

Decidió que no había otra opción más que llevar adelante el plan, por más suicida que fuera. Porque cuanto mucho, adelantarían la consumación del argumento; anticiparían la llegada de un inevitable final.

Una vez incorporada la idea de llevar a cabo lo ideado y recuperada su lucidez, recordó que en la habitación que descubrió a la sobrina de Semil había varias cámaras (una en cada vértice superior). De hecho, todos los sectores de La Cueva están monitoreados por cámaras que llevan las imágenes hasta la computadora personal de Lían. Lo curioso fue que, las 4 que vigilan la habitación en la que estaba la joven, estaban ocultas. El día en que Celia tuvo que hablar con Lían descubrió varias novedades: en primer lugar, el vidrio de la ventana detrás del escritorio de Lían reflejaba

las tomas del monitoreado y ahí es que pudo darse cuenta de la enorme vigilancia que tenía esa habitación, pero que no obstante no pudo percatarse cuando encontró a la joven.

«Si esa es la única habitación con cuatro cámaras es posible que sea donde captaron a Semil.»

Otra de las novedades que resultaron extrañas en esa visita fue la percepción de un pequeño sensor negro con una esfera luminosa color rojo. Se trataba de un lector de huellas digitales que permitía el ingreso a la oficina personal de Lían.

«Inevitablemente, una de las huellas habilitadas es la de Lían, pero el gorila que vigila específicamente su habitación también puede estar incluido.»

Uno de los últimos recuerdos de Celia mientras su cuerpo comenzaba a descompensarse por la escena de horror fue haber visto al guardia personal de Lían acercarse a la puerta, tocar el sensor con el dedo y permitir su paso.

El turbulento ruido del agua hirviendo detuvo la línea de sus pensamientos. Apagó con rapidez el fuego, y en medio de insultos por dejar descuidar el agua, la vertió en la taza junto al tilo que reposaba sobre la porcelana blanca. Tomó con ambas manos el recipiente desde el extremo para no quemarse y volvió a la sala.

Vero y Mirco estaban en silencio cuando ella volvió. La miraron y aguardaron sin palabras a que Celia comenzara a hablar.

—Tengo una vaga idea de cómo podríamos conseguir la información, pero es muy peligroso y para nada sencillo.

Mirco ensayó un gesto de satisfacción mientras que Verónica comenzaba a preocuparse por la seguridad de su amiga. Celia se sentó en el suelo, en medio de los dos sillones de la sala y comenzó a contarles toda la información que había juntado, analizado y organizado momentos antes.

Capítulo 24

24

La última y fuerte ráfaga de viento levantó una polvareda provocando que Max se tapara el rostro con su antebrazo. Cuando sus ojos se descubrieron, la realidad pareció volver ante sí. Ya no había rastro alguno de la tormenta, el sol volvía a reinar en los cielos y la fachada que tenía frente a sí correspondía a la casa de Magdalena. Dudo al decirles si efectivamente la tempestad había desaparecido, al menos en lo visible sí, pero en su fuero interior Max todavía sentía la ventada, la vibración y la oscuridad en lo que, en las emociones, se hace llamar angustia y ansiedad.

Cada escalón que Max pisaba hacia la entrada de la casa le suponía un peso extra que ralentizaba todos sus movimientos. Arrastraba su pasado que colgaba de sus espaldas, a cada momento más denso, más sufriente y sin posibilidades de seguir evadiéndolo.

El timbre esperaba ser presionado, algo que ocurrió luego de unos cuantos suspiros. Magdalena acudió rápidamente al llamado.

—¡Maxi! Oh, mi Maxi... —saludó con efusividad y ternura Magdalena.

—Hola tía... —respondió como pudo Max.

—Me tenía preocupada con esa llamada. ¿Te pasó algo?

—No, tía, nada —mintió él.

—Bueno, bueno, voy a evitar hacer más preguntas sobre el motivo de tu presencia y disfrutarla —finalizó Magda. Algo que Máximo agradeció infinitamente, porque además de su estado completamente angustiado y desconcertante frente a un pasado que retornaba, y de manera poco agradable, Max no sabía que responderle.

El ruidoso estado interior de Max contrastaba con las pocas palabras que dispensaba en el encuentro.

Magda había preparado té rojo para los dos.

—Tengo algo que te va a gustar. Me puse en marcha en cuanto me dijiste que venías para Herecteión.

Max sonrió y levantó la taza para dar un sorbo.

—¡Ahhggg! ¡Amargo!

—Max, no tomo té con azúcar, pero tenés para servirte en la mesita
—respondió Magda a lo lejos.

—No entiendo cómo hacés para soportar el amargor de las infusiones
—replicó él permitiéndose la pequeña risa del día.

Magda no contestó, no obstante, a medida que se acercaba eso carecía cada vez de menor importancia. Un aroma invadió la sala de estar y sus recuerdos infantiles parecía despertarse.

—¡Masitas de canela! ¡Increíble que todavía se huelan igual!

—Y espero que también tengan el mismo sabor.

—De eso no puedo dudar —respondió él sin tomarse demasiado tiempo para llevarse una a la boca.

El silencio se apoderó de Max. El anacronismo producido por el aroma de las masas de su tía lo había devuelto a momentos idílicos de sus primeros años. Lo inevitable de esa vuelta temporal a sus recuerdos fue la reaparición de un sentimiento de tristeza del cual tenía pura certeza de su proveniencia: su madre.

Luego de un suspiro, que fue la marca visible de ese esfumado de la felicidad y su reemplazo por la tristeza del vacío, Max habló:

—Tía, hay algo que no me gustaría decirte, pero ser el único en portar esta información me está destruyendo por dentro hace tiempo.

—¿Es tu madre, cierto? Estamos cerca del aniversario de su muerte...

—¡Asesinato! —protestó él.

—Sí, sí... Prefiero evitar esa palabra.

—Es justamente lo que yo no puedo hacer por lo que sé.

Magda escuchaba atentamente mientras su cuerpo sufría todos los signos de la ansiedad.

—Mamá fue asesinada por el hijo de un prestamista mafioso. El tipo se obsesionó con ella. El informe pericial había arrojado sexo consentido, pero muchos de los golpes eran luego de su muerte. El asesinato fue pasional, se conoce al autor, pero el poder de su padre dejó impune su acto. Tía... mamá era prostituta, esa es la razón por la que hubo sexo

consentido antes de su muerte. ¿Vos sabías algo de todo esto?

—¿Cómo tenés esta información? La policía nunca dio certezas del crimen.

—Alguien me lo reveló de manera extraoficial. Muchas pruebas desaparecieron luego de conocerse internamente. La gente implicada podía cobrarse muchos favores.

—Maxi, si tu mamá hizo lo que hizo fue porque no podía mantenerte. Nunca le interesó hacerlo más que por el hecho de lograr que a vos no te faltara nada —respondió sabiendo que nada de eso podría calmar el dolor de su sobrino.

—Cada vez que siento su ausencia, que la tristeza retorna, me revuelvo en el asco de saber que tuve una madre prostituta. ¡No puedo tolerarlo!
—gritó Max cuando su mirada se encontró con una foto de Morgan en un cuadro de madera que reposaba sobre una larga biblioteca al final de la sala.

Él se acercó hasta allí y lo tomó con ambas manos, con tanto cuidado como si estuviera agarrando un frágil cristal. La foto mostraba a Morgan con una amplia sonrisa, el pelo revuelto por el viento y la mirada hacia un lateral, como si no hubiese sabido del ojo que la fotografiaba. Se la veía casual, divertida y bella. Máximo soltó una lágrima y todo su cuerpo lo sintió. Tembló, y sus manos se aflojaron dejando caer la fotografía de su madre, que, en una suerte de metáfora de la triste realidad, se escapaba nuevamente de sus manos. El vidrio estalló sobre el piso y el marco se partió en dos. Volviendo sobre sí, Max insultó a su estupidez y levantó la foto con cuidado de las astillas de vidrio. Al tras luz, y casi al pie de la foto, aparecían unas pequeñas líneas. Al dar vuelta la fotografía, él pudo leer:

“Deseo que tu belleza sea siempre mía”

Las iniciales de L. W. firmaban ese enunciado.

Max recordó al policía decirle el nombre del sospechoso luego de una gran insistencia. Máximo había argumentado que no podía vivir sin saber el nombre del asesino. Se trataba de la necesidad de vincular un nombre al hecho que arruinó su vida. Las plegarias fueron escuchadas y Weber sonsacó una palabra: Lían.

La L. le hizo caer en la cuenta de lo que “Submundos en el paraíso” implicaba.

Capítulo 25

25

«Weber sigue sin escribir. Resulta muy extraño que haya pasado tanto tiempo...» —pensaba Celia mientras recorría con su mirada el techo de la habitación. Sus ojos estaban rojos de no cerrarse en toda la noche luego de trazar la estrategia con Vero y Mirco. Habían realizado todos los preparativos y el momento cada vez estaba más cerca. Se puso de pie y marchó hacia el ropero. La peluca rubia estaba sobre un estante por encima del resto de los atuendos, la miró, y con una mueca de disgusto la tomó y arrojó sobre la cama. Deseó con fuerzas que fuera la última vez que sus ojos vieran a su alter ego rubia, con todo lo que eso traía consigo.

Con un fuerte exhalado tomó la decisión de convertirse en eso, sabiendo —o queriendo creer en eso— que sería la última vez que lo haría. Una pollera roja de tela raso debajo de una camisa de seda negra abotonada vestían el cuerpo de Celia, sostenido sobre unos zapatos de taco fino y punta abierta. Se calzó la peluca y añadió un precavido detalle: lentes de sol.

10.30hs.

—¿Tienen todo listo? —preguntó Celia mirando especialmente a Mirco.

—El equipo está listo. Necesito que memorices bien esta imagen para que puedas hacer la extracción.

Mirco señaló la pantalla y Celia observó con cuidado.

—3 tazas de café bien humeante... Hay que estar sumamente despiertos y atentos —afirmó Vero ingresando a la sala. —¿Pudiste encontrar la imagen que necesitamos, Mir?

—Es aproximativa. Tenés que estar advertida que puede tener algunas diferencias con lo que te estoy mostrando. No hay certezas si no conocemos bien el modelo.

10.45hs.

El timbre de la casa exaltó a todos los residentes evidenciando el estado de alerta en el que se encontraban.

—Yo atiendo.

Mirco y Celia continuaron hablando al tiempo que Vero se dirigía a la puerta delantera. Una silueta de mujer le hizo acelerar el corazón.

—Hola... Mía, no te esperaba...

—¿Podemos hablar?

—Acá no, hay mucha gente —respondió ella adelantándose y cerrando la puerta tras su paso. Al sentirse a resguardo, la miró y pensó lo bella que estaba Mía. No sabía si era por el tiempo que no la veía o si estaba viendo algo que nunca antes había visto.

Comenzaron a caminar juntas, ambas sosteniendo un silencio que resultaba tan incómodo como imposible de romper. Hasta que Mía lo hizo posible exteriorizando la fuerza que golpeaba su pecho. Muchos llaman a eso ansiedad.

—No te vi en el colegio hoy. Me dijeron que faltaste. No puedo evitar pensar que es por mí, por lo que sucedió la otra noche.

Los sentimientos de Vero no se decidían en absoluto. ¿Cómo hacerlo, si probablemente morirían? No es sencillo sincerar los sentires, y mucho más difícil resulta cuando la muerte acecha con casi nulas chances de ser evitada.

—No falté para evitarte, Mía —afirmó buscando tranquilizarla.

«Si voy a morir, ¿por qué no darme la posibilidad de disfrutar? ¿Por qué no permitirme hacer sin que me importe el prejuicio social?»

—Tal vez no haya sido la mejor manera... Tal vez no haya una mejor manera para hacerlo, pero me sinceré con vos. Lo que siento está más allá de la amistad.

Las palabras de Mía acariciaron los oídos de Vero y avivaron el fuego de lo impensado. Ella se detuvo, contempló a su confesada y la miró trasluciendo la retribución. Sí, Vero la deseaba; deseaba rozar sus labios, reflejarse en su mirada y dejarse envolver por ella. El momento se hizo eterno, sin tiempo. Todo estaba detenido en ese campo especular en donde cada una se manifestaba erotizada por la mirada de la otra. Nadie transitaba la calle y eso fue el puntapié. Vero avanzó sobre Mía con una

decisión impropia de ella, haciendo de la sinceridad mutua un encuentro de bocas.

11.00hs.

—Mir, hace ya más de quince minutos que Vero se fue. ¡Le pudo haber pasado algo!

—Voy a buscarla —dijo él intranquilo.

A paso rápido salió por la puerta delantera y miró hacia la derecha sin resultados positivos. Cuando su mirada viró hacia la izquierda, la sorpresa inicial se transformó en tranquilidad. No así para Vero, que al sentir la terceridad, enrojeció. Mirco se acercó, saludó a Mía como si no hubiera visto absolutamente nada, y se dirigió a Vero:

—Estamos en tiempo. ¿Vamos?

Mía no salía de su asombro. Y no solo por el acto de Vero.

—¿En tiempo para qué?

—No podemos decirte —interrumpió Mirco.

—¿Perdón? Que eso me lo diga ella. ¿Quién sos vos?

—Mía, Mirco es policía —dijo Vero para calmar la tensión en el ambiente sin darse cuenta que su respuesta sembró más dudas de las que ya había.

—¿Un policía? ¿Pasó algo? ¿Por eso faltaste al colegio?

Vero escuchaba cada una de las preguntas de Mía y ninguna resultaba posible de responder en su totalidad.

—Sí, su presencia tiene que ver con mi ausencia en el colegio. Celia está sola en la casa, necesitamos volver.

—¿De qué se trata?

—No puedo responderte eso, hay cosas que no deberías saber.

—Vero, ¿puedo hablarte en privado?

—Te espero adentro, no quiero que Celia se preocupe por mí ahora.

Ambas se apartaron y Mirco volvió a la casa.

—Cosas raras están sucediendo en este pueblo. La tormenta fue lo primero. Nunca había sucedido algo de esa magnitud, pero lo que fue realmente loco es lo que sucedió después. Y necesito decírtelo, aunque me creas loca, porque no lo soporto más.

—¿De qué se trata?

Mía inhaló y exhaló con fuerza.

—Me preguntaste si en algún momento me sentí ligada a la voluntad de alguien más. En ese momento no supe entender realmente lo que me preguntaste, pero después de la tormenta comencé a escuchar voces en mi cabeza. En realidad, era una sola, la de un hombre que repetía: "Se aman. Mía y vero se aman, aunque no lo sepan aún".

Capítulo 26

26

Llegado a este punto, usted como lector debe tener muchos interrogantes, y posiblemente varios de los suyos coincidan con los míos.

“¿Qué pasó con Ariel?”, “¿Qué tan importante es Verónica en el argumento?”, “¿El autor habrá estado delirando?”

Posiblemente solo pueda responder a la última de las preguntas, aunque no lo conforme lo que diré: Sí, ... y no.

Ante el resto de las preguntas me declaro falto de respuestas, y no intentaré inventarlas, puesto que la novela no tiene necesariamente que ser una historia redonda y coherente, y mucho menos tener un final comprensible y feliz. Entiendo que una novela es una experiencia, mía, por cuanto su camino me transforma mientras la construyo; ¡Y suya! –o eso espero–, por cuanto podría salir transformado, es decir: plagado de dudas sobre el mundo, cuestionado sobre sí mismo y cuestionante ante aquello que se da por hecho.

Capítulo 27

27

12.15hs.

Celia contempló lo que tenía enfrente, la fachada de siempre, y no solo en el sentido edilicio del término. Esa desvencijada puerta de madera era apenas una máscara de toda la férrea seguridad de La Cueva. Dio tres golpecitos y esperó a que el guardia de la puerta, a quien llamaban el Oso, le diera paso. Transcurridos unos segundos la puerta cedió y ella se encaminó hacia la oscuridad del interior.

—No tengo información de que te hayan llamado, preciosa —le dijo el guardia entre la querella y el sarcasmo.

—No vine a hablar con Lían, de hecho, estoy con poco trabajo últimamente.

Celia sabía que esa frase podía provocar algo, puesto que su trabajo implicaba tener sexo. De todos modos, se aseguró de clavar su seductora mirada en la de él para que el efecto quedara asegurado.

—La falta de trabajo se puede solucionar rápidamente...

—¿Me vas a conseguir un cliente tan rápido? —respondió con sonsera para que el Oso caminara cada vez más directo hacia la embustería.

—Tengo uno para este mismo momento —replicó. Una pierna estaba pisando la trampa.

—¿Quién será este hombre misterioso?

—Alguien que hace mucho tiempo te desea —dijo con suavidad mientras el dorso de su mano acariciaba el antebrazo de Celia. Había caído completamente en la red.

El cuerpo de Celia se conmocionó ante el roce, sin embargo, evitó la huida y se apegó al personaje. Abrió levemente los labios y lo miró como una presa que sabe su destino; que mansa se entrega a él. Celia se relajó y ante el avance, ahora sí confiado y animalesco del guardia, elevó su rostro dejando a merced de su amante ocasional la suave piel de su cuello. Posó las manos sobre la espalda de su partener al tiempo que subía una de sus piernas para abrazarle la cintura. En ese momento experimentó las rudas manos del Oso que sin pudor alguno recorrían toda la extensión de sus

extremidades. Celia sabía que era cuestión de tiempo para que esas manos desvergonzadas pasaran por su sexo, y justamente, en el momento en que pensaba en ello, el ruido de una puerta separó instantáneamente a ambos, como si ese sonido los hubiera transformado en imanes que se repelen.

Otro guardia, más joven y aparentemente de menos experiencia y rango, los saludó antes de entrar al baño.

—Es muy peligroso, estamos expuestos —dijo Celia simulando el acto de retirada ante la perplejidad del guardia.

—Esperá...

El Oso continuó mudo, como si el pensamiento lo hubiera absorbido por completo.

—Me tengo que ir Oso...

«No puedo dejar que se vaya...» —pensó irracionalmente.

—Vamos a la oficina de Lían. Hace unos minutos se fue a su casa, tenemos un par de horas de tranquilidad y en su oficina nadie puede vernos.

Celia miró la cámara del pasillo asustada de no recordarla antes.

—No te preocupes, ni a vos ni a mí nos conviene que Lían lo sepa, me aseguré de que sucediera donde la cámara no podía captarnos. Hay unos metros que solo el ojo humano puede ver.

—Vamos —dijo decidida una vez que la información le llevó tranquilidad.

Celia recorrió con la mirada la oficina. Pensó que la última vez que había estado allí fue uno de los días más horribles de su vida, incluso el que produjo un viraje importante en ella y derivó en la decisión que en ese momento Celia llevaba al acto.

El discurrir de Celia fue interrumpido por su amante, quien la abordó por detrás y tomó sus pechos con fuerza. Nuevamente tenía la boca en su cuello mientras las manos de ese hombre parecían intentar guardar a Celia en su memoria recorriéndola completa. Creado nuevamente el ambiente, y con el enorme cuerpo encima, ella percibió el miembro del Oso aprisionarse contra sus muslos, momento fugaz en el que todavía la ropa hacía de intermediaria entre los dos sexos. Con ferocidad, él levantó la pollera a Celia, quien colaboró en la situación tendiéndose sobre el escritorio de Lían, ofreciendo así la mejor vista posible al guardia; una vista de entrega total a su fiereza.

Cuando el cuerpo desnudo de Celia estuvo frente a sus ojos haciéndosele visible el objeto de su tentación, el latido de su pecho lo abalanzó sobre ella penetrándola casi sin piedad ante el grito descontrolado de ella que mezclaba dolor y placer. Poco a poco, el primero fue cediendo ante el segundo y Celia se permitió gozar en lo que esperaba que fuera la última vez que tuviera que encarnar ese personaje. Porque logrado el goce del momento le permitía tolerar las situaciones, pero el post-sexo era una crisis existencial insufrible.

—No doy más... —expresó él dando a entender que su orgasmo estaba pronto.

—¡No, dame mucho...! —Respondió Celia con una mirada juguetona habiéndose dado vuelta.

La eyaculación no se hizo esperar y ella sacó todo el provecho posible. Acarició sus senos como indicación del objetivo. Y así ocurrió, tal como ella lo esperaba y necesitaba.

—Andá a la lavarte y tráeme algo para limpiarme, no puedo salir así —ordenó ella con gran efectividad y nulo reproche de parte del demandado. —Yo me voy a quedar recostada en esta silla, necesito reponer fuerzas.

En el momento en que la figura del Oso abandonó la habitación, Celia se dispuso rápidamente a su labor. Retiró del envés de su pequeña cartera un destornillador en cruz pequeño y desconectó de la corriente la notebook de Lían.

Sabía que tenía tan solo unos minutos en realizar la extracción. Intentó concentrarse y recordar cada una de las indicaciones que Mirco le había dado al respecto.

«"Buscá en la base de la computadora una tapa mediana con dos tornillos". Donde mierda está... Acá, no sé si es mediana, pero al menos es más grande que la más chica y no veo otra. Espero que sea ésta, carajo...»

Presionó fuerte y luego comenzó a girar. Ambos tornillos salieron con facilidad, y al retirar la tapa plástica, el disco rígido, tal como se lo había mostrado Mirco, estaba allí. Ahora restaba extraerlo.

«"Separá el conector del disco tirando hacia el lado contrario y hacia arriba al mismo tiempo"»

En las instrucciones textuales parecía todo sencillo, pero el disco no salía. La desesperación comenzaba a invadir a Celia cuando de repente escuchó la puerta del baño volver a abrirse. El tiempo se terminaba y resultaba

imperioso finalizar cuanto antes.

«Vamos, vamos, vamos...»

Celia sabía que si lo hacía con demasiada fuerza podía llegar a romper el disco o el conector, y ambas situaciones traerían complicaciones enormes.

El sonido del teclado externo de seguridad le indicaba a Celia que era cuestión de segundos a que la puerta de la oficina se abriera.

—Oso, hay un cliente en el teléfono que se está quejando porque la puta todavía no llegó ¿Qué le digo? —interrumpió una voz antes de que el Oso pudiera ingresar.

—¿Quién es la chica? —respondió entre nervioso e impaciente.

—Iris...

«iiiSí!!!» —ensayó un festejo ahogado al lograr retirar el disco.

—Decile que se tome un Whisky, que la pendeja va a tardar unos minutos más pero que va a valer la espera.

Con rápidos movimientos volvió a tomar la misma posición que antes, habiendo guardado los objetos en su pequeña cartera

La puerta se abrió y el guardia se apareció con una pequeña toalla blanca.

—Es lo único que encontré —dijo apenado.

—¡Casi muero del susto! Despreocupate, sirve. De todos modos, tengo que ir a bañarme, no puedo seguir el día así.

—Vestite que te abro. Primero me fijo que no haya nadie, después salís vos.

Celia se limpió rápidamente los rastros de semen en sus pechos y se calzó nuevamente la camisa. La señal de su amante ocasional dio el visto bueno para la retirada. Cuando él llegó hasta el acceso principal hizo la apertura y Celia corrió rápidamente con los zapatos en las manos para no ser oída.

—¿Qué pasó Oso? —preguntó el nuevo al escuchar el sonido de la apertura.

—Creí escuchar a alguien. Pero era un viejo hablando por celular, nada de qué preocuparse.

Capítulo 28

28

13.00hs.

En la esquina del Hotel, y por sobre la línea de la costa, el auto de Verónica aguardaba la llegada de Celia.

—Ahí viene. ¡Qué alivio! —manifestó dirigiéndose al viento con los ojos cerrados.

—Rápido, hacé lo que tengas que hacer con esa información —ordenó una desesperada Celia a Mirco.

El policía la observó con paciencia y se dispuso a conectar el disco de la Notebook de Lían a la suya mediante un adaptador USB. El dispositivo permitía convertir la conexión interna de los discos a una salida universal USB. Una vez que la conexión fue exitosa, tan solo le costó unos segundos encontrar la carpeta de almacenamiento de videos del programa de vigilancia. Por fortuna, al acceder mediante su computadora, evitaba la seguridad de inicio del sistema operativo. Al parecer, la confianza que tenía Lían en sí mismo y en su sistema humano de vigilancia había hecho que solo protegiera el inicio de su computadora de oficina, por lo que, una vez iniciada, los archivos estaban disponibles.

Primera tarea a realizar: encontrar la información que incriminaba a Semil. Segunda: buscar la grabación que se detuvo en el momento en que Celia desconectó de la corriente a la Notebook y eliminar desde el momento en que ella ingresó hasta su salida de La Cueva. Quedaría un hueco, pero podría ser atribuido a un corte de energía eléctrica o a un fallo desconocido en el funcionamiento del programa de vigilancia. Luego, habría que rezar a todos los Dioses existentes —aunque no se creyera en ninguno— para que Lían no haya visto la irrupción de Celia, y todo lo sucedido, desde su casa, porque, de hecho, estaba en las posibilidades puesto que disponía de una transmisión remota a su teléfono celular y a su computadora personal. Por fortuna, esa transmisión remota no era almacenada más que en el dispositivo fuente que se encontraba en La Cueva.

Bastó con introducir el apellido de Theodoro Semil para que se hicieran visible todos los archivos que podrían darle a Celia su carta de libertad. Mirco necesitaba asegurarse de que fueran aquellas las filmaciones

buscadas. Inició el video y se excusó sin necesidad.

—Perdón, pero es necesario corroborarlo —dijo apenado por lo que podrían ver.

—Es lo que debemos hacer —respondió Vero con severidad ante la mirada de Celia que parecía todavía estar atrapada por la adrenalina del momento. Ni siquiera ella había creído firmemente que podía realizar lo planeado.

Una vez ejecutado el video, la figura de Semil se hacía visible ingresando por la única puerta de la sala. Lo esperaba en ropa interior una adolescente de unos quince años tendida en la cama e invitándolo a acercarse. Los tres pares de ojos estaban tan repugnados como sorprendidos de lo que veían, no obstante, necesitaban la confirmación visual. Mirco adelantó considerablemente el archivo y el cuerpo desnudo del honorable diputado aparecía sobre el de la mujer con movimientos de vaivén.

—¡Es suficiente! —enfaticó Vero, que seguramente pudo expresar lo que todos callaban.

Las imágenes eran impactantes. Todos suponían casi sin dudas la existencia de la prostitución infantil, pero la confirmación expresa mediante una filmación resultaba demasiado difícil de tramitar. Incluso para Celia, quien, a pesar de haber sido actora en ese tipo de situaciones, le resultaba doloroso tanto por lo que podría haber sufrido esa adolescente como por sus propios y miserables recuerdos.

Capítulo 29

29

13.30hs.

El tiempo continuaba, imparable, su transcurrir, mientras el sudor de Celia, Mirco y Vero era cada vez más espeso.

—Debemos volver —anunció con voz entrecortada el policía.

—¿Qué?! —respondieron ambas al unísono.

El nerviosismo comenzaba a dominar la situación y todo se hacía más difícil de pensar y resolver.

—Nunca calculé que la batería de mi computadora iba a agotarse con tanta rapidez con esta transferencia de archivos. Todavía restan veinte minutos para pasar la información de Semil y tengo menos poco más de quince de energía.

—No esperemos más, volvamos rápido.

13.45hs.

Mientras Mirco bajaba del auto haciendo malabares con la Notebook, Celia abría la puerta de entrada dándole paso.

El límite de tiempo para terminar todo lo que habían planeado estaba establecido a las 15.30hs, puesto que Lían volvía a La Cueva alrededor de las 16hs. —minutos más minutos menos—. Incluso ese horario ya resultaba problemático porque podría llegar a ver a Celia huir de La Cueva.

—Rápido, conectá el cargador —ordenó Mirco cuando dejó la computadora sobre la mesa.

En la pantalla emergió un cartel con el siguiente enunciado:

“Su equipo se pondrá en suspensión”

Los nueve litros de sangre presentes comenzaron a moverse vertiginosamente, al tiempo que los tres corazones hacían escuchar su

retumbe en la habitación.

«Si se suspende se corta la transferencia» —pensó Mirco.

Solo había cinco segundos entre el aviso y la suspensión.

1...

2...

3...

4...

5...

Suspendido.

Celia había logrado conectar el cargador al equipo, pero no pudo evitar la suspensión. La transferencia había sido cancelada. La desazón reinaba y los cuerpos estaban anclados al suelo.

14.00hs.

Verónica permanecía en cuclillas con las manos sobre la cabeza como si todo el peso de la derrota recayera sobre su cuerpo. Celia, por su parte, golpeaba con toda la furia el almohadón del sillón. Mirco fue el único con tuvo reacción rápida, que logró asimilar la fuerza del golpe y se puso en acción.

Nuevamente encendió el equipo y comenzó con la transferencia de archivos. Decidió que era necesario realizar la modificación del video para eliminar el fragmento de la aparición de Celia. Para eso, seleccionó el consumo agresivo de energía del equipo y mientras la copia de archivos re-comenzaba, él se dispuso a borrar la secuencia en la que la figura de Celia se hacía presente.

La duración de la copia se había incrementado de treinta minutos a cincuenta, lo cual complicaba considerablemente el logro de los planificado, no obstante, confió en poder terminar la edición en breve para que todos los recursos de la computadora volvieran sobre los videos de Semil.

15.00hs.

Celia observaba atentamente cada una de las irregularidades de la pared como si eso le permitiera evadir la dura realidad de las complicaciones sobre una planificación de por sí peligrosa. Para ella, todo estaba en juego. No se trataba tanto de vida o muerte como de la pregunta por su existencia: ¿Quiénes somos? ¿Somos? ¿Existimos?

Si ellas no lograran evitar su destino, ese que está trazado en el diagrama de Submundos en el paraíso, ¿se podría hablar de su existencia? ¿Acaso, evitar la sentencia de muerte propuesta por Weber no es el único signo de Ser –del estando y actuando en el mundo– para ellas, es decir, alejarse, aunque fuera en un pequeño punto, del destino escrito por otro?

Si el deseo siempre funciona por una falla, allí como efecto de una separación, como límite a la voluntad omnipotente, que para Celia y Verónica, encarna Weber, ¿podría decirse que se trata de un deseo de desear? ¿Será posible el pretendido corte con la voluntad discursiva de Weber? ¿No será esto una paradoja?

—Vero, prepará el auto. Celi, alístate que la copia está por terminar, tenemos que salir lo antes posible —ordenó Mirco cuando el reloj indicaba las 15.26hs.

Sin darle lugar a la razón, y sometiéndose a las palabras de Mirco, Verónica corrió a ponerse frente al volante y Celia arrancó su vista de la pared buscando templar sus emociones.

15.28hs.

—Verónica, ibajá la velocidad por favor! —ordenó Mirco con firmeza.
—Preferible unos minutos de más ante que nos detenga la policía de tránsito y todo se termine. —Vero asintió con la mirada.

En el asiento trasero, Celia continuaba ensimismada, recreando la escena que tenía que montar ni bien se presentara nuevamente en La Cueva. Lían llegaría alrededor de las 16hs., incluso, en determinadas ocasiones, se lo veía minutos antes.

La primera de las partes de la planificación había sido concluida, aunque con un retraso peligroso. Toda la información de Semil había sido copiada al ordenador de Mirco y borrada del disco que pertenecía al servidor de La Cueva. También Celia había sido borrada de las imágenes grabadas durante su incursión.

Verónica detuvo el auto en la esquina del hotel mientras Mirco hacía entrega del disco a Celia. Ella lo colocó en su pequeño sobre y haciendo oído sordo a todas las indicaciones que recaían sobre ella, caminó lenta

pero decididamente hacia la entrada del infierno.

El rubio artificial se ondulaba por efecto del viento, de la misma manera que sus caderas, indicando que el personaje de la implacable prostituta ya había tomado la carne de Celia y se disponía al todo o nada.

—¿Qué hacés acá? —dijo en susurro claramente intimidatorio el Oso a Celia mientras la ubicaba en el punto ciego de la entrada.

—Dejé mi ropa interior en el piso, acabo de darme cuenta y no podemos darnos el lujo de que quede ahí.

—¿iQué vamos a hacer cuando Lían vea por cámara que viniste!?

—Culpabilizame a mí. Decile que vine a pedir un día libre pero que como él no estaba, vos me echaste.

—Ya tengo que explicar tu visita reciente, dos sería muy sospechoso.

—Vos te arriesgaste por no mantener la libido en su lugar, ahora hay que cubrirnos lo mejor posible. ¿Qué te pensás que va a pasar si descubre mi tanga en su oficina? Apegate a esta historia: Primero vine a buscar trabajo, y luego a pedir un día libre para la semana que viene. De todos modos, es mi responsabilidad y se la va a agarrar conmigo.

—Entendido... —dijo el Oso a regañadientes. —Andá, pero rápido.

—Ah, y solo le vas a dar explicaciones si él te pregunta, i¿okay?!

15.38hs.

Las manos de Celia temblaban torpemente dejando caer en repetidas ocasiones el tornillo. Había logrado conectar nuevamente el disco a pesar de sus nervios, sin embargo, el trabajo más fino parecía virar hacia lo imposible. El tornillo cayó nuevamente, esta vez al suelo. La respiración de Celia se cortó sabiendo que el guardia podría entrar en cualquier momento. Se imaginó fugazmente siendo ejecutada en la sien por Lían. En el momento en que Celia logró templar a su cuerpo, tanteó con su mano debajo del escritorio. Su dedo rozó un pequeño objeto frío. Lo tomó con sus dedos haciendo pinza y volvió a la carga. Una idea, que para nada indicaba genialidad más que sentido común, organizó su acción. Juntó la pieza al destornillador y así logró ubicarlo en la rosca de la tapa plástica con mayor precisión y rapidez.

Encendió el equipo, recogió su ropa interior del suelo y cuando estaba

acercándose a la puerta, ésta se abrió con fiereza.

El cuerpo de Celia pareció echar raíces invisibles deteniéndose al instante.

—¿Qué se supone que estás haciendo?!

Ella cerró los ojos y suspiró.

—¡Ey! ¿Qué carajo hacías?

—Me asustaste, idiota. Acá tenés, quedatela de trofeo así andás presumiendo con el resto de tus amigos simios —despotricó Celia fingiendo enojo ante el silencioso y estupefacto silencio del Oso. —No sabía dónde mierda la habías revoleado.

Celia le estampó la tanga roja en el pecho y caminó decidida hacia fuera.

—Lían va a saber que estuviste dos veces acá, ¿qué voy a decir? —dijo preocupado el guardia sin esperanzas de que su pregunta encontrara una respuesta.

—A ver, Oso, la oficina de Lían tiene tablero electrónico y guardia privado, no hay cámaras directo a la puerta por la otra seguridad y nuestras "charlas" transcurrieron en el puntito ciego del pasillo. Va a saber, si es que lo llega a ver, que vine dos veces y tenés la excusa perfecta. No va a saber que estuvimos en su oficina. Vos teneme confianza. A menos que él te pregunte expresamente, no digas nada. ¡Tengo que irme antes de que esté de vuelta!

//

Las manos de Weber temblaron dejando caer el cuadro de su madre. Un fuerte estallido se hizo sentir a los pies de Max, ahí estaba el rostro de Morgan que permanecía intacto, sonriente, debajo del astillado vidrio.

//

15.40hs. Lían conducía a velocidad normal hacia La Cueva luego de su habitual descanso. Había encendido el aire acondicionado de su Lancer deportivo por el calor que azotaba al pueblo e, irónicamente, había dado Play a una lista musical que hacía sonar en grandes decibeles a Pink Floyd: "All in all it's just another brick in the Wall. All in all you're just another brick in the Wall." En el preciso instante en que resonó el último "brick", el suelo comenzó a vibrar y todo Piedramar fue sometida a un movimiento sísmico que detuvo las actividades por completo. Cada uno de los habitantes había interrumpido sus quehaceres, nadie hablaba y a

pesar de que el verde daba paso los autos detuvieron sus motores. El suelo sacudió los cuerpos por unos treinta segundos antes de disminuir su intensidad y cesar por completo. El pueblo seguía mudo, las bocas no se movían y los ojos de todos viraron hacia el cielo.

Como si de papel celeste se tratara, aparecieron líneas negras en el horizonte resquebrajándolo con los surcos que dejaban los rayos y las centellas en el cielo.

Un pensamiento detuvo a Lían. Por un instante, que coincidió con el temblor de Piedramar, imaginó que su existencia no era más que una dictadura literaria, pensamiento que lo sorprendió porque no imaginaba de dónde podría provenir. Se quedó inmóvil.

Por primera vez Lían se preguntó por qué no recordaba su pasado. Estaba aturcido y comenzaba a perderse en la pregunta sobre su propia historia. «¿De dónde vengo? ¿Quiénes son mis padres?» No tenía recuerdos que superaran los dos años de antigüedad, no había nada que explicara lo que él era ni porqué hacía lo que hacía. Caía rápidamente en el pozo de la inexistencia cuando el presente le tendió una mano. Eludió momentáneamente la duda y se concentró en lo que siempre hizo: trabajar.

Las calles de Piedramar fueron invadidas por transeúntes y automovilistas que descendieron de sus vehículos, todos concentrados alrededor de una única pregunta: "¿Qué había sucedido?" O mejor, "¿Qué estaba sucediendo?", porque luego de que el cielo fuera quebrado por rayos negros, la abertura permaneció congelando la imagen del corte. Era una fisura enorme en el cielo de Piedramar.

//

15.40hs.

Celia había detenido sus pasos ante el movimiento sísmico de suelo y, tomándose de la puerta, intentó mantener el equilibrio. En el momento en que los rayos hicieron su surco dejando la permanente fisura, Celia sufrió una terrible punzada que fue desde la mollera hasta la barbilla y la obligó a doblarse.

Lían había iniciado nuevamente la marcha y la desesperación de Mirco y Verónica iba en aumento. Ambos lograban ver la figura del Lancer acercándose luego de un breve detenimiento y a Celia haciendo esfuerzos por ponerse de pie. Ninguno de los dos podía retrasar a Lían (Verónica era conocida por ser la garantía de Celia y Mirco investigó durante mucho tiempo a la organización, por lo que su nombre e imagen circulaban libremente como "persona no grata a La Red"). A pesar de saber que su idea rozaba lo suicida, el policía salió disparado hacia la puerta de La

Cueva para asistir a Celia, a quien el dolor punzante en la cabeza no le permitía desplazarse con normalidad. El auto del jefe estaba acercándose peligrosamente a la sede lo cual los dejaba ante la inminencia de ser descubiertos, de que todo el plan se arruinara en el último instante.

—¿Qué hacés acá?! —increpó Celia entre gemidos de dolor.

—No puedo dejarte... Vamos.

15.41hs.

La fortuna jugó a favor de Celia. Un árbol que estaba a veinte metros de La Cueva cayó sobre el capó del Lancer producto de los movimientos terrestres. El impacto estremeció a todos. Muchos de los chismosos observadores se acercaron para ayudar al conductor, mientras que Celia, en brazos de Mirco, huyó hasta donde los esperaba Verónica.

—Rápido, métela acostada en los asientos traseros —ordenó Vero.

Mientras tanto, Celia luchaba con sus punzadas e intentaba acomodarse. La huida había concluido, pero sus vidas todavía corrían peligro.

Capítulo 30

30

—Max, ¿estás bien? —Interrogó Magdalena.

—¡Lían, tía! —respondió con semblante retraído.

—¿Qué?

—Tengo un personaje que se llama Lían, jefe de una red de prostitución, trata y drogas... —intentó explicar Weber.

—Sigo sin entender, Maxi...

—Mirá —dijo él rescatando la foto de su madre de entre los restos de vidrio y madera. —L. W. firma la foto, es quien la fotografió. Aquél policía que me dio información sobre el asesinato de mamá me dijo que el nombre de pila del sospechoso principal era Lían. ¡L. W. tía, el que le sacó la foto es el asesino!

Con un dolor punzante en la cabeza, Weber levantó el destruido cuadro y lo arrojó a cesto de la basura, no sin antes guardarse la foto y retirarse.

—Me tengo que ir.

—Max... —fue lo único que Magda pudo decir, puesto que no tenía palabras ni argumentos que pudieran retener a su sobrino. Estaba tanto o más anonadada que él.

¿Qué mano detrás de la de Weber conduce los hilos de ésta novela? ¿Qué mano detrás de mi mano teje estas redes de palabras? Lector, el escritor es un vanidoso que juega a ser Dios cuando no es más que un vocero que ignora su quehacer.

Máximo Weber nunca supo muy bien porqué visitó a su tía, pero intuía que lo acercaría a su pasado, oculto por submundos que simulaban un paraíso. El torbellino de su historia lo golpeó con tanta fuerza que la necesidad de alejarse de Herecteión se volvía imperiosa, y esperaba que el ruido de Partenón acallara los densos fantasmas de su pasado.

Pasado y presente se anudaban en Piedramar, y todo el mundo de Weber estaba ahí, en una ficción construida a base de dolor. ¿Ficción?

Capítulo 31

31

—El cielo... —dijo Mirco incrédulo de lo que veía.

Verónica y Celia se miraron, posiblemente pensando en qué podrían responder ante ese comentario, o si sería conveniente intentar hablar con Mirco acerca de la realidad de Piedramar. Parecía que el mundo ideado por Máximo Weber se estaba desmoronando, y ante esa situación valía el gasto de intentar comunicarle a Mirco su esencia literaria.

—Cuando llegemos, tenemos que decirte algo, Mir.

—Correcto... No suena muy alentadora esa propuesta —respondió él con una mueca de desconcierto en el rostro.

Nuevamente el interior del auto se consumó en un silencio que contrastaba con todo lo que ocurría fuera.

Un cúmulo de sensaciones se aglutinaban en el pecho de Celia. El éxtasis de luchar por su vida y de volver a ser dueña de ella en un marco de peligro constante que implicaba penetrar en La Cueva, se oponía a una especie de desazón.

«¿Y si todo lo que hicimos poniéndonos en riesgo termina por caer en la nada al igual que Piedramar?»

—No se olviden que tenemos que llamar a Semil —dijo Mirco rompiendo el silencio.

—Voy a hacerlo ahora —respondió Verónica esperando un gesto afirmativo en Celia, quien tan solo dio un leve movimiento de cabeza.

El celular dio tres veces el tono antes de que alguien atiende.

—¿Sí? —respondió una voz ronca con suma seriedad.

—Necesito hablar con Theodoro Semil —dijo Celia con un tembleque en las palabras.

—¿Quién lo busca?

—V... Dígale que tenemos la información que quería sobre sus aventuras en La Cueva —respondió ella rectificándose y tomando energías de algún

lugar que desconocía. De hecho, se desconoció a ella misma con tanta confianza.

—Enseguida... —palabreó la voz del otro lado que ya había atenuado drásticamente el tono.

Segundos después, Semil se puso al teléfono.

—¿Lo lograron?

—Tenemos todos los videos y los hemos borrado de los sistemas de vigilancia de Lían.

—¿Cómo puedo estar seguro de eso?

—Sencillo, en unas horas vas a recibir un mensajero con una copia de los videos que prueban que los tenemos nosotros.

—Entiendo, querida. Pero resta saber si efectivamente Lían no lo tiene más. Ustedes podrían traicionarme.

—La misma persona que arriesgó su vida para extraer la información es la máxima beneficiada en que Lían no tenga poder sobre usted. Todo esto fue para salir de las manos de Lían...

—Bien... —respondió Semil mostrando cierto convencimiento.

—Ahora tu parte. Tenés que comunicarte con Lían y pedir la exclusividad de Celia por un mes, tal como habíamos arreglado.

—Cuando reciba los videos haré el llamado.

—Hasta luego —dijo Verónica intentando finalizar la conversación.

—Momento... mis hombres irán a buscar la información, no quiero terceros —dijo él con rudeza y sin lugar a réplicas antes de finalizar la comunicación.

—Va a enviar a sus empleados a recoger los videos... —comentó Verónica.

—¿Qué?! —dijo entre sorprendido y asustado Mirco. —Si vienen, no tendremos oportunidad de quedarnos con la información, van a revolver el lugar y hasta puede que nos maten. Este tipo es realmente peligroso, Vero...

Ella miraba atónita a Mirco.

—No me extraña tampoco que quiera tomar el control de la situación, tiene mucho en juego. Hay que hacer varias copias y esconderlas. Una la vamos a dejar en la misma casa, la otra la vamos a mandar por correo en una caja a nuestra misma dirección para que llegue en dos días. Así nos aseguraremos de que no nos quiten todo. Tendremos que hacerles creer que no hay otros discos.

Verónica estacionó el auto. Restaba al menos una hora para recibir las visitas y tenían que resolver la situación con rapidez y solvencia.

Cuando estuvieron dentro realizaron las dos copias, una fue escondida en uno de los compartimientos de la caja de maquillaje de Celia mientras que la otra fue camuflada en una caja de cartón de gran tamaño y rellena con diario y demás objetos inútiles para sumar peso.

—Vero, ¿irías a realizar el envío? —preguntó Celia dejando entrever un gesto que su amiga comprendió sin inconvenientes.

—Por supuesto, Celi.

Una vez que Verónica había abandonado la casa en camino a la casa de correo, Celia se acercó a Mirco con intenciones de contarle todo lo que sabían.

—Mir... —interrumpió ella.

—Sí... —respondió él saliendo de su ensimismamiento.

—Hay algo que necesitas saber sobre Piedramar y nosotros.

Él la miró interrogativo.

—¿Y qué es eso?

Celia dudó, y aunque estaba convencida que iba a decírselo, no tenía idea de los efectos que pudiera causar. Incluso jamás se preguntó por qué son ellas dos las únicas con conciencia de su existencia. Algo estaba claro para Celia: Piedramar seguía ininterrumpidamente la línea de la estructura argumental de la novela a pesar de que la escritura de Weber haya desaparecido, lo cual la hacía suponer que sería arto dificultoso que Mirco le creyera. Incluso estaba dentro de las posibilidades de que él huyera y lo perdieran para siempre, tanto como colaborador en esa misión cuasi-suicida y como amigo.

—No hay modo sencillo de decirte esto, pero primero quiero aclararte que todo lo que yo sé también lo sabe Verónica. Así que, si pensás que estoy delirando, más bien vas a tener que barajar la posibilidad de un co-delirio

y eso es más difícil.

—Demasiados preámbulos...

—Sí, lo sé. Piedramar es un mundo ficticio, solo existe en la imaginación y en el texto de un escritor. Todos somos personajes de una novela y solo Vero y yo (al menos no conocemos a nadie más) sabemos esto. De hecho, cada vez que el escritor (que se llama Máximo Weber) se pone a escribir, nosotras escuchamos su voz relatando lo que sucede mientras unos hilos dorados nos atan todo el cuerpo como si fuéramos títeres de su voluntad.

Mirco miraba atónito, incrédulo de lo que estaba escuchando, más por la herida que le suponía saber que él no era dueño de sus decisiones ni de su vida que por lo inverosímil que eso sonaba. Él continuaba en silencio.

—Decime algo... —inquirió Celia.

El cuerpo de Mirco comenzó a dirigirse hacia la puerta.

—¿iA dónde vas?!

Silencio.

Celia corrió hasta la puerta y se interpuso en el camino de Mirco, quien con un simple movimiento con su brazo derecho la desplazó y se abrió paso hacia fuera.

—iNo te vayas! —gritó Celia con desesperación.

—Shhhh... —respondió él con calma.

Celia se petrificó.

Mirco inició un recorrido de Piedramar con su mirada, observó los bordes y lo intrigó el anillo de cerros. Pensó en una salida, y nada en su memoria apareció como evocando esa pregunta. No conocía a nadie que haya salido del pueblo y él tampoco lo había hecho, ni siquiera pensado. «¿Quién soy?» se preguntó, y como respuesta acudió su nombre, su trabajo y algún aspecto de su carácter. No había historia...

«Siempre lo supe...» —pensó en tono de reproche.

—Siempre lo supe, Celi... —dijo apenado y con una voz apenas audible.

—Pero nada quería saber de eso. Lo oculté, preferí pensar en que yo era amo y señor de todo. Me prohibí dudar...

Celia apreciaba la escena como una espectadora fascinada con lo que ve.

—Si bien me reprocho mi cobardía, hablar de esto abiertamente hubiera colaborado a que consideraran mi locura. ¿Quién me hubiera creído?

—¿Has escuchado a Weber? —preguntó ella con ansiedad.

—Jamás... tal vez solo ustedes lo hayan escuchado. ¿Qué más saben?

—preguntó Mirco ávido de saciar sus dudas.

—La historia termina con nuestras muertes, la de Vero y la mía.

—¿Qué?!

—Por eso es que te convocamos. No estamos seguras de que todo lo que hicimos tuerza el final, pero al menos nos da tiempo y tranquilidad para pensar. Estar por fuera de las garras de Lían, aunque termine muriendo, siempre es mejor, no tolero más estar ahí.

—¿Y el cielo? Vieron lo mismo que yo, ¿cierto?

—Sí, no sabemos cuál es la causa, pero Weber hace varios días que no escribe y hay varios sucesos que sugieren que se viene "abajo el mundo".

—¿Qué querés decir?

—¿Alguna vez imaginaste que el cielo pudiera cortarse? Esos trazos negros son como fisuras en el horizonte de nuestro mundo, hubo un temblor antes y sufrimos hace unos días la peor tormenta jamás conocida.

—Si el mundo desaparece, ¿nosotros desapareceremos con él? —interrogó Mirco con desazón.

—No tengo idea, prefiero seguir con el plan antes que pensar en eso. Hacer nuestro propio argumento, tomar ese pequeño atisbo de libertad y hacer algo.

—Cuenten conmigo —respondió Mirco.

Capítulo 32

32

Celia y Mirco escucharon unos cuantos ruidos provenientes del exterior que alertaron, en un instante, su semblante. Los cuerpos estaban tensos y esperaban, petrificados, la inminente apertura de la puerta.

«¿Cómo no cerramos con llave?» —se reprochó Mirco en tono de pregunta.

El picaporte giró y la tenue luz del sol se hizo paso hacia el interior. Con mirada ansiosa, ambos se concentraron en la figura hasta que se hizo visible ante ellos. Sus cuerpos se desplomaron suspirando ante la presencia de Verónica que ya estaba dentro y se disponía a cerrar la puerta.

—¿Qué les pasa?! —preguntó ella asustada.

—Nada, nos asustamos —respondió Celia recuperando el aliento.

Antes de que Vero pudiera trabar la puerta y de que Mirco y Celia desaceleraran sus corazones, una enorme presencia masculina interrumpió el diálogo.

El miedo inundó la sala al tiempo que los tres rostros empalidecieron.

—Andá a sentarte —ordenó con una voz ronca y seca el perpetrador ante el sobresalto de la recién llegada.

Verónica obedeció con diligencia y en silencio, mientras los otros dos la recibían para compartir el temor.

Un estruendo de madera quebrándose provino de la puerta trasera de la casa que se había partido a la mitad dispersando astillas por todo el living. Un segundo hombre invadía la casa y aseguraba que nadie pudiera escapar. Detrás de él, dos más pequeños ingresaron al domicilio. Sin introducción ni presentación habló el primer invasor.

—¿Dónde están los videos? —inquirió con rudeza.

Ninguno de los tres podía hablar y miraban desconcertados. Ni siquiera Mirco, acostumbrado a los enfrentamientos por su trabajo, pudo escaparle a la inhibición. Seguramente el efecto sorpresivo del ingreso había dejado a todos en un estado petrificado de difícil abandono, a tal punto que

ninguno respondía a la pregunta.

El primer hombre se acercó a Celia y repitió la pregunta con un tono de voz más fuerte y con clara irritación. Ese acercamiento hizo sobresaltar a Mirco (el único en reaccionar) quien con dificultad se puso de pie y habló.

—Sígueme —indicó, y el hombre de Semil le siguió los pasos.

Mirco fue hasta donde estaba su notebook y tomó de la mesa un sobre que contenía el DVD con las imágenes incriminatorias de Semil.

—¿Hay más? —preguntó el gigante insatisfecho con lo recibido.

—Nada, solo tuvimos tiempo de grabar eso. Están los archivos en la Notebook, podés eliminarlos —respondió Mirco recuperando la compostura y la confianza. —Solo queremos que Semil cumpla con su parte, hicimos un trabajo muy riesgoso y limpio...

—Eso no me incumbe —interrumpió el hombre de Semil que parecía ser el jefe del grupo. —Ustedes dos, vayan a examinar arriba, a ver si encuentran algo —ordenó al tiempo que se disponía a eliminar los archivos ante la atenta mirada de Celia y Verónica.

—Si me lo dijeran, no lo creería. Dos dulces niñas y un policía "honesto" se infiltraron en La Cueva... —largó el jefe con un tono claramente burlesco.

Mientras reía, abrió la lecto-grabadora de la notebook. «Vacío» —pensó desilusionado. «Estos inútiles siempre hacen copias...»

—Jefe, no cierre eso. Encontramos un disco en un estuche de maquillajes. Se creen que somos improvisados estos idiotas.

El más grande de todos hizo una mueca de satisfacción y odio que dirigió a los tres, y en especial al policía.

—Siempre ustedes molestando, ¿cierto? —dijo mientras se acercaba a Mirco. —Con que no habían hecho copias... Vamos a ver si no es así.

Introdujo el DVD y confirmó lo que esperaba: las imágenes de Semil completamente desnudo disfrutando del sexo oral se hizo presente ante las retinas de todos.

El jefe se acercó a Mirco, y sin mediar palabra, en medio de un silencio de muerte, le propinó un golpe en la boca del estómago que lo dejó si aire y retorciéndose en el piso.

—¡Nooo! —gritaron las dos mujeres llamando la atención del golpeador, quien observó a Verónica. Nuevamente se le había formado la mueca en sus labios.

—Vos no tenés pinta de puta, incluso parece que no te tocan hace mucho tiempo... —dijo el jefe acercándose a ella.

La tomó del cuello presionó, leve pero amenazadoramente, a Verónica.

—¡Soltala! Ya tienen lo que buscaban. ¡Váyanse! —gritó Celia con impotencia ante la sonrisa socarrona de todos los hombres del diputado.

—Ya nos vamos, pero antes, un pequeño placer.

Miró a dos de sus hombres y ambos se acercaron a Mirco y a Celia, cada uno tomó con fuerza a sus presas y el jefe volvió la mirada a Vero.

—Tenés un lindo trasero —dijo deslizando sus manos por las piernas de Verónica. Ella se tensó y su rostro se puso rojo. El primate que la sostenía rió y la soltó de golpe. El coro de sus inferiores se hizo sentir en la sala hasta que un leve gesto con la cabeza fue suficiente orden para indicar la retirada.

Verónica había quedado tendida en el suelo temblando y sollozando mientras Celia la socorría y dedicaba algunas palabras de aliento y otras en las que juraba venganza, por su parte, Mirco salió rápidamente hacia la vereda cuando pudo percibir que el día se había hecho noche en un instante. No solo el sol había desaparecido dando lugar a la luna, sino que todas las luces eléctricas de Piedramar se había apagado. El mundo de la novela estaba completamente a oscuras.

—Chicas, ¡vengan ya!

Vero se levantó como pudo y Celia acudió al llamado de Mirco con rapidez. Cuando llegó, la sorpresa fue tal que no se necesitaron palabras.

Piedramar estaba bajo un manto de oscuridad, apenas mitigado por la tenue luz de la luna.

Los seis ojos recorrieron frenéticamente todo el anillo de tierra que rodeaba al pueblo con la misma velocidad que sus corazones latían ante la incertidumbre total.

//

Máximo había llegado a su casa, apenas con energías para abrir la puerta. No podía evitar pensar en Celia y en sus ojos color café, en Lían el proxeneta y en Verónica y su semblante maternal.

Una punzada en el pecho, cercano al corazón, lo dobló en los primeros metros de la entrada a su casa. Tendido en el piso gritó de dolor, insultó al mundo y maldijo a su propia vida, cada vez más oscura y sin futuro. Cuando los dolores comenzaron a hacerse más soportables tomó la iniciativa de hacerlos desaparecer momentáneamente. Sus pasos se encaminaron hacia el minibar y rellenó su vaso de whisky sin ningún tipo de medida y sin hielo.

«Ningún dolor es más fuerte que el que siento ahora, ningún dolor es más intenso que ver el cadáver en pelotas de tu madre prostituta» —se dijo antes de ingerir un gran sorbo de alcohol.

Con el paso descontrolado, Weber se dirigió al sillón y dejó caer su cuerpo derramando un poco de líquido sobre el tapizado.

«¡Idiota!» —se dijo antes de darse una cachetada en la mejilla derecha.

Una bola de odio hacia sí mismo y hacia su vida crecía dentro de Weber, quien ya había dado el último sorbo a su bebida y se disponía a servirse más hasta que, una vez de pie, vio a su izquierda una serie de papelillos clavados en una plancha de corcho. Se trataba de los datos principales y la estructura argumental de "Submundos en el Paraíso".

En una ráfaga de ira y movimientos catastróficos destruyó cada uno de los papeles. Los rompió en partes, los abolló e incineró dentro de un cesto metálico.

Mientras admiraba las llamas que consumían el papel, alcanzó a ver un nombre que fue desapareciendo letra por letra ante el avance del fuego: Celia.

//

—¡Chicos, miren! —gritó Celia convocando la atención de sus amigos y señalando hacia algún punto de las sierras cercanas a la playa Punta de piedra. —¿La ven? —interrogó.

—Sí —respondió Vero asombrada mientras Mirco afirmaba con la cabeza.

Se trataba de una cabaña antigua, de estilo nórdico, techo a dos aguas, chimenea y una pequeña ventana al frente que daba la pauta de un segundo piso o al menos una habitación.

—Eso jamás estuvo ahí, ¿o me estoy volviendo loca? —dijo Celia con los ojos bien abiertos.

—Jamás estuvo, de hecho, es la única casa en todo Piedramar que está

iluminada —respondió Vero.

Ante la expresión de lo evidente, todos se miraron y, aunque no exista la telepatía, pensaron lo mismo: había que ir allí.

—Tiene que tener alguna relación con Weber. No puede ser una simple casualidad que aparezca ahí, e iluminada, cuando todo el pueblo está a oscuras a las cinco de la tarde —se apresuró a decir con su típica impulsividad Celia.

—Posiblemente esté vinculado, pero podría representar un peligro —intercedió Vero intentando dar mesura luego de la efusividad grupal. Mirco no hablaba, había decidido acompañarlas a ambas sin importar lo que se decidiera, porque ellas le otorgaron un verdadero sentido a su enigmática existencia.

—Vero, ¿en serio vamos a tomar tantos recaudos después de todo lo que pasamos?

Era un argumento para nada sólido, pero sumamente realista. Desde el principio de "Submundos en el paraíso" la existencia de ambas estuvo signada por la inevitable y trágica muerte que las esperaba. Celia estaba convencida que debían jugarse por sus vidas sin escatimar energías y sin reparos. Era la oportunidad que tenían para vivir.

Capítulo 33

33

Lían estaba sentado en su oficina cuando Piedramar ennegreció. Sintió un fuerte dolor en el pecho y otra punzada atravesó su cabeza de punta a punta. Estaba desorientado, todo le daba vueltas alrededor y sus recuerdos comenzaron a salirse de su memoria en forma de retazos de papel quemado.

Había olvidado qué hacía y dónde estaba, no conocía su historia pasada ni presente, tan solo recordaba su nombre asociado a otro con una idea tan simple como obsesivamente retorcida: asesinar a Celia.

Cerró los ojos con fuerza y un rostro fue evocado ante ese nombre. Toda la existencia de Lían, todo el poco fuego prometeico que restaba, había quedado reducido a ese acto. Solo allí se sostenía como tal.

//

Los hombres de Theodoro Semil habían regresado a la guarida del diputado con la nebrura sobre sus mulleras e ingresaron a la morada del jefe con las buenas noticias respecto de la misión. El diputado los recibió en la biblioteca.

—Adelante... —dijo con voz suave.

—Tenemos lo que pidió, señor —anunció orgulloso el empleado cuando los ojos se le quedaron abiertos. De hecho, todos en la habitación habían enmudecido y miraban fijamente a la nada. Petrificados y silenciados, los cuerpos se volvieron etéreos hasta desaparecer junto con una pequeña flama que danzó por última vez en el extremo de todas las cabezas hasta extinguirse por completo.

Capítulo 34

34

A pesar de que el reloj de pulsera de Celia marcaba las 8AM, la oscuridad parecía reinar de manera permanente en Piedramar. Ambas estaban aguardando la vuelta de Mirco, que había tomado el auto para buscar municiones de su arma reglamentaria. Había sido muy insistente en que el viaje debía hacerse del modo más protegido posible.

—¿No te parece que está tardando bastante? —preguntó Celia con cara de preocupación.

—Tal vez se dio una ducha, no te preocupes reina, él va a estar bien —respondió Vero intentando traer tranquilidad.

Celia pensó en todos los eventos recientes y se interrogó por Weber.

«Es llamativo que no escriba... ¿Qué le estará pasando?»

Se imaginó una gran variedad de hipótesis, pero ninguna terminaba de convencerla respecto de la ausencia del gran escritor. De todos modos, y aunque el pueblo estuviera sumido en todo un contexto catastrófico, estaba convencida de que las beneficiaba. O al menos eso deseaba creer.

Vero había sido muy contundente respecto de no manejar armas, no sabía usarlas y no quería una para su mano, no obstante, entendía que no podía embarcarse indefensa en ese camino. Decidió equiparse con un cuchillo artesanal de asar que venía en su estuche de cuero y además se cargó una navaja suiza Victorinox que había sido regalo de su padre – o al menos eso es lo que Weber había escrito sobre ella-.

Celia, por su parte, no tuvo reparos en aceptar que Mirco le diera su arma secundaria. Ambas permanecían en silencio mientras desayunaban, más por necesidad nutritiva que por compartir la rutina del día, hasta que Celia volvió a hablar.

—Tal vez sea la última vez que desayunemos juntas...

—Si fuese la última, habrá sido una al lado de la otra —respondió Vero intentando mitigar un pesimismo que parecía expandirse. Creía que Celia estaba en lo correcto, pero, aun así, prefería que algunas ideas no se manifestaran.

La puerta de entrada sonó tres veces y las dos mujeres parecieron alterarse antes del tercer golpe. Era Mirco anunciándose de la manera que habían acordado. Celia se levantó con rapidez y le dio paso al policía.

—¡Me estaba preocupando! —dijo ella con tono de reproche.

—Necesitaba probar la ducha una vez más. Uno nunca sabe lo que puede ocurrir después en este lugar... —respondió intentando bromear.

—¡Te lo dije! —gritó Vero desde la mesa de la cocina.

Mirco la miró antes de abrazarla y la mirada querellante de Celia desapareció.

—Te vendría bien tomar algo —dijo ella virando de tema.

Ambos fueron hasta la cocina y Mirco se sirvió un vaso de naranja exprimida que tragó a una velocidad increíble.

—¿Partimos?

Las dos mujeres estuvieron de acuerdo, tomaron las mochilas con útiles varios y partieron hacia la cabaña. La primera parte de la aventura era sencilla porque llegarían en auto hasta la base de la sierra, pero luego deberían continuar el camino a pie.

//

Lían continuaba sentado en un silencio sepulcral. No recordaba cómo había llegado allí y sentía un vacío en el pecho que lo angustiaba. Buscó la manera de evitarlo y la respuesta estuvo en las pocas certezas que encontró en su memoria. Su existencia tenía un propósito y necesitaba aferrarse a eso como un náufrago a un pedazo de madera. Recordó la dirección de su casa, por lo que decidió volver para elaborar la estrategia del asesinato.

Caminó por un largo tiempo hasta su departamento mientras las palabras se hacían oír hasta niveles cuasi alucinatorios: ¡Debes matar a Celia!

Por un tiempo, durante el cual fue dominado por la impotencia, el imperativo solo estaba asociado a un nombre de mujer. Fue en el ingreso a su domicilio cuando se encontró con un panel enorme lleno de fotos de mujeres, cada una con su nombre. Allí reconoció el rostro de esa Celia y la ira energizó su cuerpo bajo la orden que retumbaba en su cabeza. Ya sabía quién era, solo restaba saber en dónde estaba.

//

Mirco, Celia y Verónica estaban listos para partir. El policía había comenzado a acelerar hasta que una silueta de mujer apareció de frente, entre las penumbras de la ciudad y las luces del auto.

—¡Mía! —gritó Vero al tiempo que Mirco detuvo el auto de golpe.

La profesora salió del auto empujada por sus emociones. Jamás creyó volver a verla y poder sincerar todos sus sentimientos hacia ella. Deseó lo imposible: vencer el destino que Weber les tenía preparado y buscar la felicidad con Mía.

—¿Qué hacés acá? ¿Estás bien? —preguntó Vero.

—Sí, y no... —respondió Mía ante la mirada interrogativa de su interlocutora.

—No comprendo nada de lo que está ocurriendo. Piedramar está abandonado, no hay gente en las casas, no hay sol y todo parece ir derecho a la destrucción, pero lo que más me intriga y angustia es que me siento vacía y fría. Y no es metafórico, siento frío... pero una sola cosa me mantuvo alejada de esa angustia y del caos: la necesidad de decirte que te amo, que mi felicidad siempre estuvo ligada a mi encuentro con vos. Sí, sí, también a la docencia, no te sientas tan exclusiva —largó Mía entre risas y llanto otorgando su toque ácido a la situación. Vero no había escuchado nada más luego del "te amo". Su respiración había tomado extrema velocidad, y aun así sentía que no podía respirar. Miraba deseante los ojos de Mía esperando que algo la empujara hacia un acto de valentía. No supo cómo, pero su boca se abalanzó sobre la otra mujer saboreándola como si fuera la última vez. Sin despegar sus labios, ambas se fundieron en un beso interminable que juntó sus cuerpos. Vero tomó el rostro de Mía admirando su belleza y sintiéndose feliz de su acto.

—Yo también te amo —confesó entre lágrimas de felicidad.

Un estruendo, y luego un centelleo, hicieron sobresaltar todos los cuerpos presentes cortando el momento y separando a ambas de su confesión de amor.

—¿Qué me está pasando?! —gritó Mía con desesperación mientras Verónica observaba, atónita y completamente anclada al suelo, como el cuerpo de su amante se hacía etéreo con el paso de los segundos.

—¡Noooo! ¡¡Mía!!

Verónica salió de su inhibición y se acercó para sujetarla, pero en el momento en que sus manos quisieron tocar los hombros de la otra mujer,

ese cuerpo ya no estaba presente, se había transparentado hasta borrarse del mundo mientras el cielo negro centelleaba despidiéndola.

Arrodillada al suelo, Vero desplomó su semblante. Celia y Mirco intentaron levantarla, pero el peso muerto de una Verónica en llanto fue obstáculo imposible. Se quedaron a su lado, haciendo lo único que podían en ese momento: acompañar el sufrimiento.

Capítulo 35

35

Una punzada en la cabeza doblegó a Lían coincidiendo con un refusilo, metáfora perfecta de la iluminación y del recuerdo. Cuando logró incorporarse, recordó una pequeña casa a metros del mar y con salida a la playa. Vio el frente como si lo tuviera ante sí y supo, en ese instante, que pertenecía a la mujer que debía matar. Había una sola calle en la que podía haber una casa lindando con la playa, por tanto, salió disparado de su departamento en busca del Lancer rojo para ir directo a interceptar a Celia. Se sentía colérico, pero con una energía inagotable de dudosa proveniencia. Vio al Lancer abollado en el capot y por un instante volvió a sentirse interrogado, puesto que no recordaba en absoluto haber tenido un accidente o algo por el estilo. Desestimó con determinación esa duda y nuevamente tenía en el centro de sus pensamientos el deber que lo mantenía vivo.

Recorrió las pequeñas y desoladas calles del oscuro Piedramar hasta ingresar en la avenida. Con cada metro que se acercaba hacia la pequeña casa que divisaba en sus pensamientos, su cuerpo se excitaba por completo.

Mientras transitaba la avenida a gran velocidad, un par de luces lo encegueció provocando un movimiento reflejo con sus brazos para cubrirse la vista. El Lancer se descontroló y comenzó a dar trompos hasta colisionar de lateral golpeando, por fortuna para Lían en la puerta del acompañante.

Mirco había detenido el destartado vehículo de Verónica para corroborar lo que temían.

—Sí, es el Lancer de Lían. ¡Acelera, Mir!

Con el sudor como expresión de miedo, comenzaron la huida para dejar atrás a su perseguidor.

Una vez recuperado el equilibrio, el otrora jefe mafioso recibió una certeza: en ese auto estaba su objetivo. Luego de reiterados intentos, logró poner en marcha el destruido Mitsubishi y retomó la cacería. Por fortuna para él, las penumbras de Piedramar colaboraban para encontrar cualquier objeto luminoso, por más pequeña que fuera la luz. Y así fue. A unos doscientos metros de la última playa del pueblo vio al viejo vehículo apagar sus luces. Lían hizo lo mismo y retomó su persecución a pie, con el sigilo de una gacela que persigue a

su presa y acostumbrando sus ojos a la reinante oscuridad. Tenía que calmar sus ansiedades y esperar el momento propicio para dar el zarpazo mortal. Si bien eran dos mujeres, había un hombre que las custodiaba y no podía obviar el hecho de su inferioridad numérica. Se obligó a serenarse.

—¿Creés que lo hayamos perdido? —interrogó Celia con preocupación.

—Después de semejante golpe dudo que se levantara, o al menos no en lo inmediato, lo cual nos da tiempo de llegar hasta la cabaña. —tranquilizó Mirco antes de continuar. —Espero que tengan razón sobre esto, no quedan muchas opciones.

Celia solo suspiró con temor.

—Hay un camino bastante accesible desde la playa para acceder a las sierras. Nos desviaremos algunos metros, pero desconozco otro acceso.

Ambas acordaron con un leve movimiento de cabeza y todos se dispusieron a caminar hacia la playa.

«Cuanto contraste...» —pensó Celia al sentir el romper de las olas en la orilla en un contexto de calma. —«En otro momento hubiera sentido que es una noche perfecta...» —se lamentó.

Una vez que sus pies habían tocado la arena, Mirco señaló la dirección que debían seguir. Tenían que continuar unos cien metros hasta donde se elevaba un árbol que parecía estar seco.

Caminaron en silencio y con la precaución de volver la vista, en retiradas ocasiones, sobre sus espaldas. No obstante, y a pesar de sus recaudos, Lían era mucho más astuto en cuanto a ese tipo de situaciones.

—Es allí —señaló Mirco con su mano derecha.

La vista de ambas se dirigió a lo que parecía ser un camino angosto hecho por el hombre, pero derrumbado en su inicio. Por alguna razón, el sendero comenzaba a unos tres metros de altura.

—Descuiden, hace tiempo que está así. Subimos por el árbol, espero que sepan trepar —indicó el policía con seguridad.

Celia no estaba segura, pero no tenían alternativa. El primero en realizar la pequeña hazaña fue Mirco, quien desde lo alto les indicaba paso a paso

cómo trepar y sostener el cuerpo.

Una vez en el sendero, Celia elevó la mirada y sintió una atracción irrefrenable desde el interior de la cabaña, todo su cuerpo se erizó al mismo momento en que un escalofrío subía por su columna.

Además de sus linternas, la casucha era la única luz en todo Piedramar.

Capítulo 36

36

Lían observaba con atención detrás de una roca que le permitía cubrir su cuerpo de la visión de sus perseguidos. Mantenía una distancia prudencial antes de volver a avanzar, sin preocuparse por perderlos, puesto que estaba más que claro que seguirían el camino de tierra.

«Todavía no ha llegado el momento de atacar» —pensó Lían con claridad.

Sabía que todavía estaban con la guardia alta luego del descontrolado encuentro en la avenida principal y prefería que creyeran que él ya no los seguía, o mejor, que estaba muerto.

Les fue siguiendo los pasos con la misma estrategia durante más de una hora de caminata, y a medida que el tiempo pasaba, Lían sentía cada vez más intenso el imperativo de su existencia:

«Debes matarla» —le ordenó la voz revitalizando su cuerpo y llenándolo de odio.

El camino ascendente había concluido y las tres presas estaban en una especie de llano. A unos cien metros de ellos, aparecía una cabaña con una iluminación intensa en su interior.

Lían decidió que no debía esperar más, que ese era el momento. La escena parecía propicia. El objetivo estaba solo con su compañera y en el medio del llano, lo cual simplificaba muchísimo la posibilidad de tiro. Resguardado detrás de un ancho tronco se acomodó en posición de gatillo sobre su rodilla derecha, apoyando su brazo de disparo sobre su mano izquierda, la cual, a su vez, era soportada por su otra rodilla. Acomodó su vista sobre la mira del calibre 9mm y apuntó directo a la cabeza de Celia. Sus sentidos se agudizaron. Podía oír el silbido del viento, la danza de las hojas y la frescura del negro firmamento. Todo olía a muerte, y, por tanto, a éxito para él.

Lían inhaló y exhaló fuertemente una vez más para luego aguantar la respiración durante el disparo. La tenía en la mira. Sintió su pulso en aumento, pero lo controló. Apoyó el dedo índice sobre gatillo y lo recorrió sintiendo el frío del metal. Levemente inició la presión. Celia estaba a punto de ser asesinada.

El proyectil estaba por detonarse cuando Lían recibió un golpe en el brazo que lo desestabilizó por completo y lo dejó en el suelo. A pesar de eso, el

disparo se había concretado.

Los gritos de desesperación retumbaron en la eterna noche. Verónica y Celia habían corrido a ocultarse con el corazón en las manos luego de que la bala impactara en uno de los árboles que tenían a sus espaldas, apenas centímetros por arriba de la cabeza de Celia.

—¡Hijo de puta! Debería matarte... —lanzó Mirco con odio entre los dientes.

Lían lo miraba y reía a carcajadas.

—¿Qué te parece tan gracioso, mal nacido? —agregó con impotencia.

—Que la bronca no te deja ver... —respondió Lían con la frialdad de un asesino.

Ante el desconcierto de Mirco, tomó el arma con su mano menos hábil y detonó un disparo que impactó en el estómago de Mirco.

El policía observó incrédulo su cuerpo. La sangre brotaba a borbotones y su imagen comenzó a empalidecer. Antes de que la muerte lo arrancara del mundo tras el último suspiro, y con sus últimas fuerzas, dirigió el cañón hacia el cuerpo de Lían y si mediar palabras agujereó el cráneo del perseguidor, borrándole de inmediato la sonrisa socarrona del rostro.

Segundos después aparecieron Celia y Verónica en la zona de los disparos. Al ver los cuerpos en un mar de sangre, irrumpieron en llanto. Claro que no por Lían, sino por el policía que, habiendo notado ruidos extraños, se separó del grupo para protegerlas. Él había muerto por ellas y su pérdida dolía.

Al cabo de unos minutos, los cuerpos y la sangre de ambos hombres iniciaron un proceso de transparencia que culminó con la desaparición de los cadáveres y todo el elixir rubí derramado.

Pese al dolor incontenible de ambas, que se abrazaban en un intento cada vez fallido de consolarse, sabían que debían continuar. Celia se tomó unos segundos y dedicó a Mirco unos pequeños pero intensos pensamientos en los que confesaba su amor y la tristeza por no poder pasar su vida con un hombre como él.

La cabaña estaba a tan solo cien metros de distancia y llamaba a Celia con intensidad. Caminaron con decisión y al estar frente a la puerta, Vero le dijo a su amiga que debía ser ella la que abriera la puerta. Su amiga asintió al tiempo que llevó su mano hacia el picaporte. La puerta estaba destraba y Celia tiró de ella con determinación. Lo que sucedió a

continuación dejó estupefactas a los cuatro ojos que observaban.

Un resplandor blanco les enceguecía la vista. Celia dio un paso hacia dentro sin inconvenientes, pero en el momento en que Vero intentó atravesar la puerta, una fuerza incontrolable la expulsó, al tiempo que arrojó hacia dentro a Celia y cerró la puerta definitivamente.

—¡Vero! —gritó ella sin consuelo, agitada y temerosa.

No hubo respuesta. Del otro lado, Verónica yacía inconsciente.

En el interior de la cabaña, la luz blanca resplandecía con intensidad, imposibilitando que Celia pudiera percibir algo con la vista. Súbitamente, una fuerte punzada en la sien la dejó en cuclillas por unos segundos hasta que logró recomponerse.

Poco a poco, con el transcurso de los segundos, el blanco se fue apagando y la vista de la mujer comenzó a ver. Se encontraba parada en una vereda de lo que parecía ser un barrio residencial. Hacía frío y las hojas vestían de color naranja el suelo.

A unos cuantos metros de distancia se encontraba de pie, como si esperara a alguien, y con un semblante completamente ansioso, un hombre de menos de treinta años de edad. Celia avanzó hacia él con la necesidad de preguntarle en dónde se encontraba. Caminó con temor los metros que la separaban de aquella persona y cuando estuvo lo suficientemente cerca para ser oída, habló:

—Disculpe, ¿me podría decir en dónde estoy? Creo que me perdí.

El hombre continuaba inmutable, encerrado en su mundo.

—Hola... Disculpe... —insistió ella, todavía sin respuesta.

Aquel hombre ni siquiera había virado sus ojos, por lo que decidió dejar de insistir y volvió sobre sus pasos con una enorme incertidumbre que le abrazaba el cuerpo.

//

Luego de su ataque de ira y de incinerar todos los papeles de su novela, Weber se dejó caer en el sillón con la respiración a todo galope. Tardó unos minutos en recomponer el ritmo cardíaco, y cuando parecía que su cuerpo se estabilizaba, una fuerte puntada en la sien le arrancó varios alaridos de dolor hasta dejarlo en un estado letárgico.

//

Celia continuó observando al hombre misterioso hasta que otro movimiento llamó su atención. Aunque todavía estaba preocupada por Verónica, debía continuar su viaje. Además, Lían estaba muerto y no parecía haber más peligros en el llano de la sierra donde se encontraba.

Un niño salió de la casa que Celia tenía en frente, al otro lado de la calle. Estaba con la mirada triste y caminaba lento en dirección contraria al hombre ansioso, quien no alcanzó a esperar que el niño llegara a la esquina para acercarse a la puerta y golpear. Una mujer muy bella, joven y de aspecto cuidado abrió la puerta y dejó entrar al visitante. Celia observaba, con gran extrañeza, la serie de acontecimientos.

«¿Qué carajo está pasando acá? ¡Se suponía que iba a estar dentro de una cabaña! Los misterios parecen no terminar en este mundo de mierda...» —caviló Celia.

Transcurrieron unos cuantos minutos cuando unos gritos se hicieron claramente audibles desde el interior de la casa. Eran gritos de mujer y parecía estar pidiendo ayuda. Nadie salió de sus casas y los transeúntes caminaron más rápido al escuchar los alaridos de auxilio. Solo una anciana mujer abrió la ventana y prestó su oreja. Cuando entendió que se trataba de pedidos desesperados de ayuda, discó con una mano y habló con lo que Celia imaginó que era la policía. Minutos después, los gritos habían cesado y el hombre de semblante ansioso salió por la puerta con las manos ensangrentadas, corrió hasta la esquina en donde lo esperaba un auto y desapareció.

La respiración de Celia había aumentado a ritmos inusitados y su cuerpo entero temblaba del terror. Diez minutos más tarde había llegado la policía y el pequeño volvía a su hogar corriendo con desesperación. La señora que había llamado a la policía estaba abajo haciendo las declaraciones cuando lo vio llegar. Intentó contenerlo, pero sus esfuerzos solo duraron unos instantes. El pequeño se había zafado y Celia de a poco confirmaba lo que sospechaba. El hombre misterioso había asesinado a la mujer que lo recibió.

Todo se volvió negro. Los refusilos iluminaron el oscuro cielo propagando la luz hasta los ojos de Celia. La intensidad blanquecina había vuelto y ella no lograba ver. Luego de unos fuertes estruendos que hicieron sobresaltar todo su cuerpo, las imágenes volvieron a hacerse visibles.

Capítulo 37

37

Celia se encontraba en el mismo lugar que antes, frente a la misma casa y con el hombre ansioso a metros suyo. Ante su mirada desconcertada, la escena volvía a repetirse.

—¡Tengo que avisarle que la van a matar! —dijo con efusividad, pero en bajo tono.

Celia sabía que la puerta se abriría en cualquier momento y no perdió tiempo. Se encaminó hacia la casa y golpeó la puerta. Extrañamente, no había producido sonido. Nadie contestó. Segundos después, el niño sale y ella logró escuchar la voz de la mujer que lo despedía. Sin dudarlo, se metió en el hogar ajeno y fue directo hacia la figura femenina. Cuando la vio, ingresó en un fugaz trance tras el impacto del parecido, incluso más de lo que ella podía percibir.

La mujer no se alteró por el ingreso de Celia, quien, cebada de impotencia, gritó intentando advertir lo que ocurriría. Nadie la escuchaba.

Celia era apenas una idea formada por fuertes recuerdos; un espectro hurgando en la memoria de su creador.

Decidió salir nuevamente, esa vez, traspasando la materialidad de la pared. No quería presenciar más violencia, quería alejarse de la muerte.

Celia era una idea, sí, una simple idea —y compleja a la vez. Su esencia espectral le impedía intervenir, y era todo lo que necesitaba hacer. La única manera con que podría detener la repetición y sacarla de su posición de espectadora del recuerdo más doloroso e importante de Weber era el acto, el acto de evitar la muerte de la madre de Weber.

No tuve alternativa, Celia no iba a saber jamás cómo hacerlo, por lo tanto, me vi obligado a recrear mi imagen, a duplicar mis pensamientos y sumergirme en la historia nuevamente. Aparecí como un vecino más y caminé directo hacia el cuerpo abatido de la mujer con los ojos color café. Cuando sintió mis pasos se volvió hacia mí. Sus ojos me miraron, incrédula, pero reconociéndome al instante.

—Javier... ¿Qué hacés acá? ¿Cómo es posible? —me interrogó con voz titubeante.

Tenía que ser medido con las palabras, no decir de más ni de menos.

—Celia, querida. Una idea es pensamiento, sí. Y todos los personajes son ideas complejas y organizadas. Pero, aunque una idea sea inmaterial, puede tomar densidad y hacerse extensa.

—¿Cómo? —interrogó ella intuyendo la dirección de mis palabras.

—Con determinación...

—No pude hacerlo. Quise evitar la muerte de esa mujer, pero no existo aquí, no soy más que una especie de fantasma—me interrumpió ella.

—Y deseo... —finalicé.

Luego de pronunciar mis palabras con pausa y solidez, abrí los ojos y volví frente a la pantalla. Confiaba en que lo lograría.

Celia cerró los ojos, tomó aire y pensó en un motivo por el cual quisiera salvar a la mujer que era repetidamente asesinada. Observó con perspicacia cada vez que la escena se repetía, la miraba a ella y lo miraba a él. Algo le llamó la atención.

«Cada vez que ella abre la puerta lo hace sin pausa, como si lo estuviera esperando. No se detiene a interrogar a quien llama a la puerta, tan solo abre y lo hace pasar. Su mirada también es curiosa. Se nota que lo conoce, pero no está feliz de verlo. Tampoco lo hecha, tan solo lo recibe, como si no tuviera más opción que dejarlo pasar.» —hiló ella.

Celia conocía esa sensación, y la conocía muy bien. Se trataba de la pesadilla de toda prostituta, de una situación en donde faltan las opciones, en donde no hay otra salida que aceptar la llegada de clientes, aunque el cuerpo no deseara el sexo; de someterse a las prácticas más degradantes y extrañas que le requirieran. La mirada de la mujer reflejaba eso. Celia imaginó con decisión que ella era prostituta y eso enardeció su cuerpo. Recordó su lucha, su sufrimiento, todo lo que sacrificó por ese trabajo de mierda. Y a medida que su pecho se inflaba, su cuerpo tomaba densidad.

¡Lo había logrado! Le había agregado deseo a su determinación y su existencia había adquirido consistencia.

Tocó su bolsillo y percibió el arma que le había dado Mirco. Recordó con detalle los pasos para cargarla, quitarle el seguro y dejarla lista para disparar. Con el pecho inflado y el arma lista se dirigió decidida a interceptar al hombre ansioso. Cuando se acercó lo suficiente, aquél la percibió, y eso, lejos de intimidar a Celia, fue el energizante que

necesitaba.

—¡Muerte al asesino! —gritó ella sin dar tiempo a reacción. Jaló del gatillo y el plomo agujereó el miocardio de su víctima. Los ojos de aquel hombre la miraban desconcertado, como si nada entendiera de lo que acababa de ocurrir.

Celia había asesinado a L.W.

Oscuridad, rayos, centellas y truenos vistieron la escena de la misma manera que ocurría cada vez que el recuerdo volvía a comenzar. Pero hubo algo diferente. La luz enceguecedora no apareció, y el cielo se fracturó. Un enorme agujero se formó a partir de la fractura y una ráfaga succionadora de aire inició la absorción de los elementos más pequeños que desaparecían al pasar por esa especie de portal. La tierra fue sometida a un temblor que a cada segundo aumentaba en intensidad provocando la pérdida del equilibrio de Celia. La tierra se quebró y la fuerza que arrastraba todo hacia el agujero negro se hizo irresistible.

Del otro lado del agujero, el mundo de Weber era sometido a un movimiento sísmico no anticipado por los servicios climatológicos, provocando un apagón generalizado por horas.

El cuerpo inconsciente de Celia había sido absorbido por el portal, así como toda la materia circundante.

Todo se había vuelto parte de la misma realidad.

Capítulo 38

38

El día había amanecido soleado, tal y cual se dan los días en la primavera. Las hojas iniciaban el proceso de vestimenta a los árboles del parque y los residentes miraban embelesados el paisaje.

La enfermera se acercó con sigilo y respeto ante el hombre que reposaba en una mecedora frente al gran ventanal.

—Hace un año que ingresó. Desde que lo trajeron no habla. De hecho, nadie le escuchó decir ni una palabra. Tampoco te mira. Es como si estuviera encerrado en su propio mundo —comentó una de las enfermeras más veteranas de la institución.

—Una verdadera lástima. Era un magnífico escritor —contestó la nueva.
—Leí todos sus libros.

Su interlocutora se encogió de brazos restando importancia al comentario.

—Buenos días, señor Weber, ¿cómo está usted hoy?

Máximo no se inmutó.

—Bueno, si usted no las toma, tendré que dárselas yo —insistió ella con sumo respeto.

La enfermera se puso frente a Máximo, tomó una de las pastillas y lo miró a los ojos antes de acercar su mano.

Los ojos de Weber se conectaron por azar con los de la enfermera y su respiración se aceleró como si la mismísima muerte estuviera frente a él y el miedo fuera efecto ineludible del encuentro.

La enfermera enmudeció y sus ojos color café dejaron escapar una lágrima de su petrificado rostro. Weber no le sacaba los ojos de encima, encendidos por miles de emociones. Como si fuera un acto reflejo le tomó la mano con fuerza.

—Celia, ¿Sos vos?

La enfermera corrió asustado y Weber intentó seguirla hasta donde sus atrofiados músculos le permitieron antes de caer al suelo.

Capítulo 39

39

—¿Cómo ocurrió? —me preguntó Celia intrigada, asustada y emocionada a la vez.

—Una madre es quien te trae al mundo, no solo físicamente. Su mirada es lo que te sitúa en un lugar en el mundo, en un mundo que en principio se reduce a ese encuentro especular. Tus ojos son sus ojos. Máximo volvió a nacer.